

Javier Sáez de Ibarra



CUENTOS

El lector de Spinoza



PÁGINAS DE ESPUMA

Javier Sáez de Ibarra

El lector de Spinoza



Javier Sáez de Ibarra, *El lector de Spinoza*
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-561-3

© Javier Sáez de Ibarra, 2004
© De las ilustraciones de cubierta e interiores, Jorge Cano Cuenca, 2004
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 35

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni de su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Para Dani

¿Es el dolor una maldición absoluta o es posible encontrar a través de él un sentido?

La mayoría de las personas que conozco dicen que uno va aprendiendo con ese roce del vivir y que nos deja siempre consuelo.

También hay quien se previene en vano: huye del dolor y encuentra un mayor sufrimiento. Quien sucumbe al desconcierto de una violencia incomprensible. Quien llega a un acuerdo con la desgracia para salvar su vida; mientras otro, en cambio, la afronta con determinación hasta su desenlace.

(Quizá no de otra cosa hablaron las tragedias griegas.)

Sea cual fuere la respuesta, estamos concernidos a esa cita: la que hace caer nuestra vida en vía muerta o la lleva por vía purgativa.

Eso

En el fondo del mar hay algo minúsculo que flota y se mueve como un punto suspensivo.

Es oscuro, a veces transparente, entre los peces cruza sin que lo vean.

Una ola de pronto lo lanza afuera, lo pone entre la arena más pequeño que un grano y, leve como polvo, el viento lo hace volar.

El gato lo imagina y salta contra él, pero sus garras en el aire no consiguen nada; entre el pelaje o bajo los bigotes el punto se ha escondido. El gato se lava con fruición, se enloquece, lo persigue, y no lo encuentra.

También el perro obtuso lo presiente, da vueltas sobre sí buscando la cola del culpable.

De alguna manera alcanza al hombre. A veces resplandece entre sus ojos como una obsesión, lo irrita en el ansia de sus manos, baila con sus pies, trepa por su espalda como caricia de un amante, y entre sus cabellos se refugia para infundirle calor. El hombre no entiende qué le ocurre, se rasca, se ofusca, se apasiona, sufre, se alegra, se lamenta. Se tira de los pelos, se cambia de peinado, se mesa con vanidad, se cubre por ocultarlo o lo corta para librarse.

El punto parece perdido en una lágrima que se desliza por el rostro, tiembla en el abismo de la barbilla, se detiene; luego regresa a sus caminos de la cabeza o los miembros.

Al fin el viejo sabe que en su cuerpo hay huéspedes. Como huellas, debilidad, parásitos y manchas. El punto se demora.

Muerto está, tieso en su horizontal, con la boca y los ojos mudos para siempre, tranquilo de sus cuidados. El punto que tanto lo ha hecho sufrir se queda, seguramente en el nacimiento de sus cejas, a descansar con él.

LA LÓGICA

La gravilla triturada bajo las suelas de sus botas crepita y se acompaña con el tintineo de la esfera, roma en sus puntas por el roce cruel con la carne que lo ha traído. La puntera de charol negro, cubierta de polvo, se deja caer en el borde de un alabeado peldaño que gime al peso como en un sobreesfuerzo. Suenan dos pasos más y al detenerse, de pronto, se advierte la algarabía, asomando apenas a las lindes de una calle que sufre la provocación del calor de agosto. El humo de los cigarros, las risas sin freno, el entrechocar de los vidrios, las notas de un piano que se escucha débil entre la algazara, muchas voces, un sofocado canto de mujer y, abrazando la confusión, una luz amarillenta que incorpora su propio tono y envuelve por entero el local, luminaria impúdica en el sosiego de la noche. La infinita espera de unos segundos en que se deja al cuerpo ha blar cuando ya todo está dispuesto. Un porte épico. Las manos hacia adelante, el pecho las sigue dócilmente; las portezuelas se abren hacia dentro y vuelven a su posición como en un arranque de pánico. Se interrumpe la fiesta. Manos Kelly ya está en el Saloon.

Manos Kelly ha entrado en todos los salones del mundo y los espejos de todos los salones del mundo repiten su figura para los congregados; en los relojes de todos los salones las manecillas se sobresaltan y abandonan un instante la obligación de los números; estáticas, dejan de sonar, como en un hipido en que se abstuviese el tiempo. El pianista es el último en enterarse – porque se encuentra de espaldas y porque siempre fue un poco inocente–, el muy bobo continúa aún unos acordes que se van para el diablo.

Ruido de mesas; empujones a las sillas; en silencio se cae un sombrero; de pronto un vaso estalla y otro rueda sin parar; varios tipos se escurren por la puerta del fondo, alguien sube precipitadamente una escalera; hay figuras menos cautas que, despacio, cambian de posición para no levantar sospechas. Lo que impresiona es el cese de las palabras y el nuevo brillo de los faroles; se podría saludar el estremecimiento del pábilo insomne del quinqué sobre la viga del bar.

Respiran.

Manos Kelly parece divertirse observando tanto misterio y cómo, a cada gesto suyo, otros movimientos de gente que nunca conoció recelan o

definitivamente conducen a la huida. Pero sus ojos en verdad ya no descansan; entornados, las pupilas rozan los bordes de los párpados y casi podrían oírse. El pianista ahora también decide ausentarse, aunque no sabe estar callado. Forcejea con el pomo de una puerta y cuando al fin la abre y se escapa ya está lívido.

Algunos en el Saloon sí lo han reconocido; lleva otra ropa, no se puede negar que viste a propósito para la ocasión y, aun bajo la pátina de tierra, se adivina el repujado mexicano de sus botas. Estaba descalzo la última vez que se vieron; sus pies desollados, sanguinolentos, y faltaba el pulgar derecho, un corte limpio de Dientes-Podridos. Era admirable.

Los cuerpos van describiendo trayectorias elípticas, afectándose mutuamente como si se tratara de astros, misteriosos hilos tendidos entre ellos los conducen sin que lo adviertan; combinan los colores y las formas que los espejos se ven obligados a seguir, casi retorciéndose en sus láminas. Probablemente un destino que jugaba con duplicados había ya dispuesto los ritos de las posiciones. Era lamentable observar la exactitud de las coincidencias.

Al término de su primer movimiento, Manos Kelly alcanza el mostrador y allí se acoda, dejando su brazo izquierdo —el que más fama le ha dado— paralelo a la línea que perfila su cadera, donde abulta el revólver. El tabernero asoma la tabla rasa de su cabeza y tras ella unos ojillos que convierten la vivacidad en susto; el fino bigote, demasiado clásico ya entonces; la boca no bien compuesta para ofrecer los servicios que se estaban demorando; y el gajnate seco, una nuez puntiaguda que sube y baja varias veces. Sus manos tiemblan: derraman el whisky en la madera curtida de cicatrices y lubricada con el calor de los licores. Teme que su torpeza haya molestado al visitante, abandona la verticalidad de la botella y se retira corriendo casi en cuclillas.

Pero Bad Malone lo detiene. Lo desprecia. El tabernero tiembla dentro del chaleco que esa misma tarde su mujer le había planchado; y también por eso se aflige. Bad Malone quiere beber y quiere violencia. Cuando lo ha servido, el cuerpo grueso del tabernero se derrumba hacia atrás, choca con los anaqueles atestados de vajilla, rompe el espléndido espejo de la pared y todo se viene estrepitosamente abajo. El tabernero reprime su gemido entre los pedazos de cristal, los vasos rotos, el escándalo de los líquidos vertidos que levantan sus vapores. Se comprime las heridas de las manos y los brazos por

los que chorrea con excesiva fruición la sangre. La camisa blanca y el chaleco recién planchado. Mas nadie se queja. No hay protestas. Ha concluido el prólogo de la muerte. Y en la escena se va extendiendo, como una atmósfera, el pavoroso silencio.

Sólo quedan ya los personajes.

Bad Malone ordena calma a Sid Divino, el adolescente demasiado inquieto, siempre el primero en matar o morir. Bad Malone sabe cómo se resuelven estos casos y no admite errores; disfruta con la espera; es ese regusto afilado del suspense, anticipo de la carnicería, el que lo llamaba a un goce salvaje desde que sólo era un muchacho. Extinguir una vida o acaso dejar de asirse al cuerpo y a las luces no puede improvisarse. Un hombre merece al menos la dignidad de los preparativos. Sid no lo sabe y a Dientes-Podridos no le importa. Por eso a él le toca officiar las maneras y el momento.

Bad Malone y Manos Kelly alzan los vasos hasta la boca, casi a la par; después se miran lo justo; después cierran los ojos; y beben despacio. Pero el whisky ha perdido completamente su sabor. Todo es una imagen privilegiada para la araña del techo: el rectángulo de la barra; los círculos defectuosos, los sombreros, a su lado; más allá, otros cuerpos imprecisos; por todas partes, escuetos cuadrados que circunscriben el área de las mesas; algunas basuras y restos de vida sobre las listas ocres del entarimado. Circunda la luz cenital una región de sombras entreveradas de humo, en donde legiones de ojos fulgentes vigilan. El cumplimiento del drama.

Toma la palabra el lacayo de Malone. Una burla. Le hiere con el recuerdo del desierto. Es más de lo que Malone hubiera preferido, como otras veces, aunque ya es tarde, y Malone sabe que ninguna herida puede ya infligirse a ese hombre.

Kelly contesta:

—¿Siempre te haces presentar por perros?

La madera cruje y se crispa con los rostros. Una hoja descomunal hierve en la vaina.

—Ya te habíamos considerado un muerto. Pudiste aprovecharlo. Fuera de aquí la vida te hubiera parecido más fácil—. Hay un deje de misericordia; en verdad, Malone conserva aún algo de aquélla. Lo obsceno es que Malone ya sabía que no existían salidas. El mundo es demasiado pequeño.

Detrás de Manos Kelly no hay nada. Si no fuese porque ha resultado ser la víctima, veríamos con claridad que está desesperado. La angustia apenas lo

sostiene y la cartuchera amenaza con caérsele. Ha llegado hasta allí no empujado por el odio ni por el deseo. Malone tiene razón, ya sólo es un espectro, ajeno y sin fe, que no encuentra un sitio donde entregarse al reposo, y a quien en su deambular sin término lo conducen unos pasos vacilantes. Ya sólo es una degenerada imagen de sí mismo; desarmado y desalmado; ausente. (Pero todo esto el espectador no lo sabe. Y, además, Malone no es el bueno.)

Manos Kelly suelta el vaso y acerca el codo al borde del mostrador. Hace ver que también porta un revólver en el lado derecho –Malone ya lo sabía y se limita a observar la prisa que delatan esos movimientos–. Las palabras, de repente tan bruscas, terminan de confirmarlo: huyen a lo obvio para no justificarse.

–Siempre has sabido que este momento iba a llegar. Que no descansarías (hasta verte sin vida, reducido a un objeto, con el rictus definitivo, sin obras posteriores y, por supuesto, sin mujer alguna, suponiendo que aún tuvieses ocasión para la delicadeza. ¿Es así? La elipsis que nos rescata del vértigo de las palabras que pronunciamos: la imponente seriedad de nuestras decisiones, en el frívolo marco de un Saloon miserable en un miserable rincón de la barbarie).

Se proclama la sentencia. Los dados brincan. Al golpear contra el tapete los filos y el repiqueteo inaudible, la suerte estará echada.

Cuando en silencio han tomado sus posiciones: el lento deslizarse de los cueros, la madera que suspira agudamente. Los pechos altivos. Sangre brava y la piel de las manos áspera. Una puerta se abre. Entra veloz una figura; asoman sus manos nerviosas, no hay tiempo. Se aferran al piano; torpes ahora, asen la tapa y la bajan sobre el teclado. Suena el la natural y un golpe repentino que lo acalla. Son ruidos tan absurdos. El músico desplaza el taburete y corre hasta la puerta; choca, forcejea y al fin sale despavorido a otra estancia donde prorrumpe en un llanto pueril.

Algo de ese la, del despropósito de los ruidos y del llanto desconsolado que más que oírse se adivina, en la fría sala de la muerte, han separado la escena de sus actores. Los faroles reinician sus llamas siempre tristes, un fulgor para otra historia. Los espejos recobran la nitidez sobre los paños del vapor, devuelven los colores: la claridad de los rojos y el aterciopelado azul. Suena un carillón como para un festejo fin de siglo que comenzase ahora. Un aire racheado irrumpe bajo las puertas, iza las sombras, aparta los volúmenes;

se desata sobre la estancia y aloja cada cosa en su lugar. Después se retira, sin saber cómo ni adónde. Los cuatro hombres quedan petrificados y solos. Nada ante ellos, nada detrás; sólo los vasos; la inutilidad de las muecas y las palabras desgastadas; más indefensos, aunque ruines, exhaustos. Se miran a sí mismos y se reconocen en la penuria de los otros: personajes obedientes en un guión que no les incumbe; estatuas de deshecho y necesidad; puras imágenes de carne y sentimientos truncados; una difuminada acuarela.

Ojos hay que miran el bochornoso, el triste, el espectáculo humano.

—¿Y después, qué?

—¿Después?

—¿Qué pasa?

—...

—A nadie le interesa un *western* si no hay una buena pelea, una mujer de por medio, odio, venganza, y el duelo final que resuelva la historia: son las leyes del género.

—Y estamos en la última escena.

—Claro: el desafío y la muerte: recompensa y castigo; la conclusión. No importa saber de antemano que el bueno va a ganar, es evidente; lo interesante es ver cómo: de qué forma liquida a los malos, si lo hieren, si se marcha solo o se queda con la chica. Siempre es igual. Es lo que venimos a ver, y nadie va a impedirnoslo.

El relato continúa por sí mismo. La expectación se hace callada. No se mueven para no perder detalle. No pestañean. Hay un insomnio definitivo para esta noche. Se da comienzo a la danza de la sangre, la pólvora va a hablar. Silencio. No tarda. Ya está aquí el desenlace.

(No vemos el sudor, el súbito aleteo de un párpado —lo llamaron arrojó—, el paladar del miedo.)

A Sid Divino, quince años de ruido, lo traicionan su inexperiencia o su osadía; detrás de Bad Malone, apenas ha abierto espacio para la maniobra. Sobre Malone se frunce el ceño y Dientes-Podridos afila la mirada y la despeja de sus vicios para el momento crucial. Es lento con su arma y no ignora que uno de ellos va a morir; pero le satisface pensar que entre los caídos estará el cuerpo de Kelly. Probablemente, Manos tirará primero sobre Bad —el más rápido— y, por qué no, quizás tenga la ocasión de ser él mismo

quien le marque en la frente un cerco negro por donde penetre el estallido.

Kelly se aparta del mostrador y separa las piernas. Las botas lo enaltecen. Su chaqueta oscura; su camisa impecable; el pañuelo en la garganta; el sombrero de medio lado bajo el que asoma una amplia frente; sus cabellos recogidos; prieta la boca, el mentón firme. Listo para el trance. Los ojos hueros observan los milimétricos movimientos de las manos enemigas y, a la vez, se vacían en un espectáculo que se desenvuelve más allá de la escena y que solamente a él le es otorgado contemplar: la caída de los cuerpos, las brutales convulsiones y, en seguida, la imagen de una tierra sombría donde sobresalen tres túmulos sin cruces arrasados bajo un cielo no tan próximo por un viento airado que levanta los granos de arena y los arroja lejísimos. Ese saber previo lo exime del coraje, le permite complacerse consigo mismo en un destino sin réplica y, casi en el desprecio, aceptar el peso de la victoria.

Manos Kelly desenfunda el primero y dispara cuando Bad Malone está rozando con la yema de los dedos la culata de su pistola. La bala incandescente atraviesa con furia el espacio y penetra cuatro centímetros por debajo del ojo derecho de Sid Divino. La explosión le revienta parte de un rostro que fue bien parecido y el chico salta hacia atrás en absoluta mudez. (La bala sin control se desvía, rompe la tapa del piano y se incrusta en la tecla más aguda, que exhala un suspiro.) Mientras Dientes-Podridos advierte que la acción ha comenzado; Bad Malone toma el revólver, inicia la maniobra para extraerlo de su funda. Se apura porque ha sabido que, un momento antes, un proyectil silbó junto a su oído, un sutil siseo que le avisa de la cita con la nada. La descarga brutal de adrenalina fuerza sus brazos, sus manos, cada célula sensible de su cuerpo. Comprende entonces que ya sólo depende de sí mismo. Sid no existe; Dientes, tan torpe, jamás llegará a tiempo. Cortejo de cadáveres de los que no pudo imaginar que lo acompañarían tan rápido a la tumba. Urge su acción cuanto es capaz; mientras Sid se dobla sobre sí en una cabriola imposible para un vivo, y su cuerpo busca desesperado un camino contra el suelo. Dientes-Podridos con su mueca estúpida, divertida como la de un espectador que se hubiese confundido de programa, toma sin convicción su revólver, más atento a contemplar los movimientos del hombre que va a matarlo.

Bad Malone ha conseguido encañonar; pero sólo le ha faltado un fragmento de segundo cuando los bordes de la pana, asomados al hueco recién abierto en su pecho, lanzan al aire sus hebras chamuscadas. Retrocede

unos pasos; la mano, ya dormida, pretende aún dirigir el arma con un último esfuerzo; los ojos reconociendo la muralla que se levanta ante sí lo preparan para el postrer encontronazo; todavía una suerte de obstinación lo empuja hacia adelante, una rabia animal se debate por resistir. No le concierne que Sid se arrastre un instante bajo la fuerza del disparo, y muera después de una agonía brevísima muy intensa; o que Dientes aún pretenda alcanzar un tiempo no concedido. Su corazón desfallece. Las venas reciben la última entrega y el cerebro se clausura. Para una imagen de lo imposible y una visión desconocida en la que ya nadie es importante se reserva una idea. Cae sobre su frente y todas las cosas del mundo se precipitan con él. Después no sabemos.

Dientes-Podridos se ríe en su renuncia a disparar, para qué. La lucidez lo persuade de que la venganza va a cumplirse, y el recuerdo del dedo que cortó lo regocija en el último momento de placer que va a sentir. El fuego penetra por una de sus ingles y un aluvión de lágrimas acude a sus ojos. Todavía una mueca que otrora fue una sonrisa: el postrer adorno. Hubiera deseado, al menos, un tiro de gracia.

EL LECTOR DE SPINOZA

Para Carlos Serrano Vallejo

1. El lector de Spinoza vive en esta ciudad desde hace años. Proviene, al parecer, de un país del Sur en donde la pasión intolerante de sus gentes obstaculiza la razón y niega los frutos del pensamiento libre; recibido con hospitalidad entre nosotros, en cambio, encuentra la discreción y la calma que necesitan sus trabajos. La vecindad está orgullosa de contar con él; imparte clases en el instituto y, a menudo, sus compañeros y alumnos lo buscan para conversar y consultarle acerca de todo un universo de cuestiones. Hasta los que discrepan reconocen el poder de su inteligencia y la claridad de sus argumentos. Por las tardes, se le puede encontrar en su casa a las afueras, solo –salvo que atienda a una visita–, aplicado al estudio o trabajando en el taller del ático. Es un consumado artífice de maquetas: construye barcos y aviones idénticos hasta el detalle a los reales; busca la perfección y, aunque dedica años a cada modelo –como si el tiempo no contase para él–, cuando termina los regala a sus amigos y vecinos. Está soltero, según se comenta, por deseo propio; en realidad, se ignora si hay alguna mujer en su vida, y él mismo no es dado a esta clase de confidencias. Quienes lo conocen bien dicen que es algo tímido aunque estimulante conversador; prefiere los pequeños grupos, y los fines de semana suele reunirse con sus amistades con los que organiza animadas tertulias. Su talento y sus suaves maneras le han granjeado relaciones incluso de lugares lejanos –a las que atiende por correspondencia– y, en esta localidad, ejerce sobre algunas personas una singular fascinación.

2. Entre estas, sobresale el caso de una anciana que regenta una panadería junto a su domicilio. Cuando a mediodía va a comprar su pan, la mujer siempre lo espera con su sonrisa desdentada y la mejor barra de todas: bien cocida y crujiente, como a él le gusta, que le escoge de la última hornada. Apenas llega a la tienda, lo saluda con alegría, lo llama junto a sí y lo abraza cuando puede; le da conversación para ponerle al corriente del vecindario y preguntarle alguna minucia, o se lamenta con él de sus desgracias; a veces, le toma de las manos; sin pudor alguno, se las acaricia, y

siempre se despide con un beso, como hacen algunas ancianas con los niños. A él, más bien lo incomodan esas deferencias; no falta a la cortesía, pero apenas responde a las palabras de la vieja y, si puede, evita su contacto. La mayoría comprende esa actitud, porque la señora tiene un trato excesivo y molesto para quien nunca le da pie y cuyo único propósito es comprar pan. Algunos achacan el celo de la mujer a la ausencia de su hijo, que la deja sola al cargo del negocio para ocuparse de sus asuntos y pasa mucho tiempo sin ir a verla. (En realidad, resulta extraño que no esté jubilada, cuestión sobre la que abundan las especulaciones.)

3. Pues bien, parece que esa extraña relación, cuyo origen es imposible precisar, llega a su término; desde hace poco, hay abierta una tahona junto al instituto y él ya no acude como antes a la tienda de la anciana; compra el pan en el tiempo de recreo y lo guarda en su taquilla hasta el momento de salir; de esta forma, se ahorra unos minutos y, sobre todo, se libra de sus zalamerías y sus quejas.

4. La vida de una persona sola no tiene por qué ser aburrida si se organiza bien; si se encuentra el aliciente de los pequeños placeres y se deja espacio para el cultivo de la amistad y de las aficiones. La felicidad, suele decir él, es posible en nuestro mundo; pero sólo para quien se empeña en su deseo y pone los medios a su alcance en función de ese objetivo. Parando mientes, se entiende por qué tantas personas, que se ignoran a sí mismas y son devoradas por múltiples afanes, padecen la desorientación y la desgracia; mientras que envidian cómo él se libra de los vaivenes del tiempo, dichoso en su camino firmemente trazado. Fiel a su costumbre, cada día se dirige a la tahona; pide su pan, paga y se va. No hay por qué hacer complicado lo sencillo, dice, el mundo está bien hecho.

5. Una mañana se demora con los exámenes –tarea que siempre le desagrada– y no encuentra ocasión para comprar el pan; de manera que esta vez acude a la vieja panadería poco antes del cierre. Ya en la entrada, se le aparecen, como en una imagen, la presencia y los modos de la mujer; sacudido por cierto malestar, piensa en volverse cuando sus piernas, como por sí mismas, lo introducen. Lo recibe un hombretón de unos cuarenta años, calvo, con una gruesa cadena que asoma en su camisa abierta, quien lo observa un momento antes de ofrecerle sus servicios. Después de despacharlo, mientras recoge el dinero, le pregunta si conoce a la dueña de la tienda. Su mirada lo retiene y, al asegurarse de que es él a quien busca, le

declara sin la menor afectación que la anciana es su madre y que se encuentra muy enferma; además, le hace saber que ella le pide por favor que vaya a visitarla. El hombre le dice que entiende su extrañeza y que rechaza el ruego: no existen lazos de familia, no los une la amistad...; así y todo, apela a su comprensión. La entrevista concluye de manera abrupta y sin acuerdo. Fuera, en la plaza, unos niños se divierten con sus juegos antes de comer. De camino, el pan que acaricia le sugiere un trofeo ganado al enemigo; fantasía que desecha en cuanto llega a su hogar y se acomoda.

6. Los días siguientes transcurren anodinos, y sólo por un comentario de pasada en la tertulia se recuerda el incidente; uno menciona lo insólito del caso: una mujer que ofrece a un extraño el cariño que no quiere su hijo; otro, en cambio, considera que la situación no es nueva, y refiere algunos ejemplos; alguien piensa que si acude, entonces, de hecho, reconoce un vínculo con ella; se suscita una ligera controversia que termina diluyéndose, como es costumbre, en otras consideraciones de índole política. De vuelta a casa, y aunque no es de su agrado, resuelve ir a la panadería al día siguiente a interesarse por la mujer.

7. En cuanto el hijo de la panadera lo ve entrar, distrae la atención de una cliente y le indica que necesita hablarle. Cuando la tienda queda vacía, sale del mostrador, se aproxima hasta él y utiliza sólo un susurro de voz para decirle que ella se muere. Tiene que ir, debe ir, le suplica que vaya a verla porque su madre no cesa de recriminarle, pensando que no le insiste lo suficiente. Cree que es su último deseo y teme que se muera sin verlo satisfecho. La llegada de clientes interrumpe la conversación. Él se retira a una esquina, en tanto el vendedor no deja de mirarlo escrutando en su rostro qué va a suceder. Al encontrarse de nuevo los dos solos, vuelve con su petición: tan fácil de cumplir, es la última voluntad de una moribunda y puede darle a la mujer algún consuelo; ya sabe que ella lo adora, lo tiene siempre presente y no deja pasar la ocasión de hablar bien de él. El hombre parece empequeñecerse tras el mostrador, como abochornado por la necesidad de pedir y su remordimiento. Entre excusas, confiesa su culpabilidad por haberla abandonado, se ruboriza, se pone al borde del llanto; la escena se vuelve íntima y desagradable. Al final, por qué, acepta ir. El hijo, reanimado de pronto, responde deshaciéndose en elogios y prometiendo no sé qué satisfacciones; le entrega los datos del hospital y le obsequia con la mayor hogaza que hay en los estantes.

8. El hospital es una construcción antigua y sobria, adonde no acude bajo ningún concepto: se afirma que nada le disgusta tanto como la enfermedad y que jamás ocupa su pensamiento con la muerte, porque sólo las personas morbosas y las débiles se solazan en la constatación de esas miserias. Accede al edificio, quizá por vez primera, a través de un vestíbulo atestado en el que se habla a voces; entre el gentío, berrean varios niños, maldice un anciano, un matrimonio discute con gestos y unas señoras vigilan. El ascensor en que sube es amplio, pero se ocupa por completo; las gentes en él padecen por falta de aire y por la dificultad de organizar la salida en cada piso. Contrariado y confuso, llega, por fin, hasta su planta; sale a un recibidor que lo aboca a un largo pasillo; todo parece limpio y despejado; recorre un buen trecho, siguiendo la dirección que juzga conveniente y llega hasta una puerta; la franquea y avanza todavía varios metros sin la ayuda de indicaciones. Finalmente, un letrero le descubre su error. Retrocede unos pasos y toma el camino de un pasadizo curvo que lo conduce hasta un laboratorio, entonces reconoce que está desorientado. Vuelve sobre sus pasos en busca del pasillo del principio, desde el que poder recomenzar; pero sólo consigue dar algunas vueltas y termina siempre en el mismo sitio; las galerías son idénticas y todas huelen igual: imagina el aire retenido en ellas por millones de gérmenes que se aferran con sus manos diminutas. Hace calor, se mareta, transpira, no encuentra un solo banco donde descansar; imposible acordarse del camino de vuelta. Por fortuna, pasa un enfermero que lo auxilia; hay una salida por otro lado del corredor; pero también puede acceder a esa habitación a través de pasadizos interiores. El mismo enfermero lo anima a continuar y lo acompaña un trecho. En seguida toma la dirección correcta, un pasillo con numerosos recodos que da a varias salas, en las que se escucha un murmullo ininteligible y continuo. Más adelante, sigue un pasillo que se bifurca y desemboca en una escalera especialmente estrecha, muy larga, sin curvas, que puede apreciarse en toda su longitud y termina en lo alto justo con una puerta. Ésta, debido a una pequeña claraboya curva colocada sobre ella, está relativamente más iluminada, al contrario que el resto de la escalera. Antes de llegar, la puerta se abre y se asoma un hombre, sin duda otro enfermero, que lo invita a entrar. Está en la habitación de la anciana. El enfermero, un hombre joven y triste, expone la situación sin rodeos: la mujer agoniza, en cualquier momento puede sobrevenir el desenlace. Sin embargo, le permite quedarse si no es más que unos minutos;

se retira, hasta ese momento, a una dependencia contigua.

9. Las paredes, el techo y las puertas de la habitación son de un blanco increíble; el suelo cuadriculado como un tablero de ajedrez y la única ventana, pequeña, cubierta con una cortina negra, les dan un contrapunto inverosímil; no hay adornos y el lecho, en el centro, parece colocado ahí para atraer todas las miradas. La mujer yace rígida, con la cabeza en alto y los ojos cerrados; lleva el cabello recogido y a él le parece, de pronto, que es hermosa. Sus brazos se distienden sobre la cama, libres al fin de las agujas; su pecho apenas se levanta y no se escucha el aliento, el profano puede pensar que es ya un cadáver, si confunde esa calma con la quietud de la muerte. Resulta difícil acercarse en esas circunstancias, y está a punto de irse; sin embargo esa opción le parece la más absurda de todas, una vez que está ahí, y porque siente como un obstáculo la escalera de desmesurados peldaños por la que acaba de ascender. Aún junto a la cama, deliberando en silencio, la mujer abre los ojos, y las miradas se cruzan. Él contempla esos ojos por primera vez. En la oquedad rasgada, un brillo apagándose semeja las pupilas de un pez muerto; esos ojos, le parece a él, no corresponden a las de aquella anciana cuyo servicio esmerado y prolijo casi no recuerda; pertenecen a una mujer de la que nada sabe, ante la que ahora comparece como asistente a su muerte. Ella, en cambio, algo dice con su mirar detenido, obstinado, exasperante, que se adelanta a las palabras de blando reproche con que se dirige a él y lo señala. Que lo espera desde hace mucho tiempo, le dice, mientras se agarra a la colcha como a la última tierra; que no se explica su tardanza ni el olvido con que paga sus atenciones; le pregunta si no quedan en su memoria sus miradas y caricias, si el gesto cotidiano de escogerle el pan no merece su piedad; le confiesa que aún guarda los panes en su casa, aquellos panes únicos, apartados sólo para él. Y él los imagina apilados hasta el techo de una habitación, putrefactos por el moho y los gusanos que los van descomponiendo, ajenos al valor de símbolo que custodian (aunque el hedor que emanan no es espantoso para ella, sino perfume que le trae un recuerdo de alegrías, aroma que imagina cuando ya no puede sentirlo desde su cama de hospital); él piensa en la acidez de la putrefacción, en el viejo axioma de la caducidad de la materia. De pronto, la anciana se incorpora con un interminable esfuerzo, no quiere dejar la vida sin más palabras; lo reclama cabe sí, rostro con rostro, y su boca flácida con regusto a final le recuerda la constancia de su amor, y la traición a cambio; toma una bocanada de aire y lo

repite, como queriendo hacer eterna su demanda, tú me traicionas. Todavía un ademán por retenerlo entre sus manos, pero estas no alcanzan y caen; un golpe de tos y su cuerpo entero se resume en un dolor que escapa al tiempo. El enfermero aparece entonces, se aproxima para comprobar el pulso, observa sus pupilas, palpa la carótida, por toda sentencia le cierra los ojos con delicadeza. Después lo mira sin decir nada, lo acompaña hasta la puerta, él se va, y la cierra.

10. El edificio es una construcción sin alma que alberga un universo opaco; fuera, su misterio se distorsiona y se pierde como una voz a medida que se aleja.

11. Él se dirige a su casa de inmediato. Allí se desnuda, toma un baño, luego intenta comer incitando a su apetito, coge una revista y lee en páginas salteadas, se pone de pie, se dirige a la ventana, mira por ella hacia lo lejos, retrocede, contempla la habitación, se entretiene en colocar objetos desubicados, se atusa el cabello, observa el teléfono, se divierte con el cable enrollado, luego se perfuma, coge su chaqueta, se la coloca sobre el antebrazo, camina hacia el vestíbulo, lo examina y sale. En su automóvil, la ciudad que recorre le parece más grande y enigmática, acrecentada por calles que ignora y lugares inhóspitos que nunca visita; en su intención por encontrar los límites, se aventura hasta los barrios extremos, donde las gentes ocupan la calle e intimidan a los forasteros con su mirada inmóvil. Más allá, sólo despoblados hasta la frontera única del campo. En ella se detiene unos minutos, sin parar el motor, como queriendo saborear ese final antes de que otro camino lo devuelva a su mundo y lo salve. Reposta en un gasolinera donde lo atienden con hostilidad: la ciudad siempre está al borde de la sorpresa, suele decir, fruto del choque de sus gentes y el mare mágnam de sus deseos, insufrible intercambio del que abstenerse. No hay, pese a todo, más caminos que los de asfalto, dispuestos en una red de direcciones sobre un plano abstruso donde los no enterados se extravían. Nada más.

12. Cuando llega a su piso y abre al encuentro de la penumbra y del silencio circundantes, rompe de pronto la calma el motor de un automóvil frente al portal. Se acerca a la ventana y ve salir del vehículo al hijo de la panadera. Este mira hacia lo alto, y él se esconde, con tiempo de observar que oculta las manos con un gesto y se dirige a la entrada. No hay nadie en la calle. Él corre por su casa, de habitación en habitación, roza una maqueta que no cae, y al fin se detiene al resguardo de un lugar desde donde escucha a ese

hombre que asciende, muy ruidoso, la escalera. Imagina el trabajo de mover noventa kilos, su masa de carne impredecible y sudorosa; lo oye detenerse en el rellano a coger aire –unos instantes infinitos–; pero no hay tregua, otra vez el escándalo de sus zapatazos acercándose. Su mano asoma, por momentos, en la barandilla (como la de un niño que empieza a caminar); desde arriba se escucha, en la cautelosa noche, el estertor de su esfuerzo. Cuando alcanza el penúltimo piso, vuelve a descansar; lo detiene la fatiga, o delibera qué hacer, o quizás prepara algo que cabe en un bolsillo. Con lentitud, sube los últimos peldaños y, cuando descubre que la puerta está entornada, lo inmoviliza el asombro: no sabe cómo interpretar esa señal, su intuición no le vale, siente miedo. Aún la confianza en su fuerza lo impulsa a seguir; se planta, solemne, en el umbral y pronuncia su nombre, le pide que salga. No se oye a nadie. Insiste en reclamarlo, ahora impaciente; al no obtener contestación, empuja la puerta y entra; su cuerpo obeso, su torpeza, el sonido de su voz que lo delata; en el vestíbulo, lo hechiza la figura de un navío que zarpa con su tripulación a bordo, el velamen desplegado, su banderín rojigualdo que finge ondear al viento; no bien dirige su vista al interior y se desploma, empujado por un golpe de metal a la espalda. En el suelo, imagina la sangre que brota lentamente; pero no puede volver el rostro ni contemplar siquiera

13. la mano que lo hizo.



M
24

HOMBRE QUE ESPERA

... porque sabed que hay un instante en nuestra vida, un instante único, supremo, en que detrás de una puerta que vamos a abrir está nuestra felicidad o nuestro infortunio.

Azorín, Las confesiones de un pequeño filósofo

Lunes

Cuando me he levantado no me sentía tan mal. Van a dar las nueve y veinte; quizá sea pronto para recuperarse. Pienso, un poco filosóficamente, si el tiempo no lo marcan los relojes ni los calendarios, sino nuestros deseos.

Alguien escribió una vez sobre el poder evocador de una magdalena. No sé por qué lo he recordado cuando, al mirar la bandeja de los cruasanes, me ha venido su sonrisa. Sin duda, las asociaciones son ridículas; el poder de su revelación, en cambio, no.

Me llama obsesivo y estoy harto de discutirlo. Odia que vea tanto la televisión, pero me encanta. Ahora está plana y gris (estoy seguro de que no me creería); me devuelve el retrato de un interlocutor silencioso que apenas se molesta en proponer un tema de conversación. Lo miro; en el indicio de un gesto o en el descompás de la respiración, parece que buscarse algo que decir; sin embargo, seguimos los dos igual, a la espera de que el otro nos libre de tomar la iniciativa. Nos contemplamos sin desafíos ni reproches, con la esperanza menguante de que ocurra algo. Más o menos así transcurre cierto tiempo hasta que se hace tarde.

Martes

Conozco los nombres de mis treinta y dos compañeros de planta. Podría aportar incluso seis o siete datos de cada uno; datos casi policiales, sobre su historial en la empresa o su competencia en el trabajo; además, sé la opinión que tienen sobre ellos los encargados y los jefes. (Yo casi siempre soy el primero en enterarme de un traslado, un ascenso o una sanción.) No me gusta

el espionaje, pero las noticias circulan y es preciso estar atento. De vez en cuando te llega que fulano ha tenido una bronca con la central, que mengano le ha puesto la zancadilla a un compañero, o que hay *alguna cosilla turbia* de zutano –una deuda, un lío de faldas–... Todo eso tiene su valor, y tendrá un precio, nunca se sabe cuándo. (Es como para desconfiar: nos creemos olímpicos pero al final todo se descubre. Estamos desnudos, y no sólo ante la amada.)

Otra vez me he quedado absorto con los cruasanes –Jaime se burla–: curasanes, corasanes, corazones...; en fin.

Siento su ausencia bajo las mantas, el vacío de su respiración –que ahora recuerdo como una tibia brisa que a intervalos se extiende y se repliega–, el murmullo del sueño cuajado de grumos y suspiros que la envuelve. Extiendo los brazos hacia donde ya no está y en la superficie de la cama me parecen un par de ramas muertas.

Miércoles

Me abruma la presencia sexual de las mujeres. Sobre todo en las jóvenes y las niñas –cuando sus pechos despuntan, algo sagrado en ellas nos acobarda–. El poder de su presencia, de su *mera* presencia es como el agua para un sediento o la angustia del hombre quemado ante la sola lumbre de una cerilla. Algo inscrito en nosotros rebulle y desea brotar a la primera ocasión. Muchas veces, un simple roce me ha producido el malestar de una dentera recorriéndome los huesos, una insatisfacción como si estuviera mal hecho por dentro. Por todas partes las encuentro y reavivan su embrujo. No doy abasto, quisiera abarcar sus cuerpos de un bocado, ¡zas!, tragarme desde el pecho a las caderas, sus ademanes, sus fragancias y sus gestos, que siempre te postergan, ¡todo adentro! Me extravió con ellas; me fijo en una, por ejemplo: la persigo con los ojos; de pronto el paso de otra interrumpe esa mirada, la recoge; se entromete la que cruza, y se la lleva prendida a su silueta; la pierdo en el rostro de esta que viene de frente, juega con ella, se la cede a su perfil, la oculta en su melena y me la devuelve enredada; ahora hay una chica en primer plano que me observa; cuando me doy cuenta, se despide; mis ojos no aceptan ese adiós y planean en su busca. Quiero asirlas como a un volumen, medirlas en un abrazo y poseerlas; hacerme con el poder de su vida, pero sin inmiscuirme. Quisiera vivir en la frontera de sus faldas

encandilado con la seda, girar entre la licra de las medias y deslizarme por las corvas, lentamente navegar la prominencia de los muslos, doblar el asa de las caderas y caerme por el meandro doble de las piernas hasta un océano de vueltas. Me entregaría del todo, como un estúpido o un loco, y moriría exhausto; mientras ellas continúan con un repertorio que ignoramos.

Que revise los informes antiguos. Don Vicente se ha emperrado en eso. Ya *sabe* él que las nuevas inversiones dependen de que se tome una decisión; pero de esta manera deja correr el tiempo y Carlos Peralta queda mal con los de arriba, por eso nos tienen entretenidos haciendo el paripé. ¡El muy zorro! Para colmo viene Jaime y me dice que, palabras de don Vicente, *si hace falta* os quedéis, tú y él, unas horas. Parece mentira que sea tan idiota, ¿es que no se entera de que no ganamos nada? ¡Que se navajeen entre ellos!; a ver si a estas alturas se va a poner a hacer méritos. Ahora, lo que es yo, tranquilito... Las carpetas de expedientes a la derecha, las hojas de pedidos a la izquierda, los balances... y, por aquí encima, ochocientos documentos sin clasificar, vete a saber para qué. Lo peor de todo –me doy cuenta– es que no tengo a nadie a quien contárselo, que no le interesa a nadie. Serán insignificancias, pero se me incrustan todas las palabras banales que no digo. Antes de empezar, tomo aliento y me estiro –a ver para cuándo las sillas anatómicas–, siento molestias en la nuca, está durísima, me masajeo sin éxito. En el cajón tengo chocolate. Lo abro despacito, miro su foto. Me hace más infeliz todavía.

Una ducha caliente contra el agotamiento. Ni una llamada en el contestador (sólo mi voz, preparada para un anónimo); ni siquiera mi madre con su tono cariñoso y su mensaje hipocondríaco. Este cuello maldito de ahorcado de oficina... Pongo el vídeo: las chicas se salen de la ropa, pero los malabares de la acción me aburren. Hoy es miércoles, tendría que haber partido y no programas estúpidos. Mejor me acuesto temprano. Qué asco de vida.

Jueves

Santiago siempre dice que le gusto a Yolanda; una forma como otra cualquiera de picarme, porque no tiene ni idea. Esta mañana me la tropecé en el ascensor; fue divertido: la conversación consistió en un intercambio de impresiones sobre la temperatura (atmosférica); a su estimación inicial sobre

la rápida elevación térmica, asentí para darle confianza y contragolpeé de inmediato –probando su memoria– con la rotunda afirmación de que el año pasado por estas mismas fechas el calor era francamente insoportable; ella, a su vez, hizo una finta asegurando que, de todas formas, anticipa otro por venir aún más extremo. Yo tengo mis límites como todo el mundo, pero no dudo de mi habilidad para que una mujer pase un rato agradable; por eso está conmigo, ¿no? Me consolaba esta idea cuando, en el tercero, entró Feli; nos saludamos y dijo que hacía mucho calor, le contesté que sí, pero que no era nada con lo que se nos venía encima.

Lo primero que admiré fue su sonrisa, aunque no la elegí por eso. ¿O fue al revés: me escogió?... Es fascinante ver que revuelvo el café de la misma manera que ella, dejo la cucharilla sobre el plato como ella y espero, también como ella, un segundo antes de darle el primer sorbo... será por el mimetismo de la convivencia, o una argucia de mi deseo para hacerla presente en la familiaridad de sus detalles; no sé. Uno se pone a la altura de la mujer que escoge, o bien ella es la que te levanta. Si te burlas de tu mujer, te menosprecias a ti mismo; te haces un tonto por no haber cambiado a tiempo... Encima, tienes que soportar la desgracia de ese error... De nuevo caigo en el presupuesto de que soy yo quien decide... No sé, me parecía tan frágil su sonrisa y, sin embargo, ella debe de ser la más fuerte.

No me apetece leer, ni ver la televisión, ni llamar a mis padres, a los suyos menos. Me duele el cuerpo entero, y debo tener un estiramiento en el codo. Hoy Alberto estuvo sobrado, hacía mucho que no me daba una paliza así, se ha llevado los tres sets y yo no he hecho más que derrumbarme conforme avanzaba el partido. Luego, en la cafetería, no paraba de hablar del trabajo, que si su jefe es un tal y un cual, que su compañero Antonio le está haciendo la cama, que está hartito, que hoy en día no se puede confiar en nadie, que te venden por un plato de lentejas. Al final, no sé si por las cañas, el tío se ha animado y me venía con que ya no hace el amor con su mujer; y ahí sí que he tenido que darle un pase, estaba yo como para confidencias. Ha pagado él y nos hemos ido cada uno a nuestra casa. Es un buen hombre este Alberto, si no anduviera siempre quejándose. Él también tuvo sus oportunidades, pero no hizo lo que debía en su momento y las perdió; cuando ha querido conseguir algo sustancioso, muy buenas palabras pero nada. La pena es que se ha vuelto un resentido y culpa a todo el mundo; es verdad que no le han dado lo que se merece y él vale mucho más; quizá nadie recibe con

justicia. En fin, ya estamos en danza; hoy no pego ojo. He adelantado el reloj un par de veces y lo he puesto bien lejos para no apagarlo dormido; no la tendré a ella, que se levanta siempre la primera. A estas horas estará desnuda, con su camisón rosa, abrazada a la almohada y su carita plácida. Le prometí que aprovecharía para ordenar armarios y limpiar a fondo; veremos si el domingo hago un hueco. Mi madre, otra que tal, les dije que llamaría; a ver mañana. Si encuentro un respiro, porque no hay manera de quitarse el agobio, nos van a reventar un día de estos. Me esfuerzo por olvidarme de todo (suele decir: en casa, problemas del trabajo, los menos y, si no, con tranquilidad). Ella tiene sus sentencias como si fueran carriles: la hacen algo rígida, pero práctica; y a mí me dan un reposo que nunca tuve. La echo en falta... Imposible dormir. Me duele el cuello, y los ojos, además me molesta la espalda, y los pinchazos en el codo, sobre todo el derecho (se enfadaría si me oyese, siempre me critica que juego a lo bestia: dejándote la piel como si te fuera la vida); tendría que haber comprado una pomada, pero es que me falta tiempo... Hoy no duermo. Conecto la radio, se oye una música pesadísima que deben poner para que la gente se aburra; cambio de emisora y escucho una conversación sobre las relaciones entre hombres y mujeres; después de media hora concluyen que unos y otras son dos tipos diferentes e incompatibles de enfermos. Luego una voz anónima, que se comunica por teléfono, explica que ha conseguido amaestrar a su perro para que lo masturbe; a la locutora le entra la risa y le pide que explique cómo lo ha conseguido. Apago el receptor en la mitad de la exposición. Pienso que allá afuera la noche hierve. Nada me hará dormir... Intento yo también algún placer acariciándome; desisto luego por algo parecido a la lealtad y por el persistente dolor del codo. Me niego a descansar. En realidad estoy furioso, no sé por qué motivo, tenso y oscuro. Podría decir que no soy yo, sino mi cuerpo, este enfermo rebelde, ajeno a razonamientos. Bajo la piel del pecho le brotan erupciones, como manojos de flores en ebullición buscando sitio. Lo miro asombrado, triste, incapaz de consolarlo con nada.

Viernes

Llego malhumorado, la frente tapiada de cansancio, harto de las tostadas y el café. Los sexos me omiten, no quiero pensar... Busco como una alimaña

en peligro su guarida, llegar pronto y hundirme en mi trabajo asqueroso.

¿Qué cojones estáis haciendo Jaime y tú? Y del golpe en el plato ha hecho saltar al aire un pedazo de cruasán. Con mi aguada adrenalina y mi cansancio le ruego que se calme, y porque no me gustan escenas de este tipo, sobre todo en la cafetería cuando está llena de gente. El bruto de Julián continuaba, ¿O es que pensáis que nos la estamos chupando en Planificación? ¿Pero por qué vienes a mí?, me defiende, ¿Qué tengo que ver yo? ¡Tú y tu Jaimito! –Santiago, a mi lado, sin abrir boca–. Pero deja de dar golpes, que nos está mirando todo el mundo; hasta Yolanda nos espiaba en una mesa. ¿Te crees que yo no sé, insiste el tío, que se la tienes jurada a Peralta por lo de hace dos años en Personal? Ahora me sale con esas, no tiene que ver pero quién le ha ido a este con el cuento. Vais a dejar esos informes ya. ¡Y quién eres tú para dar órdenes a nadie? ¡Si te he enchufado Beltrán donde estás porque es el padrino de tu chico!, pero quién le habla así: ¿Y quién eres tú, Julián?, lo tendrán que decidir Peralta o Vicente, digo yo. ¿Cómo que Vicente? ¡Hombre!, Vicente es el que está al cargo, ya lo sabes tú, ¿o no? ¡No me digas! Esto se va terminar, ¿eh?; ya hablaré con Vicente. Por mí como si... Y espera, espera: veremos lo que pasa con vuestro departamento. ¿Qué quieres decir, Julián?, ¿estás amenazando o qué? Me caliento y mido su bíceps, su influencia y su voz de una tacada. Se encrespa: ¡Pero tú qué dices? El volumen de su cabreo y sus contactos me indican que sea explicativo: Escucha, si nos tienen parados a una sección entera con los informes esos. ¡Y qué! No sé si me he perdido, recurro a una acusación genérica a los jefes y me retiro con la estrategia de que somos compañeros –luego víctimas–: Mira, lo que pasa es que aquí cada uno hace la guerra por su cuenta, y luego pagamos los de siempre; pero el tío conoce el truco. No me vengas con historias, hazte el loco y verás; vais a durar menos que un caramelo a la puerta un colegio.

Debía haberme lavado los dientes, qué mal sabor de boca, aunque paso, de aquí no me muevo, se habrá quedado alguna luz, pues mejor, ¡dios!, parece que me han pasado una lija por la garganta, a ver si voy a enfriarme, un poco más y ya está, joder, qué difícil es todo, no hay manera de dar con la otra punta del edredón, es igual, ¡ah!, así se está bien, este es el mejor sitio de la casa, con ella ya sería el paraíso, en cuanto la tenga aquí se va a enterar, voy a hacer que aülle como la mujer loba, ja, ja, como la mujer loba en París, ¡aauuuu!, a París ¡y a parir! ¡A parir se va a ir el cabrón del Vicente!, ¡el

cabronazo!, nos ha engañado, nos ha dejado con el culo al aire; el tío lo tenía todo estudiado, y cuando se las ha visto negras ha soltado lastre. Al pobre Jaime le ha llegado su hora, se lo van a cargar como a un pajarito. Qué cerdo el Vicente, no te jode, qué hijo puta, ¡Qué hijo de puta, maricón! ¡Maricón! Grito porque me da la gana, porque me da la ¡realísima gana! El Carlitos Peralta, otro que tal, se pelean entre ellos y luego nos sacrifican a nosotros, que no valemos nada. El caso es que parece que hace fresco, no me he quitado los pantalones, la chaqueta sí, la corbata, ¿la habré tirado por el sofá?, va a estar arrugadísima, le diré que estaba así cuando la planche; pero es que no encuentro la otra manta, ah, aaaquí, me estoy quedando helado, es por el alcohol, dicen que da calor pero es mentira, luego te entran unas tiritonas de muerte, el whisky, joder, el whisky, y las mujeres, cómo están las tías, no son las del porno, pero están para comérselas; la primavera la sangre altera y nosotros nos ponemos como motos, a ver, si no de qué, si no de qué íbamos a aguantar tanta mierda, de qué, hombre, si esto no hay dios que lo soporte, ni el sinvergüenza del Vicente, don Vicente, ah sí, don Vicente, ¡qué picha tan larga tiene usted, don Vicentito!, ¡don Vicentón! ¡Qué cabrón!, que se va por ahí a pasarla bien con sus putas, ¡con sus putangas de lujo!, que me lo sé muy bien, y que me lo va a oír cantar, el tío cabrón, ¡don Vicentón!, que se va a enterar la empresa entera, ¡sí señor! Lo que estoy diciendo, que me muera si no es cierto, que morirse sí que es jodido, morirse... solo en la calle, con la maldita botella y el edredón, muerto de asco, o morirse en tu propia casa, y que no te encuentren hasta que hayan pasado lo menos diez días, cuando ya estás comido por los gusanos y por el hedor es por lo que se han dado cuenta, y te han abierto la puerta.

Sábado

Me duele la cabeza horrores, tengo ojos de ganso y la lengua hecha una piltrafa (el dolor del codo, menos mal, ha desaparecido); deben de ser ya cerca de las dos, he conseguido desordenar todo. Parece que tendremos un día espléndido: uno de esos típicos días de primavera en que juegan al escondite el sol y el fresco; un buen día para salir de casa y darse un buen paseo con las reservas de felicidad en los bolsillos.

No haber tenido que trabajar hoy; cinco días laborables y dos de ocio: la

gran conquista de la clase obrera; el lunes, Vicente y Peralta volverán a mover sus peones, nosotros bailaremos lo que nos digan y morderemos un poco al de al lado para hacernos hueco; hermoso panorama. Santiago llama y pregunta qué tal estoy, echa pestes de Julián y de los otros (la solidaridad consiste en compartir un enemigo); le confieso que no cometeré ningún crimen próximamente; él se ríe, siempre de buen humor; nuestra conversación recalca en el manido tema de la subordinación a los jefes inútiles que ascienden como hormiguitas por la estrecha escalera de su incompetencia; luego me invita al cumpleaños de su mujer, rechazo la invitación porque lo hace para animarme y porque no me apetece, pero él insiste, no sé qué llevarle y pregunto a qué hora es.

No hay noches serenas. No las comprendemos. La gente sale, bebe, baila, busca arrimarse a otro cuerpo, se divierte, agita su ego, ensaya una pasión, intenta pasarlo bien o pasar la noche. Los locales se saturan, en todas partes la misma gente, no paramos de reírnos, de tomar una copa tras otra, de movernos. Todo resulta excesivo y sencillo: hay reglas marcadas y un espacio donde no envejece el tiempo; más: recintos fuera de los cuales nada existe. Los tambores de la tribu suenan para borrar la selva de afuera y los peligros... Pero basta por ejemplo una ausencia, una equivocación, una cita interrumpida, y el hechizo se rompe y nos devuelven al patio de butacas. Me estoy haciendo un moralista; serán los años. Y una niña no dejaba de solicitarme, amiga de la pequeña; que si el cabello revuelto, que si más juntos, que mira hasta dónde llego, hasta dónde te hago ceder. Una cría ensayando trucos viejos con la violencia de su encanto. Y yo ahí, acordándome y no-acordándome de ti, necesítandote más que nunca, tomando sin ganas, esperando a que la tensión se aliviase por sí sola, por su impaciencia, por mi perseverancia, y tu recuerdo. Demasiado fácilmente me lleno de bobadas que sólo me estorban y me olvido de lo importante, que pese a nuestro empeño y a los servicios prestados, más pronto que tarde, la vida —esa obstinada— te da con el palo y las cosas vuelven a su lugar, donde tuvieron que estar siempre. En definitiva qué hago aquí, qué estoy haciendo aquí sin tu compañía, a ver.

Domingo

A los pies de mi cama el edredón ha resbalado, dos losetas, el rodapié y la puerta entreabierta, el gran desorden, los calzoncillos y una toalla sucia por el suelo; el aire de la habitación retiene una inquietud que debe de ser la mía; resaca de otra noche olvidada; una fiesta de impaciencia bulle en los objetos, se despierta con mis nervios. Contra la oscuridad del pasillo veo en el suelo luces que pasan por las rendijas de las puertas; otra habitación, otra más, el cuarto de baño, la cocina, la entrada. Recorro con la imaginación ese espacio, voy y vengo una y otra vez con mi deseo, cauto, ligero, predispuesto. Hoy llegará.

Hoy llegará. Si no llegase... Recuerdo la obra aquella de dos tipos que esperaban. Qué frustración. Esperaban a uno que nunca venía (de vez en cuando, el tío les enviaba un chavalín con un mensaje ambiguo). Los otros dos piensan incluso en suicidarse, de puro aburrimiento. Eso es lo más insoportable. No sería capaz de imaginar algo peor; tener que aguantar una espera como esa, con esa sed y esa sensación de casiapunto sostenida horas y horas, durante días y días, siempre igual, hasta no se sabe cuándo. Porque te piden que esperes, y tú esperas; y te piden que esperes todavía un poco más, y tú esperas ese poco más; piensas que la cosa ya se arregla, aunque no sepas por qué, confías en que la solución está al caer; pero no, tienes que seguir esperando, y la espera no se acaba. No se acaba, ¡pero no te deja abandonar! Un día, después de mucho, miras a tu espalda y no ves más que una enormidad de tiempo inútil en que has sufrido en vano. Y ahora ya es tarde, no hay modo de recuperar tu vida. Para entonces has perdido toda noción de tiempo y realidad, cualquier cosa en que piensas se te ha vuelto lejana; dejas que otros se ocupen de ti y te saquen de ese fondo, cuando es evidente que todo ha concluido. Sonríes, colgado por los pies como una vaca, con los ojos aún abiertos y moviendo una mano como señal de vida. Quiero que venga ya, suplico que venga de una vez; se empecinan las lágrimas, mi cuerpo se sofoca, mi boca pide que aparezca, agradecida, porque esta noche viene.

Me incorporo de un salto, ya está aquí. Me ha parecido que tocaban con los nudillos. Sólo la puerta y una delgada distancia de aire.

VÍA PURGATIVA

No te va a pasar nada... ...No te vamos a hacer na... ...No tengas miedo...
...Eso, no tengas miedo, chavá... ...Es cerca. Sí, está cerca daquí... ...Lo
llevamo por el Barrio Blanco. ¡Qué dice!, si hay mucha gente... ...Tate
tranquilo. Tate tranquilo testán diciendo... ...Qué no entiendes, hombre... ...Ta
sustao. Ta sustao, el gilipolla... ...Mejó vamo por lotro lao, ¿no?...
...Bueeeeno... ...Ya verá qué bien no lo vamo a passá. Ya lo va a ver tú... ...
¡Venga, vamo, vamo!... ...Si a esta hora no hay naide... ...¿Viene alguie?...
...Na... ...¡Eh! ¡Que te estés quieto! ¿No ves que te podemos clavá la navaja si
queremo?... ...Si no te va pasá nada, si ya te lo han dicho... ...Pue no llore,
quillo... ...Déjalo si llora o no llora... ...Ta sustao... ...Por aquí... ...Por ahí...
...Ya te dicho que por este barrio íbamo mejó... ...Pero vamo má aprisa. Sí,
vamo má aprisa... ...¡Venga, a corré! ¡Vamo a corré!... ...¡Pero no te aparte ni
una miaja asín! ¡Si está cagao! ¡Qué se va a apartar!... ...¡Ieeeeeeehhh!... ...
¡Ieeeeeeehhh!... ...¡Yauuuuuuhhh!»... ...¡Vamoooo!... ...¡Ya! ¡Ya! ¿Pa
dónde vaiss? ¡Vamos por este lao que llegamo antes!... ...¡Pero andandito,
mejó!... ...¡Eso!... ...¡Qué bonita son la flore! ¡Qué bonita son la flore!
¡Cuando lah pone mi mama! ¡En lo tiesto lo balcone! ¡Ay, cuando lah pone
mi mama... adonnando lo balcoone! ¡Y en lo balcoone! ¡Y en lo balcoone!...
...Pue cogemos po la cas del Turi. ¡Por ahí, no! ¡Pos te digo que sí!... ...¡Pero
donde el Turi no nos quedamo!, vamo a pasar de largo y nos vamo pa la
vaguadilla... ...Sí, pa la vaguada, sí. ¡Qué bonita son la flore! Con mi arma,
con mi armita, qué bonita que son; tara trin troonn taran tan tronnn...

...¿Le ponemo aquí ya?... ...Sí, que aquí no estamo a tiro de naide...
...Más pallá... ...Más pallá, donde no nos vea arguno de las chabolas, porque
en la parte de atrás está la zona de los desperdicios y la gente del poblado no
va si no es de paso, de camino hacia el ribazo de un hilo de arroyo, si es que
alguno piensa que se puede encontrar algo o, como ocurre con más
frecuencia, si se ha citado con algún gachó por un motivo cualquiera a
espaldas de la vecindad; allí los chicos piensan que es buen lugar, discreto
sobre todo, o lo han improvisado, más bien, según la emoción los va
embargando, emoción sin entusiasmo, diríase que fría, casi como un deber
que se hubieran impuesto y que sólo por el número que forman tienen
asegurada... ...Le ponemo unas tablas debajo. ¡Qué va a poné? Déjalo en el

suelo. Túmbate. Sobre los cascotes de yeso y ladrillo, entre maderas, desperdicios, piedras, alguna que otra planta que sobrevive en la asfixia de deshechos. Túmbate te han dicho. Tienes que obedecer si no quieres que te pase nada, chaval. Nosotros te vamos a mandar; si te portas bien, no te va a pasar ningún mal. Si te porta bien, no te vamo a hacer na. ¡Y si no te porta bien, te cortamo la colita! ¡Calla ya, que lo va a sustar! ¡No grites! Ponte como te digo. Así. Quítate el niqui. No, boca arriba. ¡Estira las piernas! ¡Estira las piernas, joder! Con el cuchillo, mejor. No hagas nada, estate quieto. Rájale por el centro. ¡Así! ¡Que estires las piernas! No te muevas. Así, más. Más. Hasta abajo. Coge eso. ¡Quietos! De ahí. Quédate tumbao. ¡Mira qué bonito trapo rojo! El trofeo primero se lo pasan de mano en mano, lo airean como una bandera; luego dos discuten por él, tiran por su lado, lo rasgan, se lo pasan por el cuerpo y la cara; uno tira su pedazo; el otro intenta ponérselo en la frente, como un herido de guerra o como un pirata que habrá visto en alguna película; desiste porque no le alcanza para que le quede bien; lo tira como hizo el otro, algo más lejos, entre la basura. Ya le han roto la cadena. Es bonita. Yo me la quedo. Luego, ya veremos. Déjamela. Mira. Es bonita. Está bien. ¡Es guapa! Pásamela. Trae. Déjala en paz, que la vas a romper. ¡Que me la dejes! ¡Que no, gilipollas, que la rompes! ¡Trae pacá! ¡Ya las roto! ¡Quietos! ¡No pelear! Luego nos la apostamos. ¡Luego no, ahora! Luego, ahora tenemos que seguir. Pero él que no se la quede. Que se la quede el Pico. ¡Sí! ¿Por qué tiene que ser el Pico? ¡No te la vas a quedar tú! ¡Pues el Nancio! Vale. Toma. Ahora qué le hacemos. Los pantalones. Chavá, quítate el botón. No, yo se lo saco. Déjame, déjame. Apartaos. A ver. ¡Tras! Ya está. Mira cómo se ha quedao. ¡Vaya bujero! No veas si corta mi filosita. Tira de ahí, tira fuerte. ¡Pera! Primero hay que sacarle lo zapato, gilí. ¡Bueno! ¿Qué número es?... ...A mí me va a valer. A verlo, a verlo. A mí sí que me vale. A mí no me gustan, son muy feos. Pos a mí tampoco. A mí sí, que no entendéis. Parece un mariquita. ¡Gilipollas!, tu envidia. Bueno. Pues lo tiro. ¡Pa mí! Mira qué calzoncillo tiene el muertito. Tu ties uno igual. ¡Mentira! De camellos como esos. Que sí, que te lo he visto. También el pantalón de vuelo torpe cae hacia los montículos de tierra, excrementos, losas estropeadas de terrazo, toda clase de inmundicias; nadie ha porfiado por quedárselo, tienen prisa por la emoción del despojo y del cuerpo desnudo y blanco que se somete, demasiado fácilmente quizá para lo que alguno pensó. Uno le pone el pie sobre el vientre, y le hace gritar; los otros se apresuran a imitarlo y pelean

por poner los pies encima, se empujan, las suelas de sus zapatillas lo restriegan, una pequeña batalla; el chico intenta levantarse, se lleva algunos pisotones, patadas; entre dos lo están sujetando por los hombros, uno le pone la hoja de la navaja en los labios. Te meto un tajo que te abro la boca si te mueves. Los demás dejan de pelear, y el chico se queda rígido y llora. Nancio, sácale el calzoncillo. Yo le quito los calcetines. Trae un trapo. ¿Para qué? Ante el cuerpo desnudo, todos quedan callados, absortos, no les apetece reír; miran su pene encogido, las almendritas retraídas, su carne de gallina; recoge los brazos pero no se atreve a cubrirse, sus manos se aprietan contra los muslos, se convulsiona; han hecho un corro, un cerco, y lo miran, blanco y pelado, indefenso como un pájaro cuando lo han alcanzado con una china y con el ala rota, exhausto, ni siquiera se mueve, y ellos, antes de matarlo, admiran su belleza y su vida; del mismo modo contemplan el cuerpo vencido, temblón, feo, débil, todo calamidad. Se agachan para tenerlo más cerca. Pasa cierto tiempo de esa manera; alguno cambiando de posición, buscando un sitio que sea de su gusto; a la expectativa de algo excitante que tiene que ocurrir; hasta que aparece la primera mano, como señal para las otras. Uno se ocupa de los ojos, se los abre, se los mueve, le propina ligeros tirones de las pestañas para arrancarle algunas; otro se entretiene con las orejas y el pelo; la mayoría prefiere el torso desnudo, los pezones en el pecho agitado, alzándose y bajando, con la tira de costillas bien visibles al compás; por aquí y por allí, descubren el caprichoso dibujo de las venas como un mapa en la piel, dos o tres uñas negras siguen el recorrido; además hay un agujero como una bolsita puntiaguda que se llama ombligo, en el que se pueden meter piedras menudas; pero el sexo se lleva su interés: una migaja de carne, vista así, que también tiembla; lo miran un buen rato, como a cosa extraña; luego, el cabecilla se decide a agarrar el pene y se lo jala, el chico gime, entonces le tira más fuerte; otro empieza a rascarle los testículos, otro juguetea con el escroto encanijado, otro le da golpes suaves, que parecen caricias. Déjame, déjame probar. Se ríen. Déjame a mí. Ahora yo. ¿A ver? Mira, mira lo que hago. Deja. Mira yo... ...Calla... ...Déjame a mí ahora... ...¡Que te calles he dicho!... Las primeras bofetadas, como un blando castigo de maestro, a diferencia de los juegos se hacen más fuertes. Tirones, restregones, frotamientos, pellizcos, arañazos; el cuerpo es todo posibilidad de probaturas y diversión. Mira esto. Mírame a mí. Se desafían entre sí, a ver a quién se le ocurre algo nuevo; se trata no de hacer daño, de inventar manoseos y golpes

graciosos –todos deben probar–; se azuzan, se inspiran, se imitan, repite uno lo que otro hizo, se excitan mutuamente con esa nueva libertad. ¡Esto es divertido!... ...¡Mira que bolitas de mierda!... ...¡Fíjate en el pingajo, qué blanquito lo tiene! ¡Como el tuyo! ¡Tú qué dices!... ...Tírale así, a ver qué hace... ...¡Y tú cuidao, que te clavo la navaja! ¿Quieres que te cortemos una oreja? ¡A callarse!... ...¡Vamo a acariciarle con piedras!... ...Mira qué lisito, qué suave... ...¿Te gusta? Con ese lao, ¡que corta!... ...Se le ha hecho un poco de sangre. ¡Le pintamos!... ...¡Es poca!... Sangre accidental, insuficiente para el sacrificio verdadero. Pero entre ellos la vista de la sangre no es tabú, sino ese líquido que sale, sin más, si se aprieta un poco –como, en cierto modo también, las lágrimas–; un fluido que viene por supuesto cuando uno se expone o se juega en serio o cuando uno se entretiene como ahora... ...¡Y ahora mea! ¡Que mees! ¡Tírale la cola patrás! ¡Mea ya! Tira tú. Así. ¡Ahí va! ¡Mira qué chorro! ¡No me manches! ¡Que se mea encima! Ponle pallá. Ahí, ¡hale! ¡Buen chorrito, chavá! Risas, la vergüenza, el miedo. Ponerle boca abajo. Venga. Ayuda. Mira el culo. ¡Vaya culo! ¡Qué blanquito! Mira qué gordo. ¿Con qué le damo? Traen tablas y palos; los azotes, primero muy leves como si el maltrato infligido les recordara algún otro que hubieran llevado; luego se desata la tunda; tres lo sujetan para que no patalee; está chillando, entonces le tapan la boca con los trapos; el juego se interrumpe porque el chico se enfrenta y ni siquiera la amenaza del cuchillo hace efecto; da alguna patada, pelean. El más alto le pone el filo por el culo y le hace sangre, un hilo recto como la hoja, que luego llena en seguida el tajo de la carne abierta; el chico ni se ha enterado; uno se lo dice; le cierran la boca y lo sujetan con fuerza por los brazos; recibe golpes en la nuca, en la espalda; lo pisan; uno, y luego otro, le colocan piedras grandes por encima; uno le aplasta los tobillos, y otro le pasa el filo de una piedra por los pies; otro se pone en cantar y a gritarle en el oído... Hasta que, de pronto, cesa la paliza, y los espasmos del chico se contienen... ...Estate tranquilo. Vamo a jugá un poquito y luego te dejamos. Varios ríen. Eso, y de luego te dejas. Uno canturrea, pero en seguida se calla como los demás... ...Mira, vamos a hacer que folles. Te lo va a pasá bien. ¡Vas a está con una mujé! ¡Guau! El chico gime. Le abren las piernas, le ponen debajo un monedero abierto... ...Empuja, empuja. ¡Empuja! ¡Te estás follando a una tía!; jadean con él, para animarlo. A ver lo que sacas. Más. Más... ...Así, empuja así... El chico tiene que gemir para complacerles. ¿Te gusta, eh? ¿Está buena?... Se ríen, se excitan. Uno ha

traído un clavo, hace una seña a los otros. El más alto le agarra de la cabeza – el chico cree que el juego ha terminado– y le aprieta la mordaza, lo sujeta mirándole fijamente a los ojos, sin reírse, que se desbordan de llanto. Entonces, una sacudida; el chico brinca de espasmos, pero no puede librarse; sus alaridos escapan de la venda, tiene un clavo en el culo... ...¡Hasta la punta! ¡Vicen, méteselo hasta la punta! ¡Otro golpe! La cabeza herrumbrosa, de otro golpe, se hunde en la carne, tan blanca que se entinta por dentro. El chico arquea el lomo, bracea, pugna por zafarse; pero no le dan tregua; hacen toda la fuerza que pueden, sin hablar, concentrados en el empeño. Lloro el chico de impotencia; entre gritos, siente el espinazo ceder bajo las rodillas del grupo, traga tierra. Todos ellos forman entonces una masa, un monumento. ... ¿Qué hacéis? ¿Qué estáis haciendo? Dejadle, ¡venga, fuera! Dejadle en paz ya, joder. Quitaos de ahí encima. Y tú también. ¡Venga! Se terminó. ¿Dónde está su ropa? Vamos, chico, ¡arriba! No tiene na. ¿Le habéis pinchado?... ...Iros para allá. ¡Vamos, fuera! ¡Berio! Se lo vi a decir a tu padre como no te largues de aquí, ¿me has oído? Quítate eso. Ponte los pantalones. Ayudadle. ¿Pero qué os ha hecho? Tú tranquilo, chavá. Míralo, tie tol culo rajao. Pero sácale el clavo. ¡No! ¡No se lo saques! Si se lo quita es pior, porque le entra el aire y se muere; como los toros, le sacan la espada y palma en seguida. Pos déjalo como está. Cuando llegues a tu casa, les dices que te lo quiten. Ponte los zapatos... ...¿Y vosotros, por dónde lo habéis traído?... ...¿Que no se ha enterao de nada? ¿Cómo que no se ha enterao?... ...Anda, tápale los ojo... ...Tranquilo, que no te va a pasar na... ...Ahora sí está bien... ...Asín tapao, paece un nazareno. Se parece a Nuestro Señor. ¡Quiá!... ¡Pobrecito!, ¿y por qué le habéis hecho eso?... ...¿Eh?... ...¿Qué culpa va a tené él?... ...Ahora lo vais a llevá de vuelta... ...Sí, señó; vosotros lo habéis traío, pos vosotros os lo lleváis; claro. Con los ojo tapao, no vaya a ver... ...Llevaos eso también. Que no quede nada por el suelo... ...Le lleváis por la calle el Pino, y por allí lo dejáis; luego, que busque su casa. ¿Vives en el barrio la Estrella?, debe ser de la Estrella... ...¿No? No importa; luego, ya lo recogerá alguien... ... ¡Pobrecillo!, ¡mira cómo te han puesto!... ...¡Venga!, iros pallá con el muchacho... ...¡Pero por qué la habéis tomado con él?... ...¿Y él qué tiene que ver!...



LAS RAZONES

–Si no es guapa, al menos que sea apañada; no una de esas in-te-lec-tu-a-les que leen tanto y se creen que lo saben todo –como la Maribel aquella ¿no?, que trajo una vez–: sino una mujer que sepa estar... Me he cansado de repetírselo: sus amigas le arrastran por lo que hablan; pero un hombre como él busca otra cosa.

–No sé si ponerme el vestido que me regaló Carlos. Es precioso, pero como Jacinto dice que voy provocando.

–Por cierto, ¿no ha llegado todavía?

–Sí, está abajo con papá.

–Volviendo a lo de tu hermano, ¿te ha dicho...?

–Ni palabra. Ya sabes: inaccesible a las confidencias; sobre todo en estos asuntos. Acuérdate cuando Sofía o Maribel: hasta que Julio no vino con la noticia, no contó nada. Este hijo tuyo, lo mismo ha estado con veinte y nosotras ni olerlo.

–Calla, ya lo sé. ¿Me pongo estos pendientes?

–No, los del brillantito.

–Pues eso, que sepa estar. Mira a Alberto el de Cigales, se enganchó con aquella azafata, Isabel, que parecía tan monina y tan despierta, y creo que ahora la mujer sufre unas depresiones terribles.

–¡Ay, mamá, no digas eso!

–Yo aproveché para aconsejarle que mirase bien, porque a su edad la elección tiene que ser definitiva; pero él ¡nada!, ¡como para él no pasa el tiempo! Ya sabes cómo se puso, ni que lo hubiera insultado: «que no te metas en mi vida», «que yo sé lo que quiero». Y tú me dirás si no le he hecho ver que todos sus amigos se han casado.

–Menos Raúl.

–Bueno, Raúl: menuda pieza; ese cree que con ir un rato por la oficina del padre, lo tiene arreglado. Si te digo yo que el tal Raúl ha tenido mucha mano en Jacinto, no sé si por ahí le viene ese embobamiento. A ver, ¿estos me dices?

–No, mamá, los de perlita. ¿Me queda bien esta sombra? Espero que le guste a «Miss Desconocida».

–Estás maravillosa; pero tienes que ahuecarte el pelo. ¡Ay!, ¿por qué se

te pone así?

–Aunque tu favorita siempre fue Silvia, ¿eh?

No debí nombrarla. Para mamá, Silvia era perfecta. Está nerviosa. No sé si se le van a saltar las lágrimas.

–Ayúdame, anda, que no puedo...

Me enteré de todo, aunque ella crea que no. Quiso casarla con Jacin. Era muy buen partido la pequeña de Garrón, el gerente de las Papeleras del Duero. Convenció a papá de que adelantaran su aniversario de boda y que su familia viniera a la fiesta de la finca. Pero Jacinto echó abajo el plan. Le dio por beber, lo que no hace nunca, y hubo que sacarlo de allí de mala manera. ¡Menos mal que no lo vio la prensa del cotilleo! Fue una lástima.

–¿En qué piensas?

–En nada. En que estás muy guapa.

–¡Uy!

Ya lo habrá perdonado; aunque pasó lo suyo.

–Pues yo creo que lo que Jacin necesita es una mujer con carácter, fíjate; porque siempre ha sido muy dejado, como tú has dicho, muy indolente.

–¡Bueno!

–Ahora no me lo niegues. A tu hijo le gusta ir de original por la vida, cuando no es tan fuerte; y han hecho de él lo que han querido.

–¡Hija! Ni que fueran la mafia.

–¿Por qué nunca va de vacaciones con vosotros?

–Tú tampoco vienes mucho.

–¡Ay, rica, por el trabajo!; pero siempre hago un hueco de una semana o diez días, ¿o no? Es distinto. ¿Por qué hizo Biología? Desde luego, a papá y a ti no os gustaba, ¡y bien que le dijisteis que Empresariales, o Económicas! Pues por Raúl y el Ángel ese que lo maltraían de aquí para allá como a un perrito. Por eso. Necesita una mujer que sepa llevarlo.

–¿Insinúas que tu hermano es un calzonazos?

–¡No, mamá! Digo que le hace falta una chica buena que lo espabile; una mujer que le diga las cosas claras: deja de hacerte el raro, coge el trabajo que te ofrece tu padre y se acabó; ¿me entiendes?, una mujer lista que sepa lo que le conviene.

–Eva sí que era una chica maja.

–Sí, sí, Eva, por ejemplo; a eso me refiero.

–Y tú bien que me ayudaste.

–¡Hola, papá! ¡Hola, Carlos! Así que los tortolitos no han llegado.

–¿Qué tal, Julio? Pues parece que no.

–¿Tú crees que será normal?, ¿con dos piernas, dos ojos y dos...?

–Bueno.

–Lo digo porque es tan raro que mi hermano presente a una chica en esta casa... Liga menos que un *caddy* patizambo.

–Cuando venga Jacinto se lo voy a decir.

–Mire don Carlos, si quiere seguir tomándose vermús en el seno de esta distinguida familia, más le vale llevarse bien con su futuro cuñadito.

–Qué tonterías dices hoy.

–¡Papá!

–¿Qué pasa, papá?

–Nada. ¿Y ese niño no viene?

–¿Qué? ¿Impaciente por conocerla?

Como todos. Pero papá el que más. Se le nota en que se queda estático en su esquina. Su hijo mayor... ya se sabe. Yo creo que se siente culpable y quizá un poco asustado. Ahora andan mejor entre ellos, aunque han tenido sus discusiones. Mamá le reprocha que no intervenga; pero él dice que deje en paz a Jacinto, que sabe lo que hace. Sin embargo no está del todo convencido. Todo padre debería hablar con su hijo sobre las mujeres, y me parece que no lo han hecho nunca: papá siempre ha sido muy reservado con las cuestiones del corazón, y Jacinto es como él, igual de cerrado. De todas formas, no pasa nada, que tarde en encontrar novia tampoco es una tragedia; lo peor es que falte diálogo, y que papá sienta que no le ha enseñado todo lo que hubiera debido.

–¿Has visto a mi hermanita, Carlos?

–Guapísima.

–Con el vestidito que le regalaste... Hay que impresionar a la prometida. ¡Y demostrar a la intrusa quién manda aquí!

–¡Qué dices!

–La verdad es que estamos todos un poquito ansiosos, ¿verdad, cariño? Mi hijo tiene muchas virtudes; pero la rapidez no es una de ellas.

–¡Qué sincera, tu madre!

–Pero, ¡gracias a Dios!, se terminó la espera.

– Seguro que tiene una verruga en la nariz, y va diciendo medio coja: «soy la reina de los gitanos, vivo en la chaaarca... He hipnotizado a vuestro hiiiiooo ¡y vengo a llevarme vuestro dineeeerooooo!»

–Julio, eres imbécil.

–Si la trae a casa es que va en serio.

–Más le vale; o tendrá nietos en vez de hijos, más arrugados que una pasa.

–¡Como tú eres un donjuán...!

–Ya lo sabes, mamá, ¡con este perfil!

–¡Dale un cachete!

–Lo importante es que se quieran.

Y ahora con qué me sale este, el brillante.

–Por supuesto, Carlos.

–Amor, amor, amor, amor... ¿Cómo será la mujer que ama el primogénito de los Plaza-Balduque? ¿Gustará a su familia? ¿Será repudiada por estos? ¿Tendrán que huir los dos a un país lejano donde entregarse a su pasión abrasadora? No dejen de ver el próximo capítulo de...

–Ya está bien, Julio.

Hoy se está pasando de la raya.

–Contigo es imposible hablar de algo en serio.

–¿Que no? Lo que ocurre es que estáis obsesionados. Cada uno tenéis vuestra idea sobre la novia de Jacin, y seguro que la que viene no se parece a ninguna.

–¡El timbre!

¡El timbre! Menos mal, el timbre. ¡Ya han llegado! A ver qué ha hecho este hijo. ¡Ay, señor! Hermanito, pórtate bien. Conozcamos a la señorita. Bueno. Tranquilidad. ¡Se desveló el misterio! Todo en orden, no pasa nada.

–¡Es él!

–¿Abro yo, señora?

–Sí, Nelly, haz el favor; pero aguarda un poco a que crucen el jardín.

–A sus puestos. Tararí, tatí. ¿Estoy bien peinado, eh?

–Calla, pelma, que me pones nerviosa.

Vamos a recibirla. ¡Qué ganas!

–Espera tú, Carlos; que me adelanto con mi madre.

Son ellos, menos mal. No se les ve desde aquí. Mejor me quedo en el salón. Que saluden a las mujeres y a los chicos. Un traguito. Que vengan... Se estarán quitando los abrigos y saludando. ¿Qué pasa? Hablan poco, ¿o me lo parece?... Menos Jacinto. ¡Pero cómo tardan!... En fin. A ver si todo sale... Bueno... Ya están.

–Mira, Inés, este es mi padre: Eduardo. Papá, te presento a Inés.

Dios mío.

–Encantado.

¡Es ciega!

–Nos hemos retrasado porque el tráfico estaba imposible, ¡todo el mundo ha tenido que salir hoy al campo!

Lleva el bastón, las gafas negras, ahora se lo guarda, ¿será una actriz?; no es una broma de este hijo.

–Idos sentando si queréis.

–Aquí, Inés.

¡Una ciega, la novia de Jacinto! ¡No ve nada! Pero esta mujer, ¿de dónde la ha sacado? Jacinto es increíble. Pero ¿cómo trae...? Mírala, con su sonrisa, qué dientes más blancos y la cabeza inclinada, ¿qué se cree, un pajarito? Viste bien, el traje no es corriente: esta se ha puesto lo mejorcito del ropero. A ver de dónde viene. ¿Pero de una ciega cómo se ha podido enamorar? No tiene sentido, el ciego es él. ¿Papá qué dice?

–¿Qué te apetece?

Tenemos que hablar. Teníamos que haber hablado. Ahora mira con qué nos ha salido. ¿Y qué pensará Eduardo?

–Te contaré el secreto de esta familia, Inés: los domingos es tradición juntarnos todos en casa para el vermú. Yo te recomiendo que la sigas; aquí somos muy estrictos con las buenas costumbres.

¡Pero qué dice este tonto!

–Jacinto, no le digas eso que la vas a condicionar.

¡Ay!, ¿por qué no hemos actuado antes? Si estas cosas tienen que hablarse en familia primero. ¡Quién iba a imaginarse esto? Este hijo no sabe lo que está haciendo. No haber actuado con más energía para orientar a Jacinto, no haber tenido con él unas palabras antes, si me lo tenía que haber imaginado que iba a pasar una cosa así; haber hablado antes, ¡ANTES! Pero

¿por qué? ¿Por qué nunca escucha a nadie? ¿Por qué no hace nunca ni puñetero caso?

—¿Qué tomáis vosotros...? ¿Papá?

—Ya tengo.

—A Inés le gusta mucho el vermú de aperitivo...

¡Qué pelma con el vermú! Yo no entiendo, no entiendo esta última payasada de Jacinto; sólo a él tiene que ocurrírsele algo así. Es un loco, un loquito que termina por sacar todo de quicio. ¡Siempre tiene que venir a sorprendernos con alguna originalidad! ¡SIEMPRE! Que si la carrera, que si viajes extemporáneos, que si aventuras... sólo que ahora ha ido demasiado lejos. ¡Y mamá! ¡Lo que debe estar pasando!

¡Vaya terremoto para esta familia! Seamos objetivos: fea no es, tiene una voz agradable.

¡Mírala, qué compuesta! ¿Qué se habrá creído?

Lo malo son las gafas; pero cómo mantiene la compostura, y la situación es embarazosa...

Y nos hablará siempre detrás de esos cristales. Tendrá los ojos blancos. O las cuencas vacías. Por la noche, cuando se acueste y se quite las gafas, Jacinto tendrá que verla tal como es en realidad. Por lo menos no se hereda; pero ¿qué estoy diciendo?

Hay mucho que decidir todavía.

Es extraordinaria: si le gusta a mi hijo tendrá algún don especial, seguro que trabaja en un buen puesto, no sé, o escribe en algún medio. Aún no ha dicho cómo se gana la vida.

Me revientan esos cariñitos: no le suelta la mano, ¿a qué viene?, aquí no se va a perder.

Que se descubra, que enseñe las cualidades con que ha enamorado a Jacinto. ¿Pero qué puede hacer una invidente? Usted, señorita, ¿qué sabe hacer? ¡Díganoslo! ¿Qué sabe hacer verdaderamente bien? Porque algo será, ¡ALGO!

—A Inés ya le he explicado que la casa es enorme.

—¿Y tú, Inés, por qué zona vives?

Lo dice mi hija para salvar la situación. Pero así no se salva nada. Y hay mucho, pero mucho que resolver. No es mala zona; por lo menos. Nada, no da señales de nada. ¿Estará escondiendo sus bazas? Quizá nos juzga por la voz, sí, debe de estar analizándonos por nuestro modo de hablar; en cambio,

si me quedo callado, no puede formarse una opinión sobre mí. ¿Cuál será su talento? ¿Sabrá idiomas? Desde luego es agradable, parece formal y educada. Todas disimulan al principio, claro. Además, que de ninguna manera, una ciega no puede tomar la iniciativa. ¡Ha sido Jacinto el que se ha acercado! ¡La culpa es suya! Pobre mamá, nunca la había visto así. La señora cómo disimula, pero no deja en paz el anillo. Está descompuesta. ¡Será inconsciente! ¿Cómo voy a entrar en el club, por ejemplo? ¿Llevándola del brazo? No, no juega al golf, claro; otros deportes sí, por supuesto, hay que mantenerse en forma, chicas, no creáis que porque sea... ¿cuáles? Sí, esto, pues... la bicicleta, la bicicleta estática.

—Esta zona ella no la conocía; claro, por aquí cómo va a pasar...

También deben bailar con otro sentido del ritmo, más arrimadas; dicen que desarrollan el oído y escuchan ruidos que la gente normal no oye; están siempre alerta; captan todo lo que ocurre a su alrededor, ¡menos mal que no leen los pensamientos! ¿Y cómo nos comunicamos?; le hago una señal a esta chiquita ¿y qué va a entender ella? Una desventaja para todo, para la familia, para el trabajo, para las relaciones... ¿Qué vida hacemos así? Así, imposible; o tal vez la cosa no sea más que un simple enamoramiento, una chiquillada. Aún hay tiempo para que recapacite sin precipitaciones. Precipitarse no conduce a nada; ¿que ella tiene un problema? Bueno, pero él debe ser realista. Seguro que Jacin la ha conocido fortuitamente; como es tan sensible y la ve desvalida, siente lástima; quedan tres o cuatro veces, se encariña y se hace su salvador. Pero así no se establece una relación formal. Nadie se casa por pena. A mí no me da pena, ¿cómo va Jacinto a ser feliz con esta joven? De boda ni hablar. Uno no se casa con una mujer a la que no admire en algún sentido, y el fundamento de la admiración es lo que uno logra con su esfuerzo. Esto vale para nosotros como para ellas: eso, eso debía habérselo explicado a Jacinto, o tendría que saberlo; pero no quiere enterarse. No se entera del compromiso en que me pone, en que nos pone con su actitud, ¡y sin consultar con nadie! ¡Ay! ¿Y qué pensará Eduardo? No dice nada. Nada, nunca ha hecho nada por la familia, y ahora nos viene con esto; pues va lista la niña si se ha propuesto cazarle, ¡no me conoce! No se entra de cualquier manera en esta casa. En esta casa no desentona; es elegante, dentro de lo suyo tiene su gracia; y el morbo que inspiran. ¿Cómo serán las caricias de una ciega? A lo mejor sienten más profundamente, ¿qué orgasmos alcanzarán? Este Jacinto está chalado, o tiene unos huevos... Si brillara en algo, la verdad,

sería otra cosa: mi nuera, ahí donde la ves, ahí donde la tienes, ha sacado un *master* en Económicas, y está en una compañía americana. ¿Cómo la presento a las otras? Dirán luego que no hemos situado al mayor como es debido, que la chica se ha buscado un buen partido sin tenerme en cuenta a mí y con el pequeño que vaya calamidad, todavía sin centrarse. A mamá le da un síncope. ¡Qué cabrón eres, Jacin! Y Jacinto me parece más bobo y encantador que nunca.

—¿Tienes calor, Inés?

Inés, Inesita, Inés; ¿Y Julio, qué?, ¿ya no hace ninguna de sus gracias?

¡Coño, Jacinto! ¡¡Las razones!!

EL RESTO INVISIBLE

No fueron nunca supersticiosos ni lo eran cuando entraron a vivir a un número de Puerto de Canfranc a primeros de Otoño de 199... No tuvieron nunca la crispación temerosa que posee a quienes ahuyenta el mal fario o recurren a amuletos en los trances difíciles, lejos de ellos esa cerrazón; más bien fue su sensibilidad, una certera actitud para percibir los matices y las huellas menores lo que les abrió, hasta darles cabida en su mundo, a las realidades innombrables y a los sinuosos secretos que se desprenden de nuestra vida.

Recién casados, después de acumular el periodo de vacaciones y la quincena por el viaje de novios, estrenaron aquella casa que era suya por deseo y en la que empeñaban veinticinco años de sueldo. Al abrir la puerta, entre risas nerviosas e impaciencia, él rogó a su mujer que se dejase coger en brazos: quería introducirla con su propio pie en el que sería su hogar. Ella subió sorprendida y alegre; él, esquivando las maletas divertido, digno, traspuso el umbral. De pronto, un sinfín de ecos y silencios echaron a correr por el pasillo y fueron a ocultarse a toda prisa en las habitaciones, entre las mantas, a la guarda de los muebles y los objetos medianos. Ella, al presentir el tropel, se bajó en seguida; él no había notado nada y pudo calmarla sin dificultad. Luego recorrieron juntos las habitaciones hasta reconocer que no había nadie.

La casa era un tercer piso; tenía una cocina pequeña, un baño minúsculo y un largo pasillo que nacía en la entrada; a la izquierda de este, una habitación, al fondo la sala y, comunicando directamente con ella, la alcoba principal. Una terraza de un metro de ancho recorría de lado a lado la vivienda, daba a un callejón y a otro bloque con las dependencias a la vista. Habrá que poner cortinas, dijo él, para no ver a los de enfrente. Que no nos espíen cuando nos besamos, le correspondió ella. Se persiguieron por los cuartos correteando, abrazándose, llenándose de besos. Al fin cayeron emparejados sobre el sofá, ofuscados por su amor, hasta que los detuvo un golpe seco y otros más, el movimiento de los vecinos de al lado, perfectamente audible por la insuficiencia de las paredes.

Y empezaba la vida en la modestia de aquel piso. Los muebles, escasos y prácticos, habían sido adquiridos con la casa. A ella no le gustaban, pero la

falta de dinero la obligaba a quedárselos. Solamente compraron una cama con cabecero de hierro, su ilusión de niña, y un armario que cubría de parte a parte la pared del dormitorio. La cómoda, el espejo, el vestidor tendrían que esperar su momento.

Ella dejaba lista la casa todas las mañanas y recorría las calles según los anuncios de trabajo; con anterioridad fue empleada doméstica y cuidadora de bebés o de ancianos; una vez tuvo un contrato de secretaria, pero la despidieron a los tres meses sin más explicaciones. No se sentía preparada, su defensa era una mecanografía intachable y un inglés mediocre; alimentaba en sueños unos estudios que siempre debía posponer. Él trabajaba de mecánico en un taller de coches. Al principio, esto fue nada más que tres semanas, volvía a casa a mediodía, almorzaban a toda prisa y tenía que marcharse. Por veinticinco minutos de estar juntos hacía la carrera de ida y vuelta; se iba saciado e insatisfecho de los besos que abandonaba con precipitación. Luego cambiaron de planes, ella comía sola en casa –lo más frecuente– o se reunía donde él a tomar el menú de un restaurante barato. A las cinco, lo dejaba en el taller y regresaba, casi siempre recorriendo algunas calles, demorándose en los escaparates, imaginando combinaciones que embellecieran su hogar. Una o dos veces por semana se acercaba a la casa de sus padres, tomaba el café, inquiría los asuntos de familia, mostraba la alegría por su esposo.

A la noche, él se lavaba concienzudamente las manos; quería estar aseado para ella. Se les eternizaba la cena comentando las novedades del día, viendo la televisión, interrumpiéndose a cada poco con promesas y caricias.

Quizá el primer indicio ocurrió una mañana en que, antes de marcharse al trabajo, él quiso consultar la cartelera en el periódico. Fue a buscarlo sobre el sofá, pero no estaba; recordaba que, al acostarse el último, lo había dejado abierto allí. Era extraño que su mujer se hubiese levantado durante la noche y lo hubiese recogido; sin embargo, lo encontró bien doblado en el primer lugar del revistero. Esa noche, en efecto, ella confirmó que no lo había tocado; evitó porfiar para no alarmarla, se dijo que él mismo lo habría guardado sin darse cuenta.

El recuerdo de esta anécdota se produjo a la luz de otro suceso parecido. Un salero, abandonado sobre la mesa tras la cena, apareció a la mañana siguiente en la cocina, no dentro del armario pero junto a él. Obviamente

alguien lo había llevado. No habrían estado seguros si no fuera porque al irse al dormir, en diferentes momentos, los dos habían reparado en su presencia. La sorpresa y la intranquilidad se adueñaron de su ánimo pese a la insignificancia del detalle. Él bromeo diciendo que era sonámbulo, y ella pensó si la falta de práctica con las cosas del hogar provocaba aquellas confusiones, ¿no se reprochaban con frecuencia que cada uno colocaba las cosas a su manera, y el otro nunca las encontraba cuando hacían falta?

Sin embargo, el efecto de aquel suceso resultó más intenso en ella; se prometió a sí misma que no volvería a dejar nada fuera de su sitio.

Antes de que ocurriera el fenómeno siguiente, la mujer recibió la primera información de una vecina. Cuando volvió del trabajo encontró a su esposa alterada; con prisa por abrazarse a él y empezar su relato.

María Urdiales se llamaba la anterior inquilina, el nombre del marido se perdió entonces o después. Vivieron en el piso durante trece años; al principio la convivencia fue normal, sin embargo en seguida cambiaron las tornas. El hombre regresaba del trabajo casi siempre de noche; se le sentía subir la escalera haciendo ruido a propósito; cerraba de un portazo y caía el silencio. A los pocos minutos, a veces de inmediato, se le oía gritar, sólo a él, frases irreconocibles con entonación de pregunta. Con el tiempo empezaron a escucharse además insultos, palabras soeces y golpes, muchos golpes a los muebles, los cajones o las puertas. La situación se mantuvo así desde entonces; acaso los altercados arreciaron, no faltaban cada tanto las quejas de los otros inquilinos y, a veces, la bronca se extendía a todo el edificio. Se vivieron situaciones muy desagradables. Luego el hombre murió y la mujer se fue de allí, al parecer muy trastornada o loca. No habían tenido hijos. La casa quedó vacante.

Trataron juntos de acoger aquellas noticias con frialdad. No pocas tardes, los de arriba se enzarzaban en disputas con su hijo adolescente; los reproches de los padres y las réplicas del chico traspasaban el techo; la violencia de las voces pugnaba por introducirse en su casa, y a ellos, a veces, les costaba sobreponerse a la tensión y la tristeza. Los de al lado también parecían dirimir sus diferencias removiendo muebles; ellos se reían de los golpes y los roces que nunca faltaban los sábados y domingos. Querían mantenerse al margen a toda costa, no dar pie a comentarios ni quejarse por nada; sólo atentos al discurrir de su convivencia.

El tercer fenómeno –pongamos el tercero, porque sucedieron tantos seguidos que es imposible reconstruir el orden–, fue muy peculiar y produjo en ellos una impresión de la que ya no supieron deshacerse mediante razonamientos. Como por milagro, encontraron en el tope del cajón de un armario –que pasó desapercibida en su anterior registro– una fotografía. Se trataba del retrato en blanco y negro de un hombre mayor vestido con traje. En sus ojos, que miraban de frente a la cámara, en la nitidez de sus arrugas y la cuadratura del mentón, exhibía una dureza extrema. Sus cejas acentuaban el mismo efecto y sus labios apretados violentaban una sonrisa que sin embargo quería brindarse. Ignoraban quién era; y el hecho no hubiera ofrecido más interés que el de la casualidad si no porque, a la mañana siguiente, la foto había desaparecido. Otra vez, ambos eran testigos; la habían apoyado en el cristal de la vitrina y ya no estaba. Si un golpe de aire la hubiera hecho caer la habrían encontrado; pero no apareció aunque la buscaron a conciencia –ante todo para apaciguar una zozobra que se volvía insoportable–.

Él se animó a consultar al vecino de la casa contigua, con el que apenas había mantenido unas palabras hasta entonces; después de los comentarios de rigor, introdujo con cierta habilidad el tema. Su vecino no quería hablar mucho, pero supo darle más datos de los que pedía y le reveló la parte sustancial de aquella historia. El hombre de la foto era el marido de María Urdiales. Vivieron allí durante quince años, el mismo tiempo que llevaban él y su familia, hasta que ella lo asesinó.

Ya conocía lo de las discusiones, ahora le dio una versión nueva: supo que el hombre recriminaba a su mujer por cualquier motivo: la comida, la ropa, la limpieza; nunca estaba contento. La amenazaba, decía que un día cogería su dinero y se marcharía para siempre. Parece que llegó incluso a levantarle la mano, algún fin de semana en que volvía borracho. Nadie intervino –dedujo él–, cada uno se aplicaba a sus problemas; la mujer había soportado ese infierno hasta el límite y, entonces, lo mató. Le clavó un cuchillo en la nuca. Se dice que ella misma tuvo el valor de avisar a la policía; a los pocos minutos se presentaron allí; sólo pudieron certificar la muerte del hombre, y se los llevaron. No hemos vuelto a verla ni a saber de ella; dicen que estuvo en la cárcel o la ingresaron en un sanatorio. No hizo falta que ninguno acudiese a testificar, como habían previsto. Supusieron que

la declararon loca y el caso se cerró. Le contaba todo esto con gravedad, afectado por cierto pudor como si confesara más bien su propio delito. Evitó ampliar su testimonio con detalles, le dejó que imaginase el horror, la sangre, el revuelo entre la vecindad. Le dio a entender que era un tema prohibido en la escalera; quizá el origen del ambiente hostil en que parecía sumida.

Se lamentaron y maldijeron su desgracia. Él se comunicó con la agencia que les vendió el piso, pero nadie de importancia se hizo cargo. Tras muchas reclamaciones, los de la inmobiliaria se disculparon y se ofrecieron a vendérselo a un tercero, incluso les dijeron que los ayudarían a encontrar otra vivienda. El banco no se opuso a una nueva operación; aunque no ocultaba que comportaría unos gastos. Implícitamente, los reconvenía a que se quedaran donde estaban.

Tras la falta de la fotografía, hubo un margen en que no sucedió nada reseñable. Era como si, después del traslado de objetos, aquella desaparición colmara una expectativa, o un ansia hubiese quedado satisfecha. Imaginaron, quizá sirviendo a su deseo, que por el hecho de conocer la historia del infortunado matrimonio no ocurriría nada más. Las semanas siguientes, no obstante, observaron que su ánimo decaía en el ambiente sombrío del secreto. Ni él ni ella podían evitar, al cruzarse con alguien en la escalera, la vergüenza de que supiera que en su casa se cometió un crimen. Ellos mismos miraban su hogar con aprensión, con el temor insensato a descubrir, de pronto, una mancha de sangre en el suelo o en la pared. Temían que algún objeto, tal vez un cuchillo, reapareciese en un cajón. Se asustaban con un simple ruido o una sombra en las cortinas.

Decidieron que ella no permaneciese sola en casa, incluso con el pretexto de una obra se quedó unos días con sus padres; pero aquélla no era solución. Necesitaban el espacio de su hogar; la tregua los animó a volver y a convencerse de que allí debían reconducir su vida.

Ella pensó que tenía éxito. Su estrategia de mantener todo en orden funcionaba; desde que había redoblado sus esfuerzos por limpiar, recoger, colocar cada cosa en su sitio sin la menor excepción, no hubo ningún fenómeno. Aunque esa forma de actuar le privaba de tiempo y libertad, ella lo prefería porque sentía renacer el sosiego perdido. Con mayor o menor conciencia de ello, se persuadía de que su diligencia en las tareas del hogar

mantendría a raya los acontecimientos.

En el ambiente más distendido de aquella temporada, pudieron reconstruir los hechos tal como sucedieron. María Urdiales asesinó a su marido clavándole un cuchillo de cocina. Lo hizo la noche de un viernes – después de que él se hubiese portado brutalmente con ella–, mientras caminaba dormido: era sonámbulo. Al parecer, decidió matarlo cuando se levantase para uno de sus frecuentes e interminables paseos de ida y vuelta por el pasillo. Lo llamó, no le respondió; y, gritando, se abalanzó sobre él. Fueron dos golpes seguidos, el hombre cayó de bruces y saltó desde el sueño hasta la muerte.

Aquel corredor era, por tanto, el lugar fatídico; afortunadamente no había huellas, sólo una tablillas levantadas del parquet, quizá por otra causa; él se ocupó de arreglarlas e instaló una luz poderosa que iluminara aquel trecho.

Una noche, bastante tiempo después de saber lo del asesinato, hicieron una fiesta con sus amigos. Cenaron, pusieron música, charlaron, intentaron bailar pese al exiguo espacio del salón. Cerca de las cuatro se marcharon. Los dos estaban muy cansados para recoger los platos y encargarse de la basura. Ella insistió; él quiso convencerla de que lo dejara para el día siguiente: era tarde, terminarían al cabo de una hora; no logró disuadirla. Se puso a ayudarla protestando: no había vuelto a ocurrir nada, debían olvidarse, en todo caso eran sucesos inofensivos; lo vencían el alcohol y el sueño. Ella se sentía incomprendida, se puso furiosa y lo mandó a que se acostara. Él se resistió un poco antes de ceder y marcharse.

En el silencio de la madrugada, escuchaba el ruido que hacían sus manos con el agua y la vajilla, el casual golpe de su anillo en el vidrio, el suave frotamiento del estropajo. Nunca había sentido aprecio por esas labores, ahora en cambio le parecían una melodía encantadora. Miró detrás de sí, como para sorprender a alguien que se dispusiera a hablarle; sólo los objetos, el silencio total, el resplandor cercano de la luz del pasillo. Las cosas que estaba haciendo, cómo las estaba haciendo, la dedicación que ponía en ellas le parecían nuevas, provistas de una dignidad que nunca había imaginado. Transcurrieron así muchos minutos; por fin concluyó su tarea, todo estaba en orden, borrados los efectos de la fiesta, salvo una copa; había dejado expresamente una copa sin lavar, con manchas de carmín sobre los bordes, con restos incluso de bebida. Jugueteeó con su base, varias veces

estuvo a punto de echarla al fregadero; por último, decidió apartarla. La dejó de pie, al borde de la pila, sola, a buena distancia del escurrerplatos donde descansaban las demás. Miró en derredor, enseñoreándose, como si citara también una presencia imposible. Apagó el calentador, lo escuchó sonar cuando se cerró la espita. Apagó también la luz y se acostó.

A la mañana siguiente, aquella copa se encontraba en el mismo sitio en que la había dejado; pero estaba limpia. Para ella no hubo más dudas, María Urdiales estuviera viva o muerta, algo de María Urdiales permanecía en la casa. Era *ella* la que había ordenado los objetos, la que limpiaba, la que estaba trastocando su hogar como si pretendiera aún ejercer su dominio. El ínfimo detalle de una copa revelaba que su presencia acechaba la primera ocasión para ocuparse de algo; si no había actuado antes, era porque no podía intervenir a capricho, sólo ante objetos que incumplieran el orden de algún modo. Por tanto, únicamente perseverando en la vigilancia de todos los detalles, la mantendría apartada; únicamente así se desharía de su influencia. Ya no se trataba de encontrar explicaciones, con mucho se había superado lo razonable. Lo decisivo era conseguir una organización de la que aquella mujer fuera desplazada para siempre.

Expuso esta opinión a su marido. Decidió que se turnaran para realizar escrupulosamente los menesteres de la casa. Él se permitió alguna broma: ¡una asistenta gratis!, antes de comprender la trascendencia que aquel asunto tenía para ella. Aunque no le gustaba el régimen que pretendía imponer, carecía de argumentos para contrarrestarlo. Finalmente, aceptó sus condiciones; él se encargaría de la última limpieza del día: levantaría la mesa, fregaría los platos, los secaría, los devolvería a los armarios: quedaría la casa limpia y recogida por completo. Como un piso piloto, dijo, sin huellas de vida real, reducido a la frialdad de un decorado.

Durante aquellas noches —ella lo esperaba acostada, leyendo—, él pensaba en el misterio de aquella presencia que se había hecho tan evidente como la suya propia, tan nítida en los detalles de su actuación que podía percibir en ellos el trazo de un carácter. Y en esto precisamente había un enigma añadido, cómo podían corresponder esas actuaciones tan cautas, tan delicadas, a la misma persona que, por el dolor y la ira, había asesinado a su esposo; no encontraba en su actuación nada que denotara odio, deseo de provocar daño o temor; más bien se reducía a una actuación discreta, humilde (si cabía denominarla así). Quizá privada de otros modos de manifestarse, sus

intervenciones sólo buscaban merecer afecto. Su mujer no compartía esa idea y no le dejaba hablar así; sin embargo, en la soledad de la cocina, aquellas noches presentía que a veces una mirada de piedad se posaba no precisamente en él, sino sobre los diversos enseres que se le habían vuelto inalcanzables.

Ella encontró trabajo, al fin, en una tienda de cosméticos. Empezó a atender el empleo sin descuidar el orden de la casa, ante la perspectiva de que su hogar quedara solo desde la mañana a la noche; le aterraba la idea de una mujer fantasmal que recorriera las habitaciones buscando errores y subsanando fallos. En consecuencia, apenas disponía de tiempo; se levantaba muy temprano y se acostaba tarde. La limpieza se fue convirtiendo en una obsesión: con firme voluntad se esforzaba en el papel –nunca querido– de ama de casa, sin más objetivo que negar la entrada a María Urdiales.

Sin embargo, su empeño fracasó. Primero fue una observación casual que, de nuevo, se transformó en evidencia: cada semana alguno de los muebles aparecía movido, tres o cuatro centímetros a lo sumo, una distancia insignificante en la que sólo a fuerza de las sucesivas ampliaciones pudieron reparar. No hicieron falta palabras para reconocer la señal: *Ella* movía los muebles. Los leves signos en la mesa del salón, las dos estanterías, la vitrina, el revistero y las butacas indicaban su fuerza; por ellos les advertía que no impedirían sus movimientos ni el uso de las viejas pertenencias, con que expresaba nadie sabía qué oculto deseo.

Fue en la época del embarazo cuando ella imaginó la respuesta adecuada. Supieron que María Urdiales había fallecido en el hospital Alonso Vega de Madrid un par de años después de su ingreso; esto les llevó a admitir sin ambages lo que hasta aquel momento se resistían a nombrar: la existencia en la casa de un espíritu en pena. Por alguna razón, aquel *ser* insistía en mostrarse mediante movimientos de muebles e incidentalmente de utensilios y adornos; sin embargo, rehusaba tocar los objetos de ellos dos. Llegaron a la conclusión de que sólo librándose de las pertenencias de aquella mujer, se desharían de ella. Tiraron toda la vajilla, incluido un delicadísimo juego de té, los adornos que no reconocían como propios, las ropas y mantas que habían

usado, las alfombras, las cortinas, los tapetes. Desnudaron su hogar sin decir nada a nadie, sabiéndose sin recursos para reponer todo aquello, y ante la perspectiva del niño en camino que los obligaba a ahorrar. La mujer temía, más que a nada en el mundo, que María Urdiales estuviera allí cuando la criatura naciese.

Tras aquella operación, la presencia pareció debilitarse; como si la falta de objetos hubiera disminuido sus posibilidades de manifestarse o la casa, al adquirir otra fisonomía más depauperada y triste por el despojo, le dificultara su reconocimiento. Los movimientos del mobiliario continuaron todavía, aunque no con la asiduidad de antes. Y, además, se confirmó su hipótesis: María Urdiales no había querido o no pudo emplearse en los objetos que no le pertenecieron. Esta reducción ostensible de su actividad no la tranquilizó, al contrario, parecía que ante la inminencia de su triunfo definitivo se acrecentaba su impaciencia. Se esforzaba en trabajar más horas de lo conveniente y lo mismo exigía de su marido, con el fin de recabar cuanto antes el dinero con que suplir los muebles de ella. Quería correr contra el reloj. Si es preciso, tiraré el armario ropero y la vitrina del comedor; me desharé de todo aunque tengamos que dejar nuestras cosas por el suelo. Esa mujer debe irse, debe desaparecer, ¿me entiendes? No puede estar en casa cuando venga nuestro hijo. Le reprochaba con la mayor dureza que él fuera tan insensible a sus demandas. Lo amenazó con abandonarlo. Le imploraba que acabase cuanto antes con aquello. Él asentía, exhausto por el trabajo sin fin de esos meses, con aprensión de que su mujer cayera enferma. Se esforzó por acatar sus órdenes y vació la casa. No se atrevieron a vender nada, sentían escrúpulos de que el espíritu pudiera alcanzar a otras personas; dejaban los muebles en la acera durante la noche y, a la mañana, comprobaban que alguien los había retirado. Sólo pudieron comprar un ropero nuevo; las cosas de menor uso las guardaron en cajas de embalaje que repartieron por los rincones. La imagen de la casa era lamentable, y dejaron de recibir visitas, lo que no era fácil en el estado de ella; pero lo subordinaban al temor de que se descubriera el secreto. Nadie supo nada; ni los vecinos que, sigilosos, asistían al traslado de los muebles con su extraño mutismo, quizá sospechando motivos, quizá presintiendo la razón oscura.

Faltaban unos días apenas para que ella saliera de cuentas cuando una vecina les dio los datos para completar la historia. María Urdiales tuvo un novio de joven; por causas desconocidas, se rompió la relación y cuando, más

adelante, él quiso reanudarla, ella ya se había comprometido con el que se casaría después. El matrimonio fracasó desde el primer día; él era muy severo, acostumbrado a exigir y a ser obedecido; ella tenía un carácter fuerte, aunque progresivamente alicaído por la infelicidad y los recuerdos. Muchas veces renovaron sus esfuerzos por amarse y otras tantas fallaron, incapaces de entenderse; sin embargo, el miedo a la soledad que quizá los unió, los retuvo uno junto al otro como enemigos. El hombre, estricto hasta la enfermedad, continuamente le reprochaba que la casa no estaba limpia, el menor desperfecto era suficiente para que descargara su ira: el botón suelto de una camisa, algo de polvo sobre un mueble, la comida no aliñada a su gusto. Ella se desvivía por complacerle; mas todo empeño era poco ante sus exigencias. Se consumía de la amargura; no tenía mal tipo y en poco tiempo se vino abajo. La pobre debía de estar muy enamorada porque es inexplicable lo que aguantó, el caso es que no supo dejarlo, o no pudo, y tampoco quiso suavizar su carácter; así que empezó a beber. Esto, claro, empeoró la situación y se fue deslizado hacia el abandono y la ruina. El círculo del desamor se estrechó y nunca encontraron la salida. La muerte de él precipitó la de ella, como hubiera podido suceder al revés.

Lo último que dejó junto a los contenedores de la basura fue un espejo ovalado de casi un metro enmarcado en caoba, una pieza hermosa y antigua. Él pensó que deshacerse del espejo significaba despedirse de lo que fue una compañía fiel e incomprensible de dos años. La superficie estaba immaculada, recién limpia, como si María Urdiales hubiese depositado en él un último gesto del amor y la delicadeza que no supo manifestar en vida. En el marco, vio unas figuras talladas. Unos jinetes, unos campesinos mexicanos que llevaban banastas, unas recolectoras con delantal y tocado parecían sobresalir del relieve, querer escapar al olvido de una mirada superficial y desatenta. Él observó que las juntas no albergaban el menor resto de polvo o suciedad, la superficie había sido pulida a fondo, y daba un brillo la oscuridad de la madera noble. Como otras veces, se volvió hacia lo alto del edificio, hacia la luz de la alcoba donde su mujer lo esperaba. Pensó en María Urdiales y en el amor triste que no halló destino en aquel hombre de facciones duras que fugazmente conocieron por una fotografía. Se preguntó si ella todavía estaba allí o si habría partido ya hacia algún lugar remoto, quién sabe según qué

extrañas leyes indisponibles. Imaginó si aún en los cristales sería posible su presencia, si se aferraría a las persianas o al revoque de las paredes. Cuán grande debía ser una pasión para inmiscuirse en los objetos; qué poderoso el amor a un ser vivo para, en su ausencia, penetrar hasta lo hondo de las cosas que compartieron; de qué manera explicar que los enseres más sencillos de una casa pudiesen albergar tanta fuerza contenida. Reflexionó sobre el patetismo de una mujer muerta buscando, entre los objetos descuidados por otros, uno del que ocuparse, sobre el que pasar un paño o al que rociar con agua. Si era un modo de aferrarse a una existencia ya perdida sin remisión; o la manera desesperada de purgar, tras la muerte, el desamor que no supo vencer. En tal caso, parecía que se desprendían de la vida humana devociones irrenunciables, tareas que era imposible dejar sin concluir. Tal vez la rivalidad de su mujer con María Urdiales, la lucha por excluirla, respondía a idéntico objetivo: que un nuevo espacio se hiciera para la vida de los dos y, más adelante, para la criatura que llegaba. Pensó en la irremediable ley por la que los muertos perecen dos veces, también en el olvido de los que se quedan, para que estos les sobrevivan y su existencia surja inédita. Pensó en esa desmedida crueldad y posó sobre el espejo una última mirada compasiva. En la lisura de la superficie que se anegaba en fondo negro, en la profundidad de aquel abismo presentido, se asombró ante la evidencia de un deseo que no puede descansar, de una añoranza que no concluye.

CARTA DEL EX

¿Qué tal va todo?

Estuve esperándote en la esquina de siempre una hora y los minutos de antelación con que llegué; o más. Después me di cuenta de que te casabas esa misma mañana. Claro, cómo ibas a estar, ni queriendo. Perdona mi torpeza y no me preguntes si lo olvidé, tampoco yo logro entenderlo. De manera que, al no aparecer tú, me fui, solitario, al parque de El Retiro, desde luego, la joya de nuestro Madrid. No te imaginas lo hermoso que está. ¿O, tal vez, sí? La gente se casa en Primavera, y razón no le falta; por algo es del año la estación florida: todo tan verde y tan vivo; la suave hierba; los rumorosos árboles estrenando sus yemas, poblándose de hojas; los primeros capullos de flores que aparecen por doquier y aguardan el momento de hacer estallar sus colores; hasta los surtidores parece que saltan con más gana. La verdad es que entre todas esas maravillas conseguieron animarme un poco. Era un comedido placer escuchar el canto no aprendido de las aves y el zureo gutural de las palomas; detenerse a sentir la fragancia de los magnolios, de los lirios, de los arbustos olorosos y otras plantas –sólo soy un diletante en Botánica– que adornan arriates y jardines. Aquel pasear desvaído, en apariencia desprovisto de ansiedades, atemperaba mi ánimo, lo reconfortaba. El escaparate engalanado de la vida en torno con su feria de aromas y colores era la invitación que andaba necesitando en aquel trance, ¿por qué no decirlo?, huero y sombrío. ¿Me creerás? Bastó esa muestra de Natura para que energías renovadas se desplegaran en mi interior maltrecho y brotasen indicios de entusiasmo donde no yacían arrumbados sino escombros y fracasos en su postrer desconsuelo (ya sabes). Porque es así la condición humana: de lo viejo surge lo inédito, de las pequeñas muertes, como su alimento, se irguen expectativas rabiosas de futuro. Ya lo escribió inmejorablemente don Antonio, cuando observaba brotar una hoja verde del tronco carcomido de un olmo moribundo. Al recuerdo de esas palabras y otras, necesarias meditaciones de nuestros maestros, anduve la mañana deambulando sin intención, filosofando tal vez, siguiendo acaso el itinerario sentimental que una mano providente iba señalando en los senderos.

Al cabo de un tiempo interminable, horas quizá (que he resumido), me acomodé en un rudo banco para una tregua; precisamente en aquél donde nos

encontramos al regreso de tus vacaciones en París con tus amigas, días por tantos motivos memorables. Me acuerdo, como si las tuviese en mis manos, de algunas fotografías: en una aparecías sobre un puente, espléndida, un momento en que el sol recogía sus últimos haces desde el confín del Sena, ¿sí?; en otra, perturbadora, el rostro arrabalero de un enigmático homúnculo se asomaba por detrás de tus co-viajeras. Aquel escaño de mi descanso se transfiguraba en centro imán de mis recuerdos, e infinidad se allegaban remontando un indescifrable vuelo hasta posarse a mi lado: no necesito aclararte que como una compañía silenciosa, como los trémulos reflejos que reverbera tu ausencia. Más tarde, socavado por un ansia inconsciente, no sé si por algún otro motivo, compré una bolsa de palomitas y me las fui comiendo en aquel mismo lugar renuente a la separación, perezoso, abúlico —en realidad, no tenía apetito— o se las arrojaba a los pájaros, que las devoraban; mientras yo deseaba entretenerme contemplando solamente el lago y la gente que en las barcas remaba...

El tiempo parecía adoptar el sosiego de los viandantes, la calma de las parejas entrelazadas, la lentitud con que los ancianos se ausentan, la paciencia de la madre que alimenta a sus pequeños con menudas pizcas, recreándose ocioso como el grupo de atletas, ya provectoros, que trota, reconcentrado y ufano, bajo la umbría arbórea; solazándose con la morosidad con que algunas sensaciones entumecían mis esperanzas... Todo era magnífico. Brillaba el espléndido sol de un anuncio de detergente sobre un impecable cielo zarco, adornado apenas con un atajo de nubes algodinosas que se desplazaban imperceptiblemente como zepelines. Diríase la jornada para un acontecimiento indeleble (así se me figuraba, mientras hacía saltar al aire los algodoncillos de maíz), un día exultante para la más bella noticia ¿no es cierto? Seguro que guardas de todo eso un recuerdo immaculado, no sé por qué te lo escribo, cuando tú —vosotros— os habréis empapado de cada uno de los detalles de esa fecha y probablemente no los olvides nunca. Perdona, otra vez, no sé si estoy poniéndome un poquito grave con mis observaciones.

He seguido tu consejo, ¿sabes? ¡Y al pie de la letra! (¿Has notado la expresión? Para que luego digas que rehuyo los coloquialismos.) Te escribo desde... ¿lo adivinas?... ¡Andorra! ¡Sí! Sospecho que dirás: ¡Al fin se fue! ¡Aleluya! Después de toda la santa vida insistiéndole en que necesitamos unos días, por qué no nos vamos los dos solos —tú y yo— por ahí, a despejarnos, y siempre apostillabas: a Andorra, por ejemplo: un lugar donde

sentirnos a gusto, charlar en paz y resolver esos eternos problemas para los que jamás encontramos tiempo ni ánimos propicios, etc. (no te aburro, sé que te haces cargo). Pues ya ves, ironías de la vida, me ha tocado a mí ser el primero en hacer este viaje; al fin y a la postre, obediente a tu sugerencia. ¿No me recomendabas que, por lo menos, viniese solo y contar así con un espacio suficiente para recapacitar y ordenar las ideas, es decir, mis ideas, pues era yo sin discusión quien presentaba las mayores dificultades? No me malinterpretes, no pretendo ser sarcástico; pero ¿qué quieres?, las adversidades hay que afrontarlas con decisión y, a falta de ella, bienvenidas sean unas dosis de humor. En ocasiones, reírse de uno mismo es lo único a lo que podemos aferrarnos, el ejercicio salutífero que recomiendan diversas escuelas de psicólogos.

He perdido el hilo de lo que te decía; pero, por no releer arriba – pensarás: oh, su maldita pereza, su impenitente recurso a la improvisación, que echarán a perder a este hombre (aunque ya qué importa, ¿no?)–, pues continúo buenamente. Esto es una maravilla, Andorra, y fijate que a mí la montaña nunca me ha convencido. Sin embargo, he de admitir que los parajes son hermosísimos; de haberlos visto, aun en postales, no habría sido tan reacio a que nos acercáramos en cualquier momento.

Esta misma tarde he llegado, ¿sabes?; enseguida me he puesto a recorrer la ciudad, o el pueblo, o lo que sea. He callejeado por ahí un par de horas y ya me lo conozco todo: el ayuntamiento, el centro comercial, las callejas angostas de las afueras, los jardines, la iglesia con su torre elevada sobre todas las cosas, algún que otro tinado donde mugen de vez en cuando (supongo) las reses: referencias de un territorio que, ignoto en un principio, se ha vuelto tan apacible y acogedor que inmediatamente he sentido como si regresara al hogar (¿te das cuenta? ¡Yo!, ¡que apenas he sabido integrarme en uno!, ¡que he roto todas las familias –y digo *todas*– en las que he estado!) Aquí las gentes sonríen en las avenidas, transitan relajadas gustando su tiempo, parecen iniciadas en el arte de la convivencia, en cualquier instante podrían –si quisieran– detenerse y saludarte como para acogerte entre todos ellos (excusarás la sinécdoque); ¡qué antitético con nuestro Madrid populoso, donde nos sepulta (exculpa la aliteración, la metáfora, el plural mayestático, etc.) la incomunicación y el anonimato!

Después he merodeado por los alrededores: espléndidos, singulares. Te aconsejo que vengas, te entusiasmarán. Encontrarás los espacios que tanto te

seducen, por donde corre un invisible aire serrano, purísimo, tan frío que puede dolerte el pecho al inspirar; verás cadenas de soberbias montañas circundantes sin el agobio de nuestras moles cemento-vítreas (*sic*). Este lugar fue diseñado para reponer la armonía perdida. Las cumbres nevadas reclaman nuestra atención y, sin percatarnos, se elevan también nuestros pensamientos; la fortaleza de los montes viene en auxilio de nuestra debilidad, su disposición en torno nos ayuda a sentirnos resguardados en su centro, podríamos decir figuradamente, cálido. La montaña vuelve a constituirse en símbolo de lo perenne, del valor inmutable y la solidez de la existencia que hemos de buscar, lo que no es siempre fácil. El bosque, diseminado entre las peñas, refresca nuestra mirada; el rumor de las hojas agitadas por el cierzo semeja un tosco canto de cuna que aquel agreste *élan* nos enviara. ¡Qué inconmensurable entorno! ¿Por qué no habremos venido antes?, no ceso de inquirir. Aquí estoy lejos del maremagno y la angustia hodierna, del frenesí y el desgonzamiento aquejantes; aunque no hablo sólo de mí, tú sabes que es el máximo común denominador múltiplo de la existencia de nuestros conciudadanos. Aquí no hay humos, ni ruidos, ni luces, ni carreras, ni prisas; sino quietud, serenidad, dulzura y un resto de melancolía.

No encuentro el modo de expresar lo que estoy sintiendo (como tantas otras veces, quizá pienses). Pero quisiera participarte que he descubierto una vía –libre al fin de toda apariencia, de todo fingimiento y oropel que nos enmascara– para descender al hondón, al fondo sencillo y afectuoso que todos albergamos –no obstante oculto, puesto que una caterva de convencionalismos y servidumbres impiden que aflore–. ¡Ay, si en realidad nos descubriéramos como somos, utilizando sencillas palabras, transparentes gestos, ademanes sinceros...! Brotarían entonces espontáneas la comunicación, la comunión de los espíritus, y la dicha ansiada se acercaría a esta dolorida tierra. Acaso al leer estas frases –que quizá estimes como las de mayor tono poético que nunca te he dirigido (un verso es huella de una distancia)– reflexiones tú sobre cuánta contradicción cabe en el alma del hombre, de qué modo cohabitan en él el deseo de entregarse abiertamente y la inextricable complejidad de los laberintos que cuajan de tropiezos la expresión, que confunden los referentes del término, que obnubilan el pensamiento y nos introducen por dédalos donde reina la ceremonia de la confusión más absoluta y de la que sólo las necesidades perentorias en grado máximo pueden ayudarnos, siquiera momentáneamente, a emerger, aunque a

veces ni eso. Tú me conoces bien, reconócelo, y sabes que a pesar de la oscuridad mental que haya podido desorientarme –durante largas temporadas incluso–; a pesar también de los temores innombrables que me hostigaban a cada instante; a pesar de la inquietud febril, la zozobra, el desfallecimiento que me sobrevenían ante cualquier decisión –por menor que fuese– que me veía forzado a tomar; a pesar del paradójico valor de mis palabras y la polisemia inevitable –insoslayable igualmente para mí, créeme, cómo no iba a serlo– de mis silencios... a pesar (¡y cuántos van!), a pesar de todo eso, digo, yo jamás te he engañado, o al menos a conciencia. Tú lo sabes y no ignoro que te tranquiliza sin duda. Por ello también, y permíteme que ante tu silencio yo ahora te sea franco, presiento, sé con toda la certeza de que soy capaz que continúas leyendo estas líneas, acaso torcidas en algunos momentos, espero que no inteligibles irremediabilmente; sé que deseas saber de mí lo que con tan denodado esfuerzo procuro transmitirte, ¿es así? Ten, una vez más, paciencia con este que a ti se dirige: ¿amigo?, ¿compañero?, ¿viejo caminante a tu lado? Otórgame el adjetivo que me corresponda, o mejor no, déjalo estar: sólo yo, o más escueto aún, mi inicial, esa letra sola, cosida con un puntito que tal aluvión de recuerdos tal vez es capaz de suscitar aún, en ti, ahora, (o más tarde)...

¿Por qué te cuento todo esto?, quizá te preguntes. Si quieres que te confiese algo, ni yo lo sé. Es posible que en el transcurso de la misma epístola, en el pausado decurso de nuestros pensamientos, se nos descubra la razón profunda que subyace al discurso; tal vez sea a mí sólo, acaso tan sólo a ti a quien se le dé penetrar su sentido –¿una paradoja más de nuestra vida?–; o bien pudieran ser –permite que complete todas las posibilidades– sólo palabras que se lleve el viento, balbuceos, gemidos que articulamos patéticos y cuyo genuino significado –¿*qui lo sa?*– nunca alcancemos a desentrañar. Aunque, al menos, nos quede el solo consuelo de saber que, acaso, no haya sido del todo inútil, ¿no?

Bueno. Andorra es hermosa/o. Desde mi ventana columbro la cordillera (dirás que se te viene una nueva descripción del enclave: pero es por dar trabazón a lo que te escribo), el bosque de copas puntiagudas –¿abetos, preguntas?, no sabría decirte–, las techumbres de doble vertiente apuntándose, en que se incrustan la chimenea y la antena de la televisión, el patio por donde discurre el agua del deshielo, el alféizar de la ventana, mi escritorio, la lamparita –porque es de noche–, los papeles, yo. ¡Qué

bienaventuranza! En este recogimiento me encuentro bien. Esta mañana mismo, en el Retiro, no podía imaginar que me trajese alivio algo tan elemental. Ahora, en cambio, osaría decir –en un símil quizá forzado– que este viaje y la estancia aquí es mi propia luna de miel: un paréntesis que reservamos para paladear la dulzura de la vida, su flor más exquisita. En las parejas, claro, se trata de su enlace; en mi circunstancia actual, podríamos decir, el amor propio, o no, tal vez la tranquilidad de espíritu, lo único comparable; en cualquier caso, no sé. Nunca he destacado por poner buenos ejemplos. Ya me estoy embrollando, perdona. Yo creo que me afecta tanto pensar que estás en tu luna –en vuestra luna– de miel que se me va el pensamiento.

Por eso. Sin que acabe este día lleno de acontecimientos y antes de dormir, me he dicho: ¿y por qué no le escribes, a ver cómo le va? No respondas todavía, sé que muy bien. Ya os estoy viendo en el coche recorriendo todos esos pueblitos deliciosos de la costa: Nerja, Benajárfes, El Palo, rumbo a Cádiz. Qué envidia poder viajar así, sin prisas, disfrutando del mero hecho de estar juntos, de gozar sin impedimentos de la compañía de la persona a quien quieres, ir de la mano (como si dijéramos) por las veredas que Fortuna nos dispone compartiendo el viaje mismo, qué importa en realidad adónde, si es el sólo hecho de ir juntos lo que nos embarga –os embarga– y os colma de una dicha impagable. ¡Quién pudiera ir asimismo con vosotros...! No me cuesta esfuerzo imaginaros atravesar la estepa andaluza, cruzar por entre los olivos tristes, retorcidos de esos sequedales, y seguir, seguir vuestra marcha, conducir más, más allá, al sur, definitivamente al sur, adonde la brisa salobre da noticia del mar, más, más al sur todavía, que se divisan las gaviotas, más al sur, hasta el confín de la tierra, hasta la línea misma donde el mar le pone término. Y allí, detenerse, bajar del coche, caminar un largo trecho por la arena... ¿Sigo? Sentarse, uno casi sobre el otro –tú sobre él– y contemplar el cabeceo del sol, ¿no se te ensancha el corazón?, la despedida de su mortecina luz que nos llega como un tenue canto de sirenas por entre los desnudos mástiles de los barcos pesqueros, por ejemplo.

Si cierro los ojos, el aire serrano de estas alturas, por unos momentos, me evoca el mar –dirás que estoy loco, porque no hay modo de vincularlos; mas permíteme–, como si el bramido de la marea me lo trajese una caracola inconcebible desde un horizonte de crestas y macizos. Admito que no es la imagen más feliz, no me inquieta: sé que me sigues. Quiero decir que te

deseo —que os deseo a los dos— mucha, larga felicidad.

Repara en lo que son las cosas: llevo un ratito escribiéndote y ya me siento más tranquilo. Yo creo que me descansa mandarte aunque sea unas líneas. Me he vetado hacer uso del teléfono (ni te imaginas cómo he conseguido el número del hotel) para conversar un momentito contigo, y eso que ganas precisamente no me faltan: a cambio de esa renuncia, no he podido negarme a escribirte. Quizás recibir mi carta te sorprenda, aunque sólo sea porque la víspera de tu boda me concedieses hablar contigo a solas casi toda la tarde (sabe que quedamos en deuda, nadie en el mundo habría tenido ese gesto hacia mí, ni se habría molestado por mis sentimientos en aquellas horas para ti tan preciosas); o, por el contrario (me permito recordarte, por si has perdido el hilván de lo que te iba contando a causa del paréntesis precedente —reconozco que excesivamente extenso, en fin— auxiliar a tu memoria en el punto en que mencionaba la hipotética perplejidad que pudiera ocasionarte la recepción de esta misiva, sobre la cual me interrogaba) o, por contra, quizás, no te produzca el menor asombro, puesto que con tal profundidad hemos llegado a conocernos. Confiesa, ¿te lo imaginabas? De todos modos, quiero serte sincero y explicarte que, no sé, esta mañana, con las palomas, y luego esta tarde, yo creo que por el viaje, se me han venido encima los recuerdos; digo encima porque me sobrevienen de arriba abajo como un peso (como caen los cachivaches aprisionados al abrirse uno de mis armarios). Quise contenerlos, ya comprenderás, mas no he podido, se resistían los malditos; créeme si te digo que recurrí a todas las estratagemas que conozco para deshacerme de ellos, pero no cejaba su acoso. Traté de enfrascarme en los libros (he traído casi una docena, en previsión); he encendido el televisor (con lo que sabes que me humilla recurrir a este procedimiento); incluso he salido a callejear sin rumbo y me he introducido en un sinfín de tiendas, dispuesto a interesarme en cualquier recuerdo (quiero decir, de los que por estos pagos se venden a buen precio) que, es obvio, no deseo tener; pero ha sido inútil. (Figúrate que una dependienta me ha preguntado si me encontraba enfermo. Le he contestado un exabrupto y me he escabullido a la calle para confundirme con la marea humana.) Al fin, he reconocido que no podía seguir evitándolos (a esos malvados, hijos de la memoria) y, ¿qué otra me quedaba?, me he entregado a ellos.

Llegados a este punto, dudo si considerarías conveniente que citara cuáles han sido los que, con mayor intensidad, he revivido hoy. O si

preferirías tan sólo una referencia vaga a alguno de los sentimientos que hemos compartido; en realidad, hasta hace relativamente bien poco, ¿no? Podría entresacar cinco o seis de los más significativos; aunque no coincidan con los que tú, en el brete de escoger, hubieses seleccionado. ¡Qué cometido ingrato, y qué tarea imposible cuando son cientos, miles quizá! ¿Verdad que nosotros podríamos permanecer juntos durante muchas noches, como Sherezade, remembrándolos?: citas, encuentros, paseos, fiestas más o menos divertidas, ratos de ocio o de estudio, risas, sonrisas, una carcajada, discusiones –¿cómo olvidar?–, reconciliaciones, miradas cómplices, sobreentendidos, malentendidos también –con lo chuscos que resultaban en alguna ocasión, ¿eh?–, gestos, caricias furtivas y no, besos, abrazos, morisquetas, ternuras, palabras musitadas, palabras entrecortadas, palabras elididas, palabras de amor, palabras... Las incontables bellezas que se ofrecen los amantes.

¿Sabrías recordar, si te lo propusieses, cuándo nos conocimos? ¿Sí? Fue en el cine, daban *Teorema*, ¿no?, parece de película. La primera, primera vez que nos vimos estábamos a oscuras, qué prístina imagen, ¿no me dirás que no te acuerdas? Más bien nos adivinábamos en la penumbra; bosquejábamos recíprocamente nuestros perfiles (me gusta verlo así), e inmediatamente surgió la atracción, el violento flechazo: el calambrazo –se actualizaría–. Empezamos a buscarnos, sorteando las filas de butacas y sus correspondientes cabezas (no excesivas, eso es cierto), aprovechando las escenas más luminosas. Después iniciamos la conversación, cuando ambos optamos por visitar su bar. Fue un encuentro tan inesperado, tan milagroso que parecía un plano-secuencia imaginado para nosotros por un guionista enfermo de romanticismo. ¿Y qué me dices de lo que vino después? Recuerdo aquellos tiempos como si no hubieran pasado. Nuestra coincidencia en los mítines y movilizaciones de la universidad; las sesiones de estudio en la biblioteca; las charlas en la cafetería. En la tabla de mi memoria se han inscrito anohecidos en que volvíamos juntos en el autobús, interminables discusiones bajo el amarillo de la farola en tu calle, antes de separarnos... – anoto a vuelapluma sólo algunos casos–; la excursión a Patones en busca del Rey, en que quedamos atrapados por la nieve; el día en que celebramos mi primer contrato como traductor (que luego has abominado tanto porque argumentabas que me hizo un ser más huraño e impenetrable que antes). ¡Cuánto bebimos! El pobre Claudio, ¿o era Juanita?, impidió que yo quemara

los libros como en *Fahrenheit*. Aquella vez en tu habitación, que entró tu abuela con tus hermanas porque no le dio la gana de ir al zoo, se empeñó y logró (todavía hoy no sé cómo) retenernos la tarde entera con el julepe; a qué seguir... Hay experiencias que señalan nuestras vidas y recuerdos que permanecen con nosotros para siempre, nos acompañarán a la tumba y tal vez nos sigan más allá –polvo enamorado–; lo sabes tan bien como yo: los discos que escuchábamos te los devolví, los libros subrayados que me prestabas volvieron contigo; pero los besos no, los besos nunca retornan; y las tardes de amor en nuestra piel quedarán mientras tengamos vida, ni siquiera a nuestros despojos les serán arrebatadas. Podremos vivir de nuevo esas flores; habrá quien se acerque algún día a brindárnoslas con el temblor de la ternura resplandeciendo en su mirada; pero jamás sustituirán lo ya vivido, la irreductible exclusividad de los momentos irrepetibles entre dos personas que se quisieron. La poesía, el ansia de felicidad y de vida, la fugacidad tan densa de esas instantáneas, no; esas no volverán. No pienses que pretendo sensiblerías con las imágenes que invoco en esta noche insólita, noche de bodas para ti (aunque ya ese término sabes tú que quizás no significa apenas nada), noche oscura para quien te escribe; no pretendo nada con referirlos de paso, casi sin desvelarlos de su sueño; no deseo provocar nada, ni, prácticamente, decir nada; son, si prefieres, palabras que lleva el viento –el encargado retórico de conducir a su destino las quejas de amor inauditas (disculpa el dato)–, quizá ni eso, simplemente *words*, *swords*, *swords*, palabras, espadas, espadas (perdona la parano...) como medita el loco de Shakespeare.

Aquí me tienes, por lo mismo, dando de comer a la tristeza; que ella rumie, perezosa, un pasado esplendoroso: los mejores años de mi vida, ese tiempo que amamos con nostalgia cuando lo sentimos irremediablemente ido. Quizá consideras que hago mal en volver sobre tan sombríos pensamientos y doloridos retazos del pretérito. Ojalá estuvieses aquí; ya me valdría contar contigo, sé que darías con el modo de ahuyentarlos... Mas, en tanto, dime, ¿qué alternativa tengo?

De la experiencia, maestra de la vida, he aprendido que malo es oponernos de frente al dolor que nos aflige; es preferible, más bien, dejar que fluya, que crezca y se expanda a su entero capricho, que nos inunde hasta colmarnos; en lugar de pretender, vano esfuerzo, que habremos de interrumpir su proceso natural. Las crisis siguen su ciclo y cuando han

evolucionado hasta alcanzar el clímax —como no pueden continuar, pues no encuentran qué encenagar ya con su fuerza devastadora—, se debilitan, van menguando hasta desinflarse; y, por lo visto, vuelven a uno, agotadas y humildes con el rabo entre las piernas como un perrito. *Entonces* se ha alcanzado el final y esa historia puede empezar a olvidarse: ya estamos en condiciones de sufrir nuevos, impredecibles acontecimientos. Me encuentro, como te habrás imaginado, en ese largo compás de espera antes de que sobrevenga el final, dios mediante. Acaso opinas que he tenido suficiente margen para reponerme y que debería estar ya inmerso en nuevos avatares; pero ha de admitirse que mi caso tal vez sea distinto (y no lo digo para darme alguna importancia, al contrario: no sé si por mi carácter un tanto introvertido, o por la intensidad de lo que hubo entre los dos —no abundaré en esto—, o porque mi edad avanzada me dificulta estrenar otras relaciones con la frescura de la adolescencia, a qué seguir, si probablemente no daría con la causa de lo que estoy pasando...) Me hallo en la situación que —merced a la prolongada reflexión que me ha ocupado durante el viaje aquí— he dado en denominar: «provisionalidad penúltima», «mantenimiento en una finitud / limitación insatisfactoria» o, en breve, «estancamiento». No se trata de un concepto absurdo, de esos que me reprochas siempre que construyo para disfrazar la realidad. (Eso creo, al menos.) Sino la forma de tantear un sentimiento inefable, una de esas situaciones anímicas, psico-vitales en las que con tanta frecuencia nos vemos sumidos sin que sepamos cómo ni porqué. Me consuela el pensamiento de que si lograra adjudicarle un nombre, aun impreciso, me sería factible manejar de algún modo su demonio. ¿No te alegra? Y una vez identificado, ¡zas!, garrotazo y al saco como un títere. Confía en mí, mujer, ¡no vayas a perder ahora tus esperanzas?

Titubeo al exponerte qué significado esconden los conceptos que he elaborado (es curioso, ¿verdad?, ¿no te ocurre a ti también que por muy claras y distintas que parezcan las ideas, en el momento de intentar comunicarlas, no das con las palabras y esto te sume en una confusión, más desconcertante si cabe, a ti y a quien intentabas transmitírselas? A veces llega a ser una experiencia muy dura, te lo advierto); en fin, si te parece entonces, lo dejamos para más tarde. Mientras tanto, y por ser fiel a la verdad —además, cómo voy a andarme disimulando contigo, a estas alturas—, permíteme, digo, que, siquiera por unos momentos, entorne, si no abra, las poternas, tan largamente vedadas, de mi corazón, es decir, metáforas aparte, el secreto,

mundo inédito, de mi intimidad. No pretendo con esta iniciativa menguar la felicidad exaltada que, en esta noche santa, como un fuego te consume, ni del gozo a raudales que te inunda. No quisiera hurtar tu tiempo ni distraer tu atención de lo que sin duda lo ha merecido y lo está mereciendo más que yo. No. Se trata, sin más pretensiones, de hablarte mansamente, de dirigirme una vez más a ti, la siempre-dispuesta-a-escucharme. Permíteme hablarte, déjame, te lo ruego, decirte que esta carta la escribo con urgencia, ansioso de que me escuches (leas) mañana (por hoy), necesitado de oír mi propia voz asomarse, de dejar salir, libres e inocentes, los interrogantes que me acucian. Respóndeme: cómo se vuelve; por qué camino vendrá el mensajero del olvido a llevarse los recuerdos; cuándo será posible sonreír de nuevo, ahora que los lirios de mi jardín crecerán y se marchitarán porque no bajaré yo hasta allí, tac, a cortarlos en tu honor. No imagino qué será de mi vida sin nadie a mi lado que me atienda, que me entienda, ¿sabes?, que me contienda, pues ¿no es el amor –guerra civil de los nacidos– más que un combate de asaltos incontables?; el atardecer del invierno, oscuro y largo, deambularé por las calles no atreviéndome a entrar en la taberna en que otrora bebimos nuestra cerveza y apuramos el tiempo de los cigarrillos; ignoro adónde iré a refugiarme cuando la lluvia asole la ciudad y los truenos nos pregunten quién nos ama; me entristece no saber qué canciones tararearé ahora, ni quién recordará las melodías que faltan, ¿lo sabes tú?; al acostarme, mis pensamientos buscarán en vano un lugar apacible donde reposar antes del sueño, esa breve amnesia en que indómito tu nombre, termita nocturna, continúa minándome. ¿Podrías decirme qué haré con las horas de más ofrecidas, como un obsequio, por un día cualquiera? ¿Hay algo que puedas sugerirme para mis incontables mañanas libres, para los puentes, para la avidez del sábado, para las mañanas siemprevacías de los domingos y, sobre todo, para sus tardes, ¿eh?, sus atormentadoras tardes? No me contestes aún, no digas nada, piensa solamente en lo que pienso yo, comprende nada más por dónde discurren y qué dentro penetran las raíces de la angustia. ¿Cómo seré capaz de volver a trabajar? ¡No es una pregunta retórica! No te haces idea de lo que me hace sufrir en estos momentos enfrentarme a las palabras, miles de palabras de otras lenguas que me parecerán aún más absurdas, pues no me hablan de ti. ¡Qué honda melancolía no me invadirá si, por más que traduzca, por más que ávidamente las vierta sin traiciones, inteligibles para quienes leyeren, no dirán lo que deseo encontrar!, ¿no te das cuenta?, ¿puedes

entenderlo? Que no dirán tu nombre, ni el mío. Que narrarán historias, exaltadas y románticas, tristes o desesperadas, felices o yo qué sé; pero no contarán la nuestra. Y dime, a cuento de qué podré ahora usar las palabras – sin término (!)– que conmueven nuestras vidas. Me despediré de ellas para siempre. Ya no diré más: «recibe», «espera en mí», «confía», «vida mía», «corazón», «bésame mucho» (tantos otros nombres, adjetivos, hipocorísticos; el lenguaje privado que forjamos y que omito para evitar heridas). No volveré a pronunciarlas, qué tragedia. Tendré que levantarme acaso a altas horas de la noche como un ladrón, o antes del alba, en esas horas fantasmales, para silabearlas ante el espejo de mi alcoba, muy lentamente, con la pasión muerta de un sonámbulo, para que al menos mis oídos no las olviden y para poder salir después a la calle con la impresión de que aún soy un hombre y estoy vivo.

¿Cómo me sentiré ahora víctima si tú no me rescatas; verdugo, si no me absuelves; perdido entre la multitud, si tú no me reclamas?

¿Cómo se mantendrán frescos mis gajos de naranja, cómo no morirán al aire inclemente si no se unen a los tuyos?

Dime, si lo sabes: ¿cómo se continúa viviendo en el después?

Responde: ¿cómo se levantó Cadalso? ¿Cuándo retomó su tierra Garcilaso? ¿Cuántos dolores sufrió Larra?

Dame una palabra, o una voz, o un suspiro, o un silencio... en que descansar.

Oh,
qué mudez,
tan sólo escucho el rozar de mi locura.

Perdóname (otra vez). Me he detenido en la última frase (*supra*) porque un nudo me atascaba la garganta; he tenido que retirar el rostro por no humedecer la página. Ya ha pasado. Estoy bien, no te preocupes por mí. Soy un tipo duro –un estoico, solía decirse–; pertenezco a una raza que se extingue, hombres que cada tanto acrisola la tierra capaces de afrontar infortunios y seguir adelante con sus vidas, siempre hacia adelante, siempre más allá de los tiempos por arduos que quieran ser. En mi frente se ha inscrito el estigma de los héroes que consumen su existencia hasta las heces. Se verán abatidos por innúmeras desgracias, deshechos por las andanadas del

dolor; pero se auparán sobre sus últimas fuerzas. No se dejarán caer en la cuneta; no dirán: «Aquí me quedo. *Stop*. Se acabó para mí la perra vida. No me expongo más al dolor y al desengaño; renuncio desde ahora a ilusionarme». Un instinto vital brota en nosotros y nos impulsa a superar la seducción del voluptuoso canto del dolor; una fuerza misteriosa sostiene nuestro ánimo, amenazado con perecer ante cada faz —¡y hay miles!— que a cada momento nos descubre la pena —como una Medusa vanidosa que atrae nuestra mirada, devora nuestra fortaleza y al final nos petrifica—. No ignoro que encontraré la muerte si me detengo en esta *gehenna* de sombras y atmósfera asfixiante que agusana la vida, donde los tentáculos de la desesperanza corroen hasta las últimas coyundas, y la morbosidad de la pasión frustrada nos deshace y aniquila. Por el contrario, mira de qué me sirve haber dejado pasar tantas ocasiones en la vida por preservar un silencio a las lecturas; ahora recuerdo que ciertamente igual que no siempre en la alta sierra, desnuda la arboleda, sin hoja y sin verdor se queda —¡Oh Horacio!— he de dar yo también fin a mis querellas y volver al dulce canto que solía (aunque, bueno). Es decir, no será este quebranto la sentencia definitiva, me es posible aún dar un paso más y emprender el movimiento al aire siguiente; porque detrás del dolor hay una puerta, y después una sala, y en ella una ventana que conduce hasta el campo, y en él la vida perdura, nos hace seguir vivos y, vivos pues, se nos impone buscar y aprender lo que nos pasa. Ahora sé —dura lección— que los libros no suplen a nadie, que la angustia inmisericorde de la tristeza, la densidad de la amargura, el oscuro espesor de la ausencia, de una vez: el peso insobornable de la soledad —por terrible que parezca— no, no es la última palabra, no puede serlo al menos. No puede sobrevenirnos el silencio, no puede matarnos la aflicción; es preciso seguir vivos, hay que chillar, jadear, gritar, suspirar que queremos seguir vivos, que no nos dejaremos destruir nunca, que desafiamos el misterioso mal que nos acosa (¡La Fortuna, la Fortuna que desde siempre aqueja a hombres y mujeres en sus laberintos!) Por eso te escribo, y te escribiré, continuaré manchando las immaculadas horas con la efusividad de mis ansias. No me harán callar jamás, jamás; aunque no me lean, aunque caigan en sacos rotos de carteros desorientados; aunque no sean más que mensajes arrojados en botellas contra el asfalto, ¡qué absurdo! Todo me sirve, todo, cualquier cosa antes que pudrirme en el silencio. Lanzaré mis misivas desde lo alto de estas cumbres o desde las planicies más inhóspitas, desde la azotea airada de los rascacielos si

es preciso, o desde la falsa beatitud de las costas, ¡desde donde sea!; pero yo te escribiré, te seguiré escribiendo; y, cuando, en el fuego de tus ocupaciones, al hombre del correo veas aparecer, te dirás: «¿qué nueva me traen de ese desdichado, de ese que por no verter quiere apartar las lágrimas?» Y nuestro diálogo interminable será aún más infinito (contra toda lógica); como esta carta que te envió no cesará nunca: me parece que jamás llegaré a enviártela, que estará siempre entre mis manos, nunca ante tus ojos —¡morboso dolor!—; que se detiene el tiempo en ella, con lo que de nuevo volvemos al principio, porque no hay fin para la aflicción que no siempre se sacia. No siempre, no siempre. Eso decía el poeta. No siempre se puede estar llorando, ni escribiendo una carta, ni muriéndose, ni siquiera la agonía, tan arrancada del tiempo como una desgarradura sin término, ni siquiera ella permanece, consiste para siempre, sino que exhausta deberá ceder y acatar su fin. ¡Qué espanto, y yo que procuraba no hacer literatura, sino estar sólo diciendo lo que pienso?

¿Pensarás de nuevo que intento hacerte una escena? No me juzgues tú, lo-único-que-me-queda, discúlpame, compréndeme mil y una veces más, ¿no ves que desfallezco de leer tanto y que ya no reconozco la salud, ni distingo el tiempo del olvido, ni separo el dolor de las formas? Pero soy yo, el que te escribe, quien te sufre en esta noche impar en que dejaría todos los libros por estar junto a ti. Ya casi me basta con que me reconozcas y que te acuerdes, siquiera para una chanza. Porque ya no puedo más, ¿ves?, me he agotado en este imposible, me duelen la mano y los sentidos, todo se aniquila al final, no quiero ponerme trágico, siento calambres en los dedos, necesito reposar yo también, ¿qué delito cometí, que no lo merezco aún?

Se hace tarde. La madrugada refresca a punto del alba y tiemblo: me devuelve la tranquilidad que había perdido unas líneas más arriba hasta desfigurar mi compostura. Perdona si mi estilo te ha resultado excesivo, tómalo como una licencia, y no les des a mis palabras mayor importancia de la que no tienen. Quédate aún conmigo un poquito discurriendo, no vuelvas los ojos a lo pasado, sigue el fluir tortuoso, remansado a veces, de mi caligrafía; si es como la vida, también un río, y en esta agua nos vamos yendo, sin posibilidad de desandar lo andado, de remontar la corriente que ya dejamos atrás, ¿verdad? Lo que importa es que llevamos un rato juntos; ¡qué deprisa pasa el tiempo!, ¿no?, cuando estamos los dos solos, amigablemente hablando, tiernamente diciéndonos lo que necesitamos expresar, quedamente

escuchando, dejando que el otro hable con el corazón desarmado (¿no te parece una imagen bella?) ¡Qué delicia poder compartir estos momentos que niegan la realidad de la distancia –aunque sea, desde luego, enorme–! ¡Qué descanso, que te escuchen!, ¿no es así?, decir lo que te place, pensar sin trabas en voz alta, saber en tu fuero interno que te prestan la atención necesaria con respeto, con paciencia, acogiéndote, aceptándote de verdad, sin que tengas que encubrirte ni fingir para resultar más agradable de lo que en realidad eres, sin pretensiones... ¡Y que el tiempo corra así hasta el infinito!... ¡Qué venga la eternidad o lo que sea si estos momentos pueden mantenerse para siempre! ¡Ay, si pudieran mantenerse para siempre!

Quiero ir despidiéndome ya (¡cómo te acababa enfadando que, veinte minutos después de mi primer adiós, aún me encontrara tan cerca de ti que podía hasta pisarte!) Quiero no haber sido más egoísta que lo imprescindible (mira a Stendhal), ni más cruel que lo inevitable (como varón sin monte ni cristo), ni más dañino que el veneno destilado por el que se padece y muere (recordad a Pleberio), ni más violento que el olvido que arranca la pasión como un clavo y nos deja sin sentido (¡Rosalía!) Perdóname. Sabes por todo esto (y porque me conoces, ¿puedo decirlo ya?, mejor que yo mismo) que te recordaré aunque no quieras, aunque nadie me lo pida, aunque ni yo mismo lo busque. Perdóname. Te seguiré recordando porque no soy ya nada más que memoria, una desguarnecida casucha ensamblada de recuerdos. Ni entiendo ni deseo. Evocación solo. Perdóname. Un presente que se desdobra infinitamente, un interminable espejo donde reflejarte con la incertidumbre y la pureza de los sentimientos que fueron. Perdóname y ven a verme, si quieres, cuando te olvides de cómo eras. Aquí encontrarás para y por ti mis ojos y mi frente.

Me he de ir (esta sí es la despedida). Amanece ya, la noche se envuelve en su rebozo; he hecho el gasto de mis palabras, todas te las he entregado. Estoy mudo y ciego y sordo y manco –y medio tonto–. No tiene ya sentido prolongar una carta que por sí sola se acaba. Me he volcado sobre las líneas que miran tus ojos y no me queda qué añadir en estos pocos pliegos. Lo que falta tú sabes suplirlo; el silencio forzoso has aprendido a respetarlo. ¿Alguien puede imaginar que nos estrechemos tanto? Miro afuera y veo la comisura de los montes plegarse al tierno cielo que desciende, y humedecerse

al polvo frío de los amaneceres. Por todas partes me alumbran los símbolos que te nombran. Ves que te encuentre sea donde vaya, ¿aún por cuánto tiempo?, no lo sabes.

Te indicaba que acabaron mis palabras y no miento, aunque bien podría proseguir indefinidamente, repitiéndote las mismas cosas o explayándome de mil maneras nuevas cada vez; ¡tantas son las voces que pide el consuelo! Y así y todo, no se alcanza con facilidad; por eso necesitamos volver y revolver una y otra vez, como retorna el oseño perdido sobre el último rastro de su madre, que hace girar sus patas y da vueltas sobre sí y cabecea y se aleja un poco pero en seguida regresa al mismo sitio, ¿ves la imagen?, parece un juego aunque sea un rito macabro interminable y ansioso, que se desenvuelve en la ceguera absoluta. Acaso la madre cayó abatida y llevan su carne muerta y su pelaje en un camión, deprisa, y aún desprende su aroma. Pero el oseño no lo sabe, no puede imaginar siquiera lo que es un camión, qué significa caer abatido, ni mucho menos que puedan quedar carne y pelaje fríos, ni que esos sean los de quien hasta entonces lo alimentó y custodió frente al peligroso mundo. Pero ya ni siquiera quedan oseños. Ni en Madrid, ni en Andorra. Ya no podemos verlos ni emocionarnos.

En fin, ¿ves? Decía que iba a despedirme, pero aquí resisto todavía, haciendo frente a los empujones del tiempo que me resta. Las imágenes se concitan solas. Tu ausencia se puebla de palabras sin que yo las invoque, curioso fenómeno para no estar tan desabrigado. Podría seguir contándotelas, pero qué culpa tienes tú.

Así que es el final. En algún lugar hay que clavar la espada y volverse. Mi carta termina, la fuerza que la inició declina cabalmente, deposita su fruto sobre mi mesa, después se retira con un imperceptible silencio dejando una sutilísima estela de pálido fulgor. Ya está, ya se ha deslizado por debajo de la puerta (creo), y me ha abandonado. Ahora estoy completamente solo y, fíjate, ¿sabes qué pienso? Que no encuentro ya razones, ni energía, para enviártela ¿adónde? ¿A quién se la he de dar para que te la entregue? Si no hallará tu paradero, si la perderá por el camino y tendrá que mentir para consolarme, ¿no será así? Mejor dejarla sobre esta mesa, que la limpiadora esta mañana la encuentre, cuando ya me haya marchado, y la salve de la destrucción. Quizás la guarde en el bolsillo de su bata junto a un pañuelo arrugado y sucio, un botón, una goma para el pelo, alguna porquería. Tal vez la esconda porque no quiera revelar a nadie su descubrimiento, y esa misma noche la reserve para

leerla en la intimidad, a la luz de su cabecera... ¡Quién sabe si es la carta que soñó en alguna ocasión que recibiría! Quizá se apene. Acaso suscite sus propios agrídulces recuerdos. Imagínate que se pregunte quién fui yo, quién eres tú, cómo mis palabras han podido insinuar que eres tan buena, tan sinceramente bella. Supón por un momento que bese la carta y la guarde en su cómoda, bajo ropa perfumada. Puede que olvide dónde la dejó. Acaso el mueble permanezca en la casa tras la mudanza, quizás lo desalojen, cabe que lo arrinconen por desuso. ¿Y si lo desahucian definitivamente? Un trasto viejo y, además, anticuado. Caería en un vertedero, en una zanja, en un hoyo, ¡entre las llamas!; lo más probable es que se pierda, igual que este destino nuestro, pero ¡y qué? (¿No se perdieron también otras cartas? ¿Cuántas no se habrán ocultado para siempre?); porque no por eso desaparecerá, te lo aseguro. Esta carta perdura en quien la escribió y en la ceremonia del mensajero que no tuvo y en la destinataria ideal que te corresponde; esta carta persiste en todas las otras historias que alguna vez se vivieron, o se contaron, o se dejaron escritas, y que no podrán dejar de recordar la nuestra por alguna coincidencia (¿que he dicho antes lo contrario? ¡Contra mí voy! –Cementerio de besos, aún hay fuego en tus tumbas–); y profetizo que volverá, ya sea por un gesto, una palabra –aun trivial–, el detalle de un obsequio, el parecido modo de un paseo, o el abrazo en una fiesta. Sé paciente. Nuestra historia llegará, tras larguísima travesía, como agüita saltarina hasta la orilla del océano. Verás entonces cómo las olas la irán sorbiendo con sus lamidos y, ya contenta, irá adentrándose en las aguas más profundas y tranquilas; finalmente, será poseída y descenderá al depósito abismal que los manuscritos de amor han creado en ese fondo (menudo trabajo para el buen Dios, que deba leer todo aquello). Y a nosotros qué, si la vida, al parecer, debe continuar. Continuará.

TÉRMINO

Mi hijo se ha perdido esta mañana.

Busco en el diccionario pérdida: privación de lo que se poseía, daño, menoscabo.

Habíamos bajado a la playa a bañarnos y tomar el sol. Hacía un día espléndido, reventaba de gente. Ocupamos un hueco cerca del agua para jugar con la arena húmeda. Yo le hice un castillo que él me pisoteó. Después jugamos a correr y perseguirnos hasta cansarnos. Su madre dijo que no lo alborotase.

Busco en el diccionario alboroto: griterío o estrépito, también inquietud.

Lo tengo delante sentadito en la toalla, con la cabeza levantada y achinando los ojos, su gorrito azul marino y el tostadito que ya está tomando en la piel. Estaba disfrutando mucho. Le enseñaba las olas, la arena, los pies, las gaviotas, el mar. Él me repetía exactamente las palabras.

Su madre leía y yo buscaba palitos para él, le traía alguna concha o alguna piedra llamativa; se los echaba en el cerquito de sus piernas para que se estuviera quieto y no saliera de la sombrilla.

Su madre nos miraba por detrás de las gafas oscuras y le dirigía una sonrisa blanca, le corregía la posición del gorro, le arrojaba un juguete. Él le mostraba algo o se lo llevaba; después volvía a sentarse, se dirigía a mí.

Busco en el diccionario la palabra juego: diversión, lucha, movimiento resultante de una unión.

La policía guardacostas lo ha buscado por todas partes. Nosotros nos rompimos los pies caminando y preguntando a todo el mundo. Esta tarde han utilizado una pareja de submarinistas y una lancha, aunque dicen que no es necesario ir muy lejos. La gente colaboraba; se acercaban a nosotros cuando dieron aviso por los altavoces: los años, el bañador rojo; se veía que también permanecían vigilantes.

Mi mujer dice que estaba boca abajo dormida, que habíamos quedado en que yo lo cuidaba. Miro la playa y veo tantos colores crispados por el sol, el laberinto inmediato de la gente sin espacio para moverse o para irse; después iban haciendo huecos, yo pensaba en quién faltaba y no consigo recordarlo.

Miro falta.

Se fue despejando pero no había nada; miraba la arena en su lugar. Nos preguntaron al lado de quién estábamos, si sentimos algún movimiento sospechoso. Me parecía que el niño se había ido solo, por sí mismo, y como si la playa misma se lo hubiese llevado.

Miro paisaje: terreno considerado en su aspecto artístico.

Han dicho que esperemos. Tienen su foto, se puede hacer algún tipo de averiguaciones. Que estemos tranquilos.

Parecería un juego si hubiese más oportunidades, pero así es imposible. Los deseos de uno no valen nada.

Busco valer: significa utilidad, y amparo.

Está todo tan ordenado en estas páginas. Es cada palabra explicada con tanta precisión, hasta el detalle; como si se pudiera encontrar aquí la claridad del acontecimiento.

El niño todavía podría aparecer en el agua. O, si no, deberán abrir otras pistas de investigación.

Al final no tengo más remedio que preguntarlo: durante cuántos días buscan.

El policía sopla, araña la mesa, busca una palabra.

SI SÓLO

Si sólo hubiese en la tierra una mujer para dos hombres, uno ellos se marcharía al amanecer. Sus pies hollarían la hierba y los sembrados, avanzarían dejando atrás el camino, se alejarían sin remedio. Cruzaría las vastas llanuras, penetraría en los bosques, vadearía los ríos, subiría las montañas resguardándose del viento, descendería a un valle quizás un atardecer en que el sol saludase la quietud de los prados. Al final de la jornada, se detendría en un promontorio frente al mar a recibir a la noche.

En otra parte, el otro hombre estaría acariciando el rostro de ella, rozándolo nada más con las yemas de los dedos, con la devoción de su deuda por ser tan dichoso. La mujer permanecería inmóvil, en obstinada mudez, peinado el cabello, los pies fríos. Los ojos entreabiertos la arrojarían a la distancia como si en la lejanía viniera a perfilarse una sombra.

Él continuaría con el fervor de su caricia, hasta que la inercia detuviese sus dedos y no pudiera dejar de preguntarle:

—¿Piensas en él?

Un soplo de aire le removería los cabellos antes de no contestar. Él aguardaría unos momentos; después recogería su mirada sobre ella y la tendería al horizonte, también silencioso, también pensando en él.

El hombre que se alejó contemplaría la luna; escucharía el sonido de la mar, sugerente y monótono, llegarse hasta la playa. Observaría el horizonte, la línea de un negror no tan intenso donde se arriman la superficie del agua y el espacio. Pero él no podrá imaginar que por allí suceda una figura.

Entonces, sin proponérselo, sus pies desnudos le harán presentir la exactitud de su despojo.

Ella no desearía acostarse con el hombre esa noche. Tampoco él sabría sugerirlo; nada más osaría decirle: mira, si volviese lo estrecharía entre mis brazos; lo llevaría a nuestro hogar; lo lavaría y sanaría sus heridas; luego yo mismo le serviría de comer y contaría para él alguna historia que aliviase su tristeza; más tarde le abriría las ropas de su lecho y saldría de la casa a buscar un altozano no distante, en donde dejar transcurrir las horas de la noche. Por eso no debes inquietarte, no pienses que estoy tan lejos de ti que no siento cómo sientes tú su falta.

Ella saldría a caminar a solas, quizá para una vereda nueva, o para un

itinerario hasta ese momento desapercibido. Primero con lentitud, demorado cada paso como si fuera un pensamiento, un recuerdo, una emoción, una expectativa difíciles de discernir. Pasos que se anillarían a otros, y estos a otros, y a otros cada vez más veloces que desearían escapar de esa pérdida, más y más rápidos hasta correr. Cuando su velocidad la impidiese ser dueña de sí, se entregaría eufórica a bailar, a saltar, a revolcarse por la tierra; se impregnaría del aroma de las plantas, arrancaría hierbas, un arbusto, unas ramas; querría embriagarse de gritos y huir, burlar la acometida de la angustia, perderse de todo y de sí misma con un único esfuerzo y de una sola vez.

En tanto su hombre, cansado de merodear por la casa, desnudo, encogido, las piernas circunscritas por los brazos y la cabeza oculta, advertiría el crecimiento de la nostalgia. No sabría cómo resistir la soledad, truncado por el esfuerzo de sostenerse bajo el peso de una suerte inmerecida. Diez veces se prohibiría a sí mismo otros diez intentos de sus ojos por buscarla. Al final los dejaría perderse a su antojo, rendidos de inquietud.

Mientras al hombre solo, en el estrecho cerco de su cuerpo, se le antojaría asir un pedazo de su propio corazón, contemplarlo largamente y murmurarle algunas palabras –las primeras desde su partida–. Entonces, de improviso, reconocería el tiempo transcurrido, en el testimonio de aquel silencio.

La noche y su duración llegan sin prisa. Un viento sin piedad vacía lo oscuro; el bramido del oleaje intimida como furiosos perros, sus lenguas precipitadas por alcanzar más allá; la luna, vientre de luz muerta, sujeta su mirada como afín a una intención. Los tres callan en la estrechez de aquella hora. Asomo fantasmal de unos recuerdos, imágenes de un pasado muy feliz les sobrevienen despacio; se abandonan a sus cuerpos, sus pensamientos los contienen por entero. Suspicious, por un momento creen que son engañados, que ese tiempo de sufrimiento pertenece a las vidas de otros confundidas con las suyas. Se imaginan encarnados por capricho o por azar en una pesadilla de la que alguien viene a rescatarlos.

Pero no. Una ola más violenta, un súbito encrespase de la brisa o el pasar de una alimaña los sacude. Se les contesta dónde están y qué ha pasado. Todo el hueco del mundo descende sobre ellos; las luces de lo alto disponibles a las adivinanzas y el mar a los pies como un viejo juguete. Nada más. Soledad y un minuterero suspendido en ese instante. El soberbio universo,

levantado y dispuesto, pende de una sílaba. Sólo esos cuerpos haciendo el trípode en que la sábana del mundo se sostiene. Y por ahí, el incansable, el aire. De ningún lado una llamarada. Ni del Norte, ni del Este. Ninguna forma, ni del Oeste, ni del Sur. Ningún acento. Cuatro dimensiones que son una, homogénea, interminable. ¿Hacia dónde? Un solo lugar: ningún lugar.

Un mundo sin figura.

Un mundo sin rostro. Largo y semejante.

¿Quién sería capaz de imaginarlo?

Y en él, ¿quién recibiría el don de una presencia?, ¿qué uña despegaría apenas los bordes de la escena para abrir la ironía? ¿Qué fuerza ayudaría a restablecer de los fragmentos la voluntad de una sombra, el arranque para un deseo, el coraje?

Lentamente.

(Acaso exista esa voz que se despierta en el límite.)

Lentamente, el hombre solo reconocería el espacio. De su cabeza a la mano, y desde su mano al pie. Bajo ellos la arena y más allá el barro y la superficie de agua. Existirán, muy lejos, otras moles de piedra y otro mar como este. Habría quizás algunos otros signos para cuando aquel hombre descubriera la distancia, aparecer, recién abierta ante sí frente a las demás cosas del mundo.

La mujer acogería el deseo de marchar bajo un impulso. La evidencia del cuerpo. La evidencia del cuerpo como una cita casual, como una forma cautelosa de sí misma.

Ella aceptaría la voluntad de otro ser, la probable concreción de su nombre. Quizá permitiese que sus pies dieran con la dirección de su llamada. Entonces querría volver antes de que el sol otorgase un nuevo día, sorprenderlo cuando regresa de la pesca o de recoger algunas ramas para el fuego, olisqueando como una alimaña, acuciando la presencia de ella que se le anuncia con una íntima, inconfundible quemadura.

El hombre para siempre solo amanecerá tendido. Le dolerán los huesos, las piernas entumecidas se le harán perezosas. Más tarde, ya en pie, inclinado su cuerpo, rehará su escueto equipaje y bajará a lavarse.

Cuando el encuentro del hombre y la mujer, la luz describirá la campiña, la ladera del monte, las cercas del ganado, las austeras paredes de la casa. El sol desvelará la nitidez que pertenece a los cuerpos, y la urgencia por reconocerse en un abrazo. Abrazarán su paz. Tomarán sus manos como

regalo, sus bocas. Todo en torno hasta el cielo, alrededor del valle, desde el final de la pendiente será el orbe. Todo de uno para el otro se volverá decisivo, abrirá la magia y echará la simiente del futuro.

El otro hombre, incorporado, tendrá aviso del hambre, olfateará una presa a cuya detección ha acudido una sabiduría antigua, y se encaminará a buscarla. En un confín de la playa tras los médanos, habrá olvidado una prenda, tal vez un amuleto. Allí quedará. No se volverá a recogerlo. A lo largo del camino, en el enigma del tiempo que lo aguarda, no recordará siquiera que lo tuvo.



[Signature]
04

EL SOMBRERO BLANCO

Fugazmente primero en el estacionamiento. Las ruedas al girar lo apartaron al ángulo ciego y por allí se fue. Y de nuevo al situarte detrás ya no estaba. Un estallido leve como el quejido de un insecto al aplastarse, un frío cristal por las venas, un susto no sabías si de muerte, sobresaltada porque anoche ya lo hubiste reconocido.

El intenso trabajo, la vorágine, *taclataclatac, bit, bit, bit, taclatalc*. Oye, Marisa. Escucha. ¿No sabes lo de Toñi con Ruibal? Calla. Mañana la junta habrá de debatir. Inexcusable, salgo para Roma. Marisa, ese informe antes de las diez. El sueño evaporado por el calor inmenso del fragor de la oficina. Voces de mando. Realidades. Túes concretos empujándote a la silla que te concierne. Sus perfiles contra los tuyos. Marisa llama a. Nunca saldrás de aquí, te sujetarán, tal vez te amarren hasta la asfixia con esos cables retorcidos, *tibilibilin, tibilibilin*, ¡Marisa! ¡Marisa!, del teléfono. ¿No puedes atender eso ahora? Por favor. ¿Qué espera, señorita!

Basta. Fuera. A la calle, a la calle. El orden de los frenazos y las luces. Todas las tiendas engalanadas. ¡Oh, ese visón de ensueño! Mira su pelo lacio, cálido, sensualidad para la sensualidad escogida; una quimera; el anhelo que algún día tendrá que hacerse luminoso y concreto. ¿Por qué un cristal nos separa de nuestros sueños, como al dormir no podemos alcanzar lo que alguien proyectó en su infausto deseo que ambicionásemos?

Y de pronto un escalofrío. ¡Ten cuidado, Marisa! Un reflejo en el vidrio de su paso. Y ese alguien es... No, puede ser? Sus andares, su sombrero blanco, el balanceo firme de sus caderas tan viril, sí, tan viril. ¿Dónde estaba? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Por qué se te anunció y qué quiso decir cuando abría la boca asaltada de espasmos?

Uno poco más allá se ha confundido entre cientos de anónimos cuerpos que andan, husmean otros cristales, huyen también de los recintos donde están catalogados, controlados, utilizados. Todos buscan algo fuera, pero ese afuera no se reconoce.

Zas, zas empujando el agua, compás sencillo, la goma barre la película pero no le da tiempo, la película vuelve y su velo gris te entra por los ojos, aunque sonámbula no es posible ver claro. Afuera llueve y continúa cuando doblas por fin la calleja oscura. Junto al semáforo. Ahí, ahí, otra vez es él?

Mira bien. Ese perfil, su nariz ancha, sus labios, sus hombros contorneados por el músculo, el ejercicio, se aparece la imagen de su abundante vello sobre el pecho, tu particular modo de sentir el placer antes del éxtasis? Es él? Su immaculado sombrero, él es?

Arrinconas tu aparato y sales. El agua empuja, disuelve todo, su caída empapa los sentidos, la razón pierde su entereza y se licúa. Los tacones sobre el pavimento escurridizo, las medias se cubren de gotas minúsculas de barro. Piensa, Marisa. Dónde encontraste ese rostro? ¿Dónde lo viste que se escapa. La obsesiva lluvia y la obsesiva pregunta que suponías sepultada *tibilibilin, tibilibilin, taclataclatac* en las horas de infierno. Pero no se olvida fácilmente lo que no se entiende. La lluvia y la pregunta persisten. Él se escabulle calle adentro, donde el agua borra las pistas.

El bolso golpea tu costado frío. Le sigues a distancia prudente; prudente ante lo extraño que te atrae. La calleja es conocida, su oscuridad conduce a otra oscuridad y de ahí, entre penumbras, discurre hasta la esquina donde un ciego suele morir de pena y una luz mortecina evita que los cuerpos se tropiecen. No importa, conoces bien el camino que lleva a tu casa y él? Porque es él? ¿Tú qué dices?

Él te acompaña, no lo sigues tú. Sus pasos te conducen, mas son tus pasos los que tú acostumbras encaminar a esa hora hasta allí. Delante, como abriéndote paso te acompaña, como una sombra o un guía. Tú vas deprisa, pero él ha llegado antes; el taconeo besa las baldosas a intervalos regulares, siguiendo un rastro que te pertenece, cuando él ha hecho suyo ese tramo; por más que corres no le das alcance. Él te acompaña, fíjate, Marisa, y te sigue por delante sin verte, sin detenerse a comprobar si vas tras él. Porque sí, sí, él es y no sabes dónde, cómo, cuándo has visto antes su cara, su sombrero blanco, sus hombros, su pecho velludo expuesto a tus labios, su viril movimiento de caderas, al andar?

No se detuvo ante tu portal, el cristal retiembla; no se enfrió antes de que tú volvieses a empujarlo. Él ha tomado el único ascensor, su sonido horada el edificio y asciende. Tus tacones sobre los peldaños, brío acompasado, se impondrían sobre la máquina ruidosa. Aún la comitiva te adelanta, mientras un hilo tenso que os uniese parece a punto de saltar. Tus tacones hablan acelerados. Escuchas que te preceden sus pies, que salen de la cabina, se plantan ante la puerta y después la franquean y después dejan de oírse al posarse sobre la alfombra y después se pierden al cerrar. Los pierdes,

pero sabes que no. Que te han acompañado, Marisa. Y esperan.

La mano, la llave, la cerradura. Los ojos negros que las pupilas llenan se adentran. Tu mano va a prender la luz cuando su piel te toca. Un brazo tras la espalda, un golpe a la puerta. Un golpetazo duro que nadie oirá. Te dejas. En suspenso. Obedeces a los pasos autoritarios, ceremoniales, sin apelación, dos, cuatro, dejas caer las llaves, el bolso, el abrigo resbala, seis, ocho, la alcoba. Su empuje te atrae, te desplaza como lo haría el mar, no imaginabas que fuese tan intenso, tan fácil. Ves lo que está pasando y la antigua cicatriz en las costillas antes de que tus manos la muestren.

Hasta la cama has sentido que el huracán arrastraba los frágiles hilos, la lluvia removía tus contornos con su vaivén racheado. En su cara, en su cuerpo, lo que conoces; pero por qué, por qué, cuándo? Te desviste sin provocar deseo, ¿por qué no lo sientes?, caen las ropas abrumadas, los cuerpos permanecen, pálidos, su temblor, los ronchones que manifiestan la avidez, el tacto frío y repentino. Su boca roja, roja, sus sienes balbucean el gorjeo de la sangre. Su cuerpo un cuenco donde te estiras y te alojas, rodeada de fuerza enorme, de un asedio que tardaba años en llegar, que te vence. Tu cuerpo ofrecido. Te sientes de nuevo sujeta; él llegó primero, él caminaba ya de antes, no es verdad?, él permanecía tras la puerta, dispuso que las luces siguieran apagadas, decidió dónde caerían las ropas, cuándo tus costados sentirían el temblor del despojo, en qué momento tus piernas se habrían de quebrar contra la cama y ceder para sumirte en ella.

El vendaval como una mano que empuja y empuja, que va empujando desde siempre mientras la lluvia pertinaz, obsesiva, agorera, no se resigna y acabará con encharcarlo todo.

También su placer llegó antes y se fue de pronto. Mientras tú, Marisa, acariciabas su cicatriz y sus caderas y viste el sombrero blanco. Por qué no se lo quitó, si se lo hubiese quitado y le hubieras visto el rostro, pero qué importancia tenía eso, si tu placer no llegaba, un viajero viejísimo, ignorantísimo que nunca dio con la estación donde había que bajarse, al que esperabas en un banco de pino y yerro, inútilmente. Qué más daba ya, si cuando tu mano recordaba el camino hacia la lámpara de piedra –acaso reptando sobre sus bronceados hombros, sobre el montículo duro de su espalda–, si cuando el resuello se iba consumiendo, si mientras el ansia del viajero esperado te iba creciendo en el pecho que él había estado desnudando, el tuyo, Marisa, si en los instantes en que de verdad tu cuerpo te dijo que no,

que no llegaría hasta ti jamás, si cuando él se disponía a aflojar tus brazos y su peso menguaba al inclinarse de un lado para el reposo, si mientras todo eso ibas recordando la premonición, por qué, dónde habías visto su semblante, su pecho fornido, esa cadera agitada. ¿No lo sabes? ¿No vas a decirlo? Las del hombre que anoche en un sueño sin sentido, de frustración y de sed, tú, Marisa, habías golpeado y matado sobre la misma cama, y con horror veías su cicatriz lívida, su cabeza abrirse, su boca enrojecerse más, más todavía, y sobre todo su sombrero ahora sucio caer y rodar, rodar casi hasta la puerta.

TRES MINUTOS SETENTA Y SIETE SEGUNDOS

Para Begoña Varela

¿Cómo? Lo tenemos. Descubierta, el gazapo acaba de llegar. Retratado en la esquina segunda. / hace una mañana fresca, acariciadora no obstante de octubre. /

Parece que no huele, va hacia la madriguera. Ya lo tenemos en la puerta. Sin señales del mirlo. Tranquilos, tiene que venir, falta un minuto. Atención, va a entrar. Dime. Un momento. Sí. Ya está dentro. En marcha los relojes. ¿Qué hay del interior? Demasiados paquetes, da el aviso. Que no se precipiten, quiero mucha suavidad. / como un tiro, la melancolía. O una tenaza que desprende las ligaduras de esta vida. Siempre suelto, dejado de las manos; sin palabras, apurando siempre un cáliz de silencio. Tengo que vivir, y no sé por qué. /

Lobo uno, atención galgo uno, preparado para seguirle el rastro. ¿Tenemos noticias? El gazapo deambula por la madriguera, está intranquilo. Hay mucha carne. Ya lo he dicho, no quiero prisas, calma. ¡Llamada a lobo uno! Tenemos novedades. Adelante, pásalo. Una nube en calle Prado, repito, una nube en calle Prado. A la escucha, galgo uno, ¿habéis oído? ¿Qué hacemos? / si la poesía no es posible; francamente, misterios artificiales. /

Confirmado, tenemos dos anónimos en calle Prado, sin identificar. ¡Dámelos, galgo uno! ¡Quiero sus caras! Están, están. Confirmado. Pertenecen a Viuda Negra, repito, son arañas. Arañas en Prado, arañas en Prado; alerta, galgo dos, van para allá. Nosotros nos interesamos. ¿Qué hacemos, lobo uno? Atención, esta es la orden: cuando entren hay que provocar que las vea el gazapo, repito, haced que las vea. ¡Dos figurantes, con disimulo! Entendido. Lobo uno, ¿ya han entrado? Actuando. / las calles son espejismos de orden. Termitas ansiosas socavan. Contribuimos a esta olla insoportable. /

El gazapo las ha visto. Comprobado. Arañas localizadas por el gazapo; esconde las orejas. Confirma la noticia, galgo uno, ¿estás seguro? Afirmativo. Cubrid el pelaje, repito, cubrid el pelaje. No nos sirve si lastiman al conejo. Galgo dos, contrólame a las arañas. Es peligroso moverse, esperamos. No quiero nervios. Dejadlas que caminen. ¿Hay novedades del mirlo? Aún no. Tranquilos entonces. No permitáis que se le acerquen. ¡Galgo uno! ¿Qué hay del gazapo? ¡No me dejes sin él! / tan lejanas las playas de esta ciudad enferma. /

Fuera de visión, repito, fuera de visión. ¿Dónde está? El gazapo ha subido a la primera planta. Se ha escondido. Galgo tres, estoy detrás de él y a la espera. ¡Coneja en Prado! ¡Imposible! Coneja en Prado. ¡Esto es un vodevil! Confirmado. Solicito instrucciones. Detenla en seguida. ¿Cómo han podido citarse ahora? ¡Creíamos que la coneja estaba fuera de circulación! Afirmativo. Pero ha vuelto. Y el gazapo no puede saberlo. ¿Hay algo del mirlo? Todavía no. Si las arañas la ven, la pondrán en la tela; entonces tendrán al gazapo en sus manos. ¡Hay que cuidarla! La coneja va a entrar. Galgo cuatro, es tuya. Atención, lobo uno, negativo; una araña me impide el paso, viabilidad negativa; hay mucha carne por en medio, mucha carne. Está bien; tú, galgo cuatro, contrólame a la coneja. Al menos mantendremos a una araña ocupada. Dime cuándo le echa la red. No me dejéis sin papel. ¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? ¡Información, galgo cuatro! Ya está: coneja en red, coneja en red. Tranquilo chico, no van a hacerle nada, saben que les llevará hasta el gazapo. Cubridme el pelaje, el mirlo está al caer. ¿Qué pasa con la coneja? Gazapo nervioso, cuidado, gazapo se dirige a la escalera. Pero, ¿qué pasa con la coneja? Lobo uno, no puedo verlo. Prioridad: no me dejéis a la otra araña; pero ¿qué pasa con la coneja? / apuesto a que, después de muertos, perdemos la vista, el tacto, el gusto, el olfato, la capacidad para distinguir al amigo del adversario. A eso le dicen verificación última. /

El gazapo está bajando la escalera. Atención, no se ven las otras arañas. ¿Qué hacemos? La coneja está con la araña, lleva el guante fuera, repito, ha sacado el guante. Alerta. Pero tranquilidad. Dejad a la coneja, no pasa nada. No va a pasar nada. Objetivo prioritario: salvar la mercancía del gazapo; dejadle vía libre, que se mueva. Oído, nos vamos; pero ¿y si el gazapo descubre a la coneja? ¡Atención, lobo uno! Mirlo en vía de acceso; carga en

el ala, repito, carga en el ala. Bien, galgo uno, llegó el momento: el gazapo debe oler al mirlo, repito, debe oler al mirlo: objetivo primordial. Seguid lo acordado, la araña no existe, la coneja no existe. Galgo cuatro, para ti sí. Acariciad el guante. No hay bromas. ¿Dónde está el mirlo? Mirlo en boca de madriguera. Once y tres. Vamos, mirlo, mirlito, ¿por qué no entras? Anda, mete tu pico en el agujerito negro, ¿eh? ¿Por qué no lo metes? Lobo uno, gazapo ha mirado a coneja. ¡¡No!! Confirmado, ha visto a coneja. Galgo uno, galgo dos, galgo tres, atención a la araña, repito, atención a la araña, que no muerda al gazapo; todavía no. ¿Quién tiene a la araña? Mirlo dentro. ¡Precisamente en lo peor! / que se abran las puertas, que penetre la luz, el final de la historia. /

Urgente, espantadme a los paquetes, no quiero carne en la escena. El mirlo tiene que mirar al gazapo. Cuando se encuentren, sacáis la pintura y salís. ¡Fotógrafo! Sólo queremos la prueba. ¡Cómo, y entonces? ¡Aire, he dicho! Dejad en paz a la coneja. Sólo eso: ¡el beso del gazapo con el mirlo! Prioridad absoluta. Mirlo se dirige al punto de encuentro. Vigiladme al gazapo, repito, vigiladme al gazapo: que no haga una locura. ¡No me lo dejéis solo! ¡Quiero ese beso!, ¿entendido? Vamos, mirlito, vamos, busca al gazapo, encuéntralo, ¡mira a tu gazapo! ¡Atención, lobo uno, gazapo con guante!, ¡gazapo con guante! ¿Qué hacemos? Ese hijo de puta está encoñado, no le importa perder su regalo, no espera al mirlo ni sus millones. Si se va estamos perdidos. Galgo dos, ¿qué hay de la araña? Inminente, va a ojear al gazapo. ¿Y el mirlo? Quiero el beso con el mirlo, ¡hemos venido a eso! ¿Por qué no se retrata? ¿Por qué...? Lo va a mandar todo a la mierda. / en realidad, el nombre ha dejado de significar un compromiso. /

Este gazapo se mata, te juro que se mata. Atención, mirlo se va, repito, mirlo retrocede. ¡Este pájaro se ha olido algo! ¡No saldrá de ahí con la pasta! ¡Galgo cuatro! ¡Lobo uno!, la araña acaricia al gazapo, repito, la araña acaricia al gazapo, está a golpe de guante. Dejadlos, ¡maldita sea!, dejad que se piquen. Ya está perdido. Que alguien recoja al mirlo. Metedlo en la jaula. ¡Quiero salvado al mirlo! ¡¡Ahora!! Mirlo cogido, repito, mirlo cogido. Bien. ¡Atención!, ¡todos fuera! ¡Galgo uno, galgo dos, galgo tres, fuera he dicho! ¡Y no quiero paquetes manchados! Lobo uno, estamos libres. Bien. Ese cabrón se deja matar por su puta... Galgo cuatro, cogedme al que quede,

repito, cogedme al que quede.



LAS ENSEÑANZAS DEL BARROCO

Sólo si hubiese en toda la tierra una mujer para dos hombres yo me decidiría a matarlo, fijate lo que te digo. ¡No se la iba a dejar a él! Es de cobardes largarse sin pelear. Ponme otra, anda, que ahora viene lo mejor. Elegiría una noche cerrada, por supuesto; mejor después de haber comido y bebido bien, en abundancia, ya me entiendes, dos o tres platos con carne, postre, todo eso, y por lo menos un par de botellas de tinto, y luego su purito, los licores...; después de hablar cada uno de sus cosas, confraternizando, ¿no?, cuando nuestros lazos se hubiesen fortalecido con la fiesta. Imagino que, dadas las circunstancias, él habría permanecido alerta durante toda la velada, a ver por dónde le salía yo: por un lado cenando conmigo, llenando o dejándose llenar la copa, celebrando mis chistes; por otro, sin quitarme el ojo. Ahora bien, es imposible mantenerse en guardia todo el tiempo, en algún momento hay que ceder. Sobre todo él; yo no podría descansar pensando que tiene a la mujer que quiero. Y la ventaja es mía, porque, mientras él tiene que relajarse, yo no necesito hacerlo, me basta con esperar el momento propicio. ¿Has visto qué paradoja? El que ocupa la mejor posición es el que menos descansa; el desahuciado puede dormir en paz. ¡Cosas de la vida!

Para la acción elegiría una noche muy oscura. Me levantaría y merodearía por la casa. Está claro que dentro yo no puedo actuar; así que tendría que ver la manera de hacerlo salir. Por ejemplo, metiendo ruido entre los cubos de basura o en el almacén, le haría creer que alguna alimaña andaba buscando comida. Él se preocuparía y saldría a defender su despensa. Aunque viniese con su rifle, yo lo estaría esperando con una rama gruesa o un buen hierro; no tendría la menor opción en la emboscada. ¿Qué te parece? ¡Él es el que debe exponerse para defender lo suyo; mientras que yo podría quedarme simplemente descansando en mi cabaña, contando ovejas en el cielo o pensando en bellísimas mujeres ya extinguidas! Quizá el granuja sospeche y me llame por mi nombre: a ver si me descubro, o para ahuyentar al animal. Se pondría violento, porque se siente pesado de la cena y contrariado por tener que levantarse a esas horas; saldría mal abrigado, con el pecho al aire, dando pasos inciertos; imagino su ronquera por el alcohol, ¡cómo le costaría pronunciar! Yo me quedaría en mi sitio, impaciente y armado, petrificado de odio; me habría hecho uno con el bastón, deseando que ya pusiera a mi

alcance sus huesos temporales. Mi nombre en su boca sonaría dulce, como anticipo de las veces que su mujer, en otras noches como esa, iría a llamarme. Su llamada acrecentaría mi valor, daría gusto a mi ansia homicida. Bueno. Seguramente, ella saldría a la puerta de la casa; yo podría distinguir su silueta recortada por la luz de atrás, el macizo de su cuerpo sugerido dentro del camión. Cómo quisiera yo esa estampa mágica y abrasadora para el momento de mi triunfo. Y que le dijera: «ten cuidado» o «¿por qué no lo llamas para que te ayude?» Eso, sí: «¿por qué no lo llamas... entre los dos podréis enfrentaros mejor a... lo que sea.» Entre los dos, como si de esa manera pudiéramos librarnos del peligro, eso piensa ella; como si pudiéramos dejar nuestro destino a un lado.

Él nunca iría a buscarme a la cabaña para que lo ayudase: si era una fiera con lo que se enfrentaba, debería ser lo suficientemente hombre como para vencerla; si era yo el que acechaba, con más razón aún, de ley estaría obligado a batirse a muerte. En los dos casos, debía actuar solo.

Viene maldiciendo entre dientes con ofuscación de borracho; sabe que soy yo, va sabiendo que soy yo: tanta casualidad –con lo bien que había cenado– es extraña –tanta cortesía–; no puede creerlo, el alcohol como un cebo no le deja saber. Se acerca rabioso; quizá proyectaba un coito breve, protagonizado por su esposa, o ya lo tuvo, quería dormir hasta el fondo ese día inverso.

Yo seguiría haciendo ruidos a intervalos, como cuando un animal grande devora los alimentos guardados con toda tranquilidad, en la garantía de la noche. Imitaría sus gruñidos para convencerlo, rascaría por ahí como si fueran pezuñas o garras; quiero tenerlo asustado y con la máxima atención de sus sentidos cuando le corte la vida. De pronto, los sonidos cesan; él duda de que su enemigo se haya ido, calcula si ha cambiado de posición y continúa en el interior disfrutando del festín. Avanza unos pasos sin hacer ruido; pero yo lo estoy oyendo, lo olfateo en mi secreto. Cuando su cuerpo asome, un poco encorvado, con el cañón de su arma por delante quizá temblando en la punta, después de sentir nítidamente sus pasos sobre el grano en el suelo o las bolsas de plástico que no dejarán de hacer algún ruido, cuando llegue a escuchar cerca su respiración como si fuese la de mi hermano; ahí sabré que es mi turno: levantaré con absoluto sigilo mi estaca; la sostendré en lo más alto sobre la cabeza mientras siento cómo se va cargando de violencia y empieza a temblar también de no poder contenerse. Él debajo, con su resuello torpe y

su arma inútil. La fuerza de mis brazos y mis manos solas no se aguantan, querrán asestar el golpe ya, bajarán bruscamente arrastrando mi venganza en una caída rápida, perfecta, golpean su cráneo y hasta más allá queriendo atravesarlo, cortarlo en dos como a una bola de mantequilla; ha llegado al suelo el garrote y deja una marca, un pequeño agujero, ¿qué te parece?, un rasguño en la tierra.

¡Ah!... Se desplomará en silencio. Quedará de bruces sobre el rifle para malgastar su último minuto vivo tumbado sobre su vientre, diciendo alguna incoherencia o pensando alguna forma de ordenar lo ocurrido o emitiendo alguna queja inútil o haciendo el recuento de las pérdidas; antes de que yo le funda los plomos con un palo decisivo, aquí, ¿sabes?, aquí detrás, mira. Y se quede quieto ya, rígido, flojo, callado, muerto, fuera.

Maldito hijo de puta. Tenías que tener tu fin y yo iba a dártelo.

Lléname la copa.

¿Te gusta lo que te estoy contando? No tienes muchos clientes como yo, ¿eh? Aquí no para gente con historias como esta. Tampoco hay mucha parroquia, ya se ve; esto está muerto; no ponéis más que unas pocas almendras para acompañar la bebida, mira que sois rácanos; la música no se oye fuerte, bien; pero lo mejor es la penumbra. Por eso vengo, ¿sabes? Me agrada esta luz en la barra, parece hecha para las confesiones. Y aquí se puede beber tranquilo.

¡Eh... calma! ¡Que no he terminado!

No es tan sencillo matar a un hombre; quiero decir, matar es fácil, lo difícil es ordenar los detalles.

Porque no sé si te habrás preguntado qué pasa con la mujer. Ella se ha quedado en la casa a unos treinta o cuarenta metros del cobertizo, está asustada, esperando a que venga su hombre y le diga que no era nada, falsa alarma, podemos volver a acostarnos; como tarda, va a empezar a llamarlo y si no obtiene respuesta se acercará también. Se supone que estoy dormido, ella no se atrevería a despertarme; pero yo no puedo salir por donde entró él. Y hay otro problema, ¿te das cuenta de que hay otro problema? ¿Quién lo ha matado? ¿Por qué se ha muerto? Si ha sido un animal, en su cuerpo tendrá que haber mordiscos y desgarrones; ¿dónde le han clavado los cuernos, o dónde está la marca de la coza? No hay nadie más en el mundo; si no resuelvo esto, no habrá otro culpable que yo.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

... No lo sé, ¡maldita sea! Sería capaz de morderlo con mi propia boca; pero no conseguiría que pareciera desgarrado por unas fauces. Ni tampoco aunque le abriera el cuerpo con un cuchillo de monte. Se me ocurre que podría incorporar el cadáver y arrojarlo contra la pared, clavarle un gancho o algún saliente afilado como si una bestia de un topetazo lo hubiera tirado allí. Hay animales de fuerza descomunal que pueden acabar con un hombre simplemente interponiendo su cuerpo; incluso sin buscarlo, sólo por miedo o por defender algo suyo.

Un hombre actúa por lo mismo, ¿no te parece? Sírveme. Vamos. Y no me mires así. Te está gustando y me miras así. Uno viene aquí a gastarse el dinero, mantiene una conversación con el barman, el bar-man... Debe venir incluida en el precio de la copa, ¿no?, el bar-man, o en tu sueldo, ¿qué dices? Te pagan para escuchar lo que sale de la boca de los bebedores; pero no es frecuente encontrar a alguien con una historia como la mía: fuerte, dura, sincera.

Te voy a decir algo que te sorprenderá, ¿sabes cuál es el lugar más importante del mundo?

Piensa. ¿Cuál es... el lugar... más importante del mundo? Piensa; tú llevas ya tiempo detrás de esa barra, tienes que haberlo oído muchas veces... ¿No lo sabes? Yo te lo voy a decir, porque no tengo miedo a nada, por eso te lo voy a decir; entiéndeme bien: el lugar más importante del mundo lo encuentro yo todas las noches cuando quiero. Me acuesto desnudo de cintura para abajo; me agarro el pene hinchado, vertical, apuntando al cielo del techo: son los preparativos; luego retiro la piel para dejar el glande descubierto; y ahí está, tío, en el cruce de las tiras, en ese punto del pliegue; apoyo la yema de mi dedo índice y lo muevo suavemente arriba y abajo varias veces, arriba y abajo, y ahí aparece el lugar, con ese movimiento, poco a poco verás que a ese vértice confluye conmovido y turbio todo el universo.

¿Entiendes? ¡Todo el universo! Pueden pasar la historia entera y el hemisferio norte, mi padre y la genealogía completa de monos, hombres y mujeres, el arte, la mecánica, los engranajes del mundo; pero ese punto está ahí, quieto, disponible, firme, brotando sin fin, iluminando hacia el interior con una luz inextinguible. Y es para ti. No me importa que todo se haya perdido ya mientras me quede ese refugio mágico; donde cualquier sueño es posible, donde nada se marchita para siempre.

No hace falta que hables. Sé lo que estás pensando; lo que todo el

mundo. Sólo lléname la copa. No me importa, riéte. Generaciones de escritores, artistas, y ¡fi-ló-so-fos! han tardado en comprender lo que yo te he explicado en un segundo con palabras sencillas; muchos habrían dado su vida por esta revelación que te hago en este antro; y te lo he dicho, ¿sabes por qué?, porque me has querido escuchar, porque estoy un poco embriagado, solo un poco, y me caes bien.

Sirve, sirve.

—¿Y entonces? ¿Qué hay de la mujer?

¿La mujer?... ¿Y te preocupa? ¡Ahora yo me río!

¿Qué puede importarme si me quiere o no? Estamos solos, ¿entiendes? No hay nadie, no hay nadie en el mundo. Imagínatelo como lo veo yo: una inmensa llanura pelada. Luego: cerros, páramos, algunos árboles con su hojarasca verdinosa por allí y por allá, algunos animales en rebaños improvisados que andan perdidos, buscando su sustento; se amenazan o se ayudan, según y cómo; lo que fueron mieses están agostadas, exhalan su último perfume a pan que no volverá a hacerse; y la atmósfera turbia se ha formado de hollines y lluvias y restos de civilización suspendidos, viaja a través del cielo por el mundo, dando vueltas en una sola dirección y alcanzándose para morderse la cola.

Ella no me desea, ¿y qué? ¿Quién va a poder elegir su deseo entonces? ¿Y qué si se va a dar cuenta de que yo lo he quitado de en medio? ¿Me tirará un zapato? ¿Cerrará la puerta? ¿Va a salir a cosechar o a recoger los arneses de pesca al río, vestida hasta arriba, seria y graciosa como una viuda amante? ¿Se va a apuñalar el vientre cada noche? ¿Va a dormirse gimiendo?

No.

Llorará durante mucho tiempo. Sus berridos saldrán por la ventana y se oirán por todo el campo hasta bastante lejos (sin nadie que los escuche), de repente un silencio: está descansando, coge fuerza y vuelta a empezar. Así, toda la noche. Varias noches. Un mes de noches. Tres meses de noches.

Hasta que se seque y comprenda.

Está sola.

Hay un hombre abajo que ya no espera nada porque dispone de todo el tiempo del reino. La fiebre se le ha ido agolpando en la frente como el rejunte de pelo en lo bajo de su rostro; ahora no tiene ninguna prisa, ningún ansia. Ese hombre puede matar uno de los terneros y asarlo; pero también podría comerse una rata si quisiera. ¿Cómo se puede luchar contra eso? No hay

ninguna paciencia en el mundo comparable; porque la firmeza se ha puesto de su lado, esa es la herencia que ha recibido. Porque, oye bien lo que te digo, porque el mundo está hecho así. Porque el mundo está hecho así, te lo dice un borracho, y si no quieres creértelo, no lo creas.

—¿Y esa mujer va a ir donde usted?

Esa mujer va a venir. No tiene más opciones. Quizá venga sucia adonde esté yo descansando o quizá venga recatada y limpia. A mí me da igual. Pero vendrá. Se rendirá tarde o temprano. Alguien tiene que cavar y sacrificar los animales, o ayudarlos a parir las crías; hay cosas que no podrá hacer ella sola. Y querrá arreglar las tejas que se han desprendido de la cubierta. Le gustará que la leña seca arda y dé calor a su hogar. Le gustará imaginarse que viene su hermana de visita, o que recibe a su anciano padre, cansado de un largo viaje desde su ciudad natal. Querrá tener su nudo de relaciones, a las que tiene derecho como cualquier otra mujer; querrá tener una razón para cambiarse de vestido o hacerse un peinado. Necesitará un hombre para concebir en su vientre, para que un cuerpo se genere y crezca ahí, y dé patadas y la sobresalte en lo más íntimo en medio de la noche, y se convierta en un secreto que guarda para sí misma.

¡Que los tenga! ¡Que se los quede!

—¿Y usted?

¿Yo?, ¿es que temes por mí? ¿Por qué? ¿No te parece que tengo ya todo? Estoy solo en medio del mundo, y es mío. Puedo mirar adonde quiera, ir adonde me plazca. He desafiado a todos los animales y he vencido. Mi zancada mide el orbe que me propongo. Mis botas van dejando mi huella por los caminos, a los pies de los árboles, junto al pozo, en el cieno húmedo de las orillas del río. No me importa si mi vida ya sólo espera la muerte, porque está henchida de cuanto podía poseer. Porque ya no necesito ir a ningún sitio.

—¿Y sus hijos?

¿Qué más da? Ponme un trago. Están condenados. Se quedarán con su madre y con su dolor cuando yo muera. Serán todavía tallos jóvenes que tienen que sufrir. Al diablo con ellos. ¿Cómo voy yo a darles su futuro?

Además, no lo dudes: se despedazarán entre sí como hizo su padre con su rival. Cuando no les satisfaga, acabarán con su madre; la abrirán en canal para comprender la generación y la dejarán pudrirse en un lugar apartado donde no apeste. No sé de lo que serán capaces, los perdidos. Mira, incluso quizá se amen si son de dos sexos; o se maten uno al otro, el fuerte al débil o

al contrario, según la astucia.

Será una descendencia cainita o deforme.

Quizá cuando babeen o mientras se limpian los restos de la sangre todavía líquida en su barba, se acuerden del triunfo de su padre, o me maldigan, o piensen que mi destino es el mismo que les espera a ellos.

¡Ahí tienen la tierra! ¡Yo se la he entregado!, más o menos arreglada y fértil. Pero sé que no recuerdan nada: ni por qué puse la cerca, ni dónde es mejor asar la carne, ni cómo arreglar las cosas que se rompen. Se olvidarán de los caminos para ir a por el agua, o de cavar las letrinas. Se acostumbrarán a su miseria, te lo aseguro, la odiarán, se acusarán por eso, se revolcarán en ella hasta perder la cabeza. No van a aprender nada. El orden que hubo lo perderán para siempre. Todo lo que hagan es su destrucción.

Y no me digan que nadie los había avisado de la trampa. Todo es diáfano como el oxígeno: el azul es azul, el fuego arde, la madera abriga más que la piedra, hay distancia entre los objetos, las palabras lo ensucian todo pero al menos nos dejan respirar. ¿Qué hay que no sea claro? ¿Qué no había previsto?... ¿El tiempo? No se acuse al tiempo, ¡nosotros lo hemos inventado! No había sus límites antes de que lo hubiéramos concebido.

Ya gritamos antes. Y de nada sirvió. Volvían. Como palabras de un cráneo sin hombre, más mentirosas, sorprendentes, burlonas. Toda esa sarta de falsedades amontonadas han acabado por cubrir como un pellejo las cosas de antaño, hasta el horizonte; si pudiésemos tocar el sol, yo te juro que se despegaría.

Mira ese ciervo; su sitio eran las montañas y ha bajado al llano porque no soporta el vacío; olfatea el aire... mueve las orejas, sacude la testuz... está insípido; da pasos hacia las cabañas, hacia el hedor de nuestra basura, atrayendo hacia la muerte a la manada.

Los animales hace tiempo que se han desorientado; sólo falta que las piedras bailen desde su altura. Da asco.

¿Y me preguntas por mis hijos?

¡Que me dejen en paz! Morir, o beber, o descansar bajo un haya desnudando mis huesos. Maldita herencia. No tengo nada para darles. Al final, no queda nada entre las manos. Sólo un cuerpo, un estorbo del que tendrán que deshacerse cuando quieran. Este cuerpo flaco mío. Este cuerpo...

Perdón.

—Caballero. Vamos a cerrar... Muy tarde... ¿Lo ayudo?... Bueno. Ahora

el otro pie. Intente mantenerse... Así... ¡Muchas gracias! Por ahí. ¿Cree que podrá llegar usted solo?... Eso es.

El joven camarero se queda en pie junto a la barra mirando al hombre, que recorre unos pasos vacilante, va mascullando algo, casi confunde la puerta.



GORDO MÁS QUE GORDO

Soy un enorme gordo. Sí, sí, han escuchado bien, gordo, goordo, gooordísimo. Piensen en un gordo, ¡piensen! Pues aún más, todavía más que eso. ¡Imaginen! ¿Con qué podría compararse: una papada, un balón, una ballena? ¡Si el mismo globo terráqueo no será capaz de contenerme! No me creen, y sin embargo les resulta agradable escucharme esta imputación hiperbólica porque los salvaguarda a ustedes, ¿no es cierto?, porque ¿no es verdad que se les infiltra lentamente, como se escurre el veneno, el temor de transformarse en un ser gordo?, ¿no es verdad que los aterra la presencia desmesurada, desbordante, inasible del gordo?

También en un principio yo procuraba disimularlo, cuando mi conversión en gordo sólo estaba en su comienzo y llegué a mentirme, haciéndome creer que no era más que un pasajero accidente. ¡Qué risa! (Ustedes ni siquiera sospechan que no existe mayor risa que la de un gordo, como ignoran nuestra sutileza, e infinidad de otras cosas.)

Sabrán que retenía mi abdomen en cuanto asomaba una conversación sobre el peso o la forma física, esa retahíla de vanidades; aprendí y desarrollé la poderosa habilidad de controlar mi musculatura abdominal, de convertirla en una pared organizada como un dique capaz de contener el caótico amasijo de mis tripas, ávidas de espacio. A una orden mía, los músculos alzados al instante transformaban por completo mi figura; con el tiempo, bastaba un indicio de peligro para que ellos solos me pusieran a cubierto, como busca refugio el labrador en el campo en cuanto truena el cielo. En menos de un segundo se comprimía mi vientre; prieta y plegada la carne sobre sí alcanzaba a delinear una recta impecable con el pecho. Esta habilidad era mi secreto, y vivía para su custodia en la oficina, en la calle y en los lugares públicos; a su eficacia fié mi imagen y, asociada a ella, mi autoestima y mis relaciones. Aunque deba admitir que implicaba la amenaza constante de ser descubierto y que, finalmente, me produjo un dolor crónico.

Lo que habré pugnado en los despachos de mis jefes para que aquellas ratas, que han hecho del ascenso su única meta, no encontraran en mi cuerpo el motivo del repudio. Sobre todo las mujeres eran mi tortura: la señorita Benítez, Pili, la secretaria del jefe, la misma Merceditas... tan soberbias cuando pasaban junto a mí, contoneándose para esquivar los filos de mi

escritorio, ignorantes de mi retraimiento, atentas únicamente al efecto de su silueta y observándome de reojo. ¡Qué amarga soledad! El tiempo que perdí obsesionado por ese miedo, alerta siempre a recoger mi tripa, los músculos tensos dispuestos a la acción. Ahora entiendo el escándalo que fue mi sacrificio: la malversación de una entrega que, desdeñosa de aquella absurda estética, habría alcanzado otro destino.

Me empleé a fondo durante años en diversos procedimientos para adelgazar: me alimenté diecisiete meses sólo con vegetales; controlé mis calorías como la fiebre de un niño; me di baños de vapor; inhalé hojas de eucalipto, hierbabuena, poleo y menta (excelso aroma, nulos resultados); me empapé de cataplasmas; me embadurné con cremas; recaí en mi vieja úlcera atiborrándome de pastillas; juré ayuno santo por tiempo indefinido; roto y entristecido, me mantuve fiel incluso en la depresión –hiriendo mi carne hasta el martirio–; apliqué sobre mi cuerpo vibradores: arrostré las cosquillas y los calambrazos; bebí agua y bebí agua y bebí más agua, traicioné la necesidad del sustento encharcando mi deseo; me dediqué a la lectura; fui a un monasterio; me sometí a la dieta del melocotón, de la mora silvestre y del perejil; perdí amigos; abandoné amantes; renuncié a vacaciones; rompí mis papeletas para el sorteo de un chalet en la playa. Jamás hubo converso tan abnegado, jamás una desgracia tan ciega, jamás un gordo tan triste.

¿Por qué no voy a confesarlo? ¿No piensan, acaso, que la gordura es culpable? Amé también la cerveza, me devoró la pasión por los guisos, ardía en el fuego de cada humeante cazuela y suspiraba por volver a verlos al regreso del destierro. Los pequeños logros que obtuve se desplomaron también (tampoco hay caídas como las de los gordos) bajo el efecto de mis pequeñas treguas.

Cada noche, recostado en el canapé, enrollado como una boa, suspiraba mis incomprendidas lágrimas, juraba por una convicción que me adelantaba la muerte. El agua de mi llanto resbalaba sobre el linimento que extendía en mi panza: un remedio que aliviara los calambres del abdomen, ocho horas o más comprimidos sin tregua por pretensiones que entonces quise tan altas. ¡Qué inmensa crueldad se abatió sobre mí! ¡Qué terrible el dios que me condujo al suplicio, inspirando las almas sedientas de medradores sin escrúpulos! ¡Y por qué sabio designio, al fin, alcancé la gloria!

La trama estaba bien urdida. Aquellas culebras, por mejor nombre que compañeros, concertaron un partidillo de tenis en la segunda residencia del

Director, el Insigne Don Honorio. Yo, por entonces, no había renunciado al deporte —¿acaso no hacía gimnasia, no trotaba al anochecer, no cruzaba el Estrecho a bordo de un remo estático en mi casa?—: estaba en forma, y me preparé para un triunfo. Compré para la ocasión un maravilloso polo blanco, casi níveo, con adornos gris perla a la moda, fino, sedoso, muy ligero; y para conjuntarlo, un short azul marino, bien firme, con refuerzo. El mismísimo don Honorio hizo una halagadora referencia a mi buen gusto, que los demás corroboraron, amarillos.

El partido fue lo de menos: mucho peloteo, algunos golpes *liftados*, boleas; yo me permití uno o dos globitos estilísticos, siempre en lo comedido. En realidad, se trataba de jugar de pareja con el jefe y hacer lo imposible por vencer a los contrarios. No me fue mal el envite y coloqué buenos puntos; me sentí orgulloso, ay, y encontré mi perdición.

Al final del partido, nos reunimos los cuatro junto a la pista para comentar los avatares del juego, alabar la pericia de nuestro prócer, descubrir implícitamente las flaquezas de los otros y sacudirnos (metafóricamente) los raquetazos que no pudimos repartirnos antes; todo con la más conspicua de las cortesías y la mala leche mejor destilada. En ese contexto, fue Peláez, ese imbécil que Peláez ha sido siempre (con la silenciosa colaboración de Gómez-Buenaventura, el falso), quien cogió la manguera que don Honorio utilizaba para regar sus pensamientos y sus rosas. «¡Un poquito de agua fresca para ese cuerpo fatigado!»: gritó el muy cretino. Ahí fue Troya; antes de organizar la defensa, lanzó el chorro contra mí; reulé, estuve a punto de irme al suelo y ese movimiento me perdió: tuve que aflojar la tripa, mis carnes contenidas se desarbolaron y cayeron. El suéter mismo, empapado, contribuyó a mostrar la oronda perfección de mi vientre. Allá quedé al descubierto. Yo intenté ocultarlo con las manos —imitando el gesto púdico de la Venus que se cubre—, pero el mal ya estaba hecho. Don Honorio reía la broma como un padre las travesuras de sus hijos. Gómez-Buenaventura aprovechó para llamar su atención sobre mi aspecto, y en el rostro del jefe se dibujaron la contrariedad y la sorpresa: sus cejas se levantaron sobre la montura de sus gafas y su boca adquirió la forma de un anillo. Mi tripa respondía a la catástrofe inminente, cobijándose en su seno con desproporcionada violencia. Las dos hienas rompieron a reír escandalosas; mi jefe elevó aún más las cejas, como si fueran a volar, abrió los labios hasta el perímetro de un vaso de whisky. Palidecí, desconcertado, con la sonrisa débil

colgada de las comisuras, justo a tiempo para ver que, en sucesivas sacudidas, mi vientre se dilataba y contraía varias veces como un latido ajeno a mi voluntad. Las risotadas arreciaron; el mismo don Honorio, incapaz de alzar más sus cejas o abrir sus labios sin lastimarse, añadió su atronadora carcajada a la confusión. Humillado sin paliativos apenas pude diseñar más táctica que la de unirme a la fiesta, y dejé salir una risa oscura que debía provenir de mis narices.

Fatal, terrible, espantoso. No me recrearé en detalles para no hacer más sangre en la aciaga escena. Sólo diré que a don Honorio le entró un hipo hilarante que habría arruinado la carrera del mejor empleado; hube de soportar una andanada de ocurrencias sin gracia y, para colmo, no me dejaron ni la honrosa retirada de quitarme la camiseta en el vestuario; el mismísimo don Honorio, envalentonado sin duda por esa repentina espontaneidad de camaradas, se tomó la molestia de sacármela, ayudado de cerca por la sabandija de Peláez. Inútiles fueron mis esfuerzos por contener mis desbocados abdominales, que siguieron practicando el sístole y el diástole a su arbitrio no sé por cuánto tiempo todavía, pues soy incapaz de reproducir aquí el final de la historia.

Sólo los muy grandes saben estar a la altura de sus fracasos, y mantienen en su derrumbe el coraje de la dignidad; esto me repetía aquella noche buscando el abrazo de un consuelo. Mas Fortuna quiso añadir una medida de desgracia a la prueba, el lunes siguiente marcó un peldaño más en mi declive. La noticia del accidente voló por la oficina con la celeridad del anuncio de una subida lineal. Tuve que recurrir a los resquicios de mi orgullo para mantenerme en mi puesto, y negarme a enseñar a la morbosa concurrencia el portento de mi abdomen retráctil, lo que unos interpretaron como vanidad y otros como desidia. Aún no acaba, sin embargo, la escala de mis dolores: ante las miradas notariales quedaba yo como un falsario, como un dandi –a mi edad– y, lo más grave, como un gordoconverso, recalcitrante y cínico. Aquello era susceptible de atenuantes, esto era un pasaporte para la chanza, el averno, la cuneta. Ni siquiera mi meritorio pasado a las órdenes de prestigiosos jefes, Martín-Viena o De las Torres, por ejemplo, podía rehabilitarme. Mi mesa se hizo más pequeña entre un mar de dudas y regocijo, mi silla un particular cepo que no permití cambiar ante sus ladinas propuestas.

Hubiera podido arrostrar el secreteo y las comidillas; habría sobrevivido

a las maniobras desestabilizadoras de los infiltrados entre los jefes de sección y, sin duda, en un cuerpo a cuerpo, no hubiese retrocedido un milímetro ante nadie. La obstinación de un gordo acrecentada por su prestancia puede sobreponerse a toda adversidad, está probado. Fue, por el contrario, la *grandeur* de mi espíritu, fue mi amplitud de miras lo que me decidió a abandonar la oficina. Durante semanas, reflexioné en la soledad de mis noches cómo hacerlo. Por supuesto, no consistiría simplemente en pedir la baja, recibir el finiquito y despedirme con una sonrisa. Mi marcha debía ser sonada. Barajé diversas opciones: colocar un explosivo en los lavabos, prender fuego a las mesas de Peláez y Buenaventura, pintar las paredes con letreros alusivos a los culpables, destruir concienzudamente los archivos. Me regocijaba pensando en los efectos de mi venganza, y la soledad de mis noches se llenaba con mi risa premonitoria. Sin embargo, al cabo, desestimé esos recursos: ¿qué habría conseguido con cualquiera de ellos? Desde luego, un poco de placer, hasta entonces retenido; pero, ¿y luego? Luego sólo el desprecio de los mismos que habían provocado mi desgracia. Dirían: «Mirad a ese apocado, a ese infeliz lleno de resentimiento, incapaz de tolerar el buen humor de sus compañeros», o bien: «Le hemos dado una buena tunda a ese gordo y sólo le ha quedado la solución del pataleo, al pobre». Repararían los desperfectos sin más problema, harían los últimos chistes y me olvidarían. Sobre todo, me dolía pensar que los antiguos jefes que me estimaron, influidos por la conspiración, sólo guardarán de mí una imagen de vileza; después de todos aquellos años, me parecía inadmisibles. Esas razones me decidieron, finalmente, por un gesto en lugar del sabotaje. En mi último día allí, hurté las fotos familiares de Peláez del cajón de su escritorio, y el retrato de la novia de Gómez-Buenaventura —Claudita—, que nos mostraba a todos desde su mesa. Luego tomé la llave de la taquilla de don Honorio, donde me constaba que guardaba un par de cajas de sus mejores puros y la petaca de coñac para las horas difíciles. Esta maniobra, que realicé como un relámpago, sin indicios, sin pistas, sé que les habrá dejado una herida íntima, la huella indeleble de mi paso por sus vidas. No olvidaré nunca el desconcierto que debieron sentir, el dolor, la pérdida, el avance como el corrimiento de una mancha de aceite de la sospecha entre ellos mismos. Me alejé con íntima fruición, alto el orgullo, regocijado el seno por mi victoria moral.

Durante los días siguientes, se debatieron en mí muchos y contradictorios sentimientos. Por fin me veía libre de insidias, sin el temor de

sus maledicencias y sus juicios. Se me abría la posibilidad de vivir feliz, a mis anchas. Además, no tenía ocupación alguna y el vacío de responsabilidades me entusiasmaba. Sin embargo, al mismo tiempo, no podía superar el rencor por la manera infame con que me habían desplazado, no sabía vencer la ira que me atragantaba (no cabe un rencor, una ira como la de los gordos, no hay un atragantarse como el nuestro).

Sólo encontré algo de paz en el retiro de mi propia casa. En ella dio comienzo mi nueva vida y en ella reestrené mi cuerpo. A diario, me desnudaba y, desde el amanecer hasta bien entrada la noche, paseaba en silencio por las habitaciones que prefería en penumbra; recorría lentamente los pasillos y las estancias con la plenitud de mi tripón sacado, insolente, onírico. ¡Qué placer, exhibirlo sólo ante mis ojos! ¡Qué dicha, moverlo a voluntad, acercándolo a mí o dejándolo evolucionar sin traba, permitiendo a las vísceras expandirse —con la misma paz y el mismo sosiego que deben sentir las galaxias al distanciarse entre sí en el seno del generoso Universo—!

Decidí responder a su desprecio con determinación. Durante los meses que siguieron apenas salía más que para comprar alimento. Quise convertirme en testigo del extraordinario fenómeno que sucedía en mí. En efecto, al mismo compás del vientre caprichoso, que se desplegaba y recogía, era yo entero quien alternativamente experimentaba hacia mi cuerpo fascinación y repulsa. Estaba dispuesto a seguir esa lógica aunque en ello consumiese mi fortuna y mis fuerzas. Aspiraba a arrancar a esta carne su misterio, que me fuera revelada su verdad. ¿Cuántos hombres estarían dispuestos a emprender tan magna empresa? ¿Quién ha dado su vida por un empeño semejante? Desde luego, ninguno de los ruines que me combatieron.

Contemplé durante días aquel cuerpo como un tumor proyectado hacia adelante, un avance futurista. Observaba con delectación su tersura, la plasticidad de su forma; lo veía remolonear, disfrutar de los festines, trabajar en las digestiones; gozarse en la saciedad o suplicarme con voz grutesca cada vez una porción más de alimento, herirme con su tibia lezna cuando necesitaba mi ayuda para seguir creciendo. Era una criatura deliciosa, con algo abismal en la turbia mirada de su ojo único.

Mas otras veces lo apartaba de mí. Lo veía levantarse de pronto con un apetito destructor, revelarse como un monstruo ajeno a toda moral, a todo régimen, capaz de los mayores crímenes. Era la malignidad misma (a quien ningún padre dejaría acercarse a sus hijos, de quien no nos sorprendería que

tuviese secuestrada a una doncella). Temía que en mi corpachón se generase así como un genio o un furioso enano. A cada rato, corría al espejo para descubrir el menor detalle que me anticipase una presencia anómala. De noche, me acostaba con la luz encendida, observaba subir y bajar al volumen insano; conciliaba el sueño con dificultad, como bajo la amenaza de un asesino que tras la puerta limpia su cuchillo para entrar al menor descuido.

No ocultaré que fueron meses intensos. Estuve cerca del paroxismo y la inanición, me debatí entre la explosión y la continencia. En la liza de mi propio cuerpo se describía una trayectoria cíclica (del odio al amor, del amor al odio), como si en la redondez de la esfera encontrase su mismidad. Sin embargo, toda aquella lógica vino a quebrarse cuando mis ahorros empezaron a dar muestras de flaqueza. El encierro, prolífico en vivencias, llegaba a su término; era preciso sucumbir en el asedio o vencer al enemigo en un nuevo frente. Como es claro, opté por esto último, aunque no fuera nada fácil. Cinco meses habían pasado desde mi última incursión en Su Realidad. Mi soledad era rica, ambivalente, prodigiosa; había madurado y estaba a punto de estallar como un globo de proporciones cósmicas. Me vertería sobre el mundo, inconfundible entre las manadas.

Han transcurrido muchos días desde entonces, la ruindad de Peláez está casi olvidada, y ¿quién se acuerda de la oficina?; el que fui pereció en su caída y de sus escombros surgió una existencia nueva. Con las primeras luces de la mañana en que puse fin a mi exilio y salí de mi guarida, se confirmó la revelación de mi destino. Recibí, al mismo tiempo, un Nombre, una Misión que realizar y un Hueco donde sería Soberano. Poseído por el favor de aquella investidura, me dirigí de inmediato a una fuente pública para entregarme a un baño lustral. Después, empapado de agua y gozo, llorando como un recién nacido, caminé hasta la puerta de la ciudad, me acogí a su monumento insigne y, bajo su primera arcada, grité mi Nombre, el de mi Tarea y el de mi Territorio. Grité cuatro veces hacia los confines de la gigantesca urbe y traspuse el umbral para renacer con todos los honores.

No mucho después, se hizo oficial el nombramiento. Me entregaron un uniforme a medida, exclusivo, un traje que me protege del mal tiempo y brilla en la noche; me dieron guantes reforzados y una gorra de plato ribeteada con distintivos; me asignaron un vehículo de especiales dimensiones que conduzco por las calles y todos reconocen. Soy un personaje rescatado de los sueños, un ogro feliz amigo de los niños, un Poder de la Naturaleza al

servicio del Género Humano. Sin embargo, nada hubiera sido posible sin aquella Revelación y sin el eco que tuvo en su acogida. La Comunidad de Ciudadanos me mostró el Valor de mi Vientre; desde entonces, la gratitud llena mi vida y mi Vientre se ha convertido en mi Tesoro.

Por eso, ya sólo me ocupo de mi vientre; me he consagrado a Él con fidelidad de Sacerdote. Pienso en mi vientre cuando me acuesto y me levanto, escojo con cuidado el alimento de mi vientre, elijo las ropas que realzarán mi vientre, me masajeo el vientre, cubro mi vientre durante la siesta y, cada noche, no me duermo sino acariciando la aterciopelada superficie de mi vientre. En las calles, espero con impaciencia sus comentarios; sé que no me hablarán más que de él o me lo indicarán –timoratos– con palabras que lo aluden: relente, siempre, repente; noviembre, cliente, enfrente; porque es a él a quien se dirigen en realidad: corriente, simiente, creciente; porque es a él a quien ven, a mi vientre, al que me encomiendo, sobre el cual estoy, como de adorno, casi de balde.

(¿No se dan cuenta, insensatos?, ¿acaso no están también ustedes de más sobre su cargo, su bolsillo, su pene o su automóvil?)

Ahora sé que nada debe distraer la atención hacia Su Presencia majestuosa y perfecta. Yo mismo, al fin, he aceptado no referirme sino a él y a sus atributos: su vigor, su poder, su desarrollo. Lo anticipo en mis conversaciones, lo presento antes que a mí, me desvelo por su bienestar, lo cuido más que a mi vida. Me convierto día a día en su compañero inseparable, en su protector, qué digo, en su esclavo. ¿Pero es que la curiosidad de mis Vecinos no merece el mayor esfuerzo? ¿No me dieron el Puesto, el Traje y el Vehículo como testimonio de un Poder? ¿No se ha transformado mi Vientre en reclamo, en símbolo de un Universo Perfecto, de la Redondez de la Civilización Bien Hecha? ¡Qué felicidad, entonces, vivir por Su Causa! El Vientre Es. Y este es Su Nombre: el Mayor, el Más Famoso Recogedor de Basura de la Metrópoli. ¡Gloria a Él! ¡Paso, Noche y Avenidas largas!

Mas todavía aspira a la perfección de Su Gracia, todavía ha de colmar el Vaso que Le Han Dado: asciende las Enormes Montañas de Basura que la Ciudad entrega, se encarama a la Cumbre de los detritus y entre esas ruinas toma su Alimento –algunos sacan fotografías–. Desde allí, el Vientre Resplandece.

CANTAR DE NOCHE

A Viviana

Si fue porque el viento hizo girar los goznes, o porque aulló en lo alto de la sierra una alimaña, o porque, independientemente del frío o de los misterios de la noche, la conciencia, aun en el postrer momento, puede conocer qué le conviene; sabemos que el 28 de octubre de 1233, con seguridad entre las doce y la una, habiendo rezado completas, Jaime de Luján o de Solán, que en esto no coinciden las fuentes, se despertó sobresaltado, con los ojos abiertos, de rodillas y sudando como un pecador a los pies de su lecho. Conturbado, mas que temeroso, de que, encontrándose enfermo y recibiendo los cuidados intensivos de sus hermanos, impedido de hacer cualquier movimiento, se hallara en aquella situación; lo invadió una súbita vergüenza y dirigió su mirada al Cristo que presidía la pared de su celda: un cuerpo tieso, con los brazos apenas flexionados y los ojos grandes y calmos, ajenos al suplicio, que lo invitaban silenciosamente a contemplar. Era un viejo icono de Oriente, recibido como obsequio de misacantano el día en que se despojó de cuanto llamaba suyo para entregarse al claustro, al tañido de la campana, a los rezos y al trabajo en la tierra hostil, renuente a sus frutos. Sin osar moverse, conteniendo su asombro, remiraba la figura ejercitándose en la disciplina, en el refreno de la curiosidad.

Nadie sabe cuánto dura ni por qué caminos se realiza el diálogo inarticulado entre el alma que inquiere y el mutismo de la imagen que lo azuza a seguir buscando, a ir más allá de lo sabido hasta el manantial sereno de la verdad. Al cabo, se incorporó para tomar el tormento, en sus manos la prenda de su abnegación, el instrumento para no ceder a lo penúltimo, no claudicar al consuelo del agua fresca en las estaciones que el mismo Señor no tuvo, y del que sólo ahora había sido dispensado por las estrecheces de su salud. Se despojó de la túnica y desplegó el cilindro metálico sobre el pecho y la espalda, dolorida por el tiempo de la convalecencia; enrolló los cilindros menores sobre sus piernas y después en torno a sus brazos; luego se arrodilló, sosteniendo los brazos en cruz, la cabeza alzada en dirección al Maestro, de

espaldas al ventanuco por donde el cierzo desbarataba las nubes, ofendía la fachada y penetraba inclemente.

Transcurrieron así varias horas: la furia de los bastidores, el cielo raso, la inquietud, el dolor que hería sus rodillas, el mismo frío que entumecía sus miembros, la callada presencia de la imagen. No era grande el sufrimiento, ni el frío, sino el desconsuelo de no poder reconocerse en su propia existencia, no saber cómo responder a la extraña llamada del Pastor. Musitaba algunos latines que removían sus labios, le impedían doblegarse a la fatiga y lo urgían a velar. El rezo lo cubría con la delicadeza de un cendal y, a su amparo, acabó rememrando su propia historia: episodios de una niñez imprecisa, ejemplos de faenas en el campo, algún rostro, estampas de interior, algunas confesiones y, más próximas, las menudencias de su quehacer y del trato con los compañeros. De pronto, lo sobresaltó el chasquido del cilindro al tropezar contra el suelo y rodar sobre la piedra. Se diría que se hubiera escapado de la carne para correr hasta los pies del Salvador, lo que sin duda imitaría de no ser por el quebranto, la edad y la tristeza. El velo estaba rasgado. Y entre sus jirones, el fraile dirigía sus ojos; imploraba, suplicante en la contemplación de la figura, la indicación de un movimiento, el matiz de un brillo que testificase en los colores.

Al salir, depositó la llave hurtada en una grieta de los muros, se atusó las ropas y echó a andar. Tenía ya olvidado el camino que conducía al pueblo y que los aldeanos recorrían para cumplir con el domingo. Él lo siguió sólo una vez, con el júbilo y la impaciencia de llegar hasta allí, un sendero que alcanza su destino y después muere. Ahora no había luces, ni gente de paso que le indicara la dirección, nada más el polvo que levantaban sus propios pies como una cortina en que disolvía sus naves. Se adentraba en un mundo engañosamente tranquilo a la distancia de su celda; en verdad, inhóspito y depravado, presto a las llamas: la ciudad, un amasijo de barro y paja en que sus habitantes huroneaban por mor del pan, los negocios, el sexo; entre reyertas, envidias y disimulo que reconocían ante él con brutalidad, y que los hacía, en días de feria, recorrer las calles en penitencia, descalzos, portando un estandarte; o privarse de la carne; o acudir a escucharlo, atónitos y convencidos, predicar simultáneamente la cólera y la esperanza.

Caminaba impreciso, dolorido; iba desafiante, disponiéndose a los

presagios que se anticipaban bajo la única certeza del crucifijo que oprimía entre sus ropas; fiado de una promesa, o una entrega, o un juicio.

Al fin llegó a las primeras casas, lo precedían los bufidos de las bestias, el removerse inquieto en los corrales, un mugido largo como elevado a sus propios dioses. Lo adelantaba la escandalera de los obtusos perros, propagándose como un mensaje a través de una atmósfera purificada por el viento, una noche de limpidez extrema para aquel territorio de maldad.

Las calles se adentraban en otras, aberturas que se abrían a los lados y daban a otras calles, tan sólo paredes iluminadas por la intermitencia de la luna; pobre remedo del laberinto o de los círculos infernales: la sencilla geometría del talento humano. Todo le era familiar y, en cierta medida, propio por los relatos que cientos de veces había escuchado en confesión; sin embargo, se sabía forastero en aquel ambiente que pudo no escoger, asegurado por un tiempo que custodiaban maitines y completas, fortalecido por los rezos, el canto y la labranza sin tregua.

Vislumbró las primeras luces, un tenue amarillear entre fachadas blancas. Sobre el empedrado, el eco de sus pasos le recordó su fragilidad; al acercarse, atenuó el clamor del calzado y el batir del hábito, manoteando para hallar el símbolo de la fe prendido en su interior. Ante el umbral, comprobó las jambas deterioradas, el descuido de las paredes, el vigor, aún sorprendente, de la vida en las macetas. El silencio lo impresionó cuando entraba; había pensado en defenderse de risas y conversaciones, del plañir de una cuerda, de los cantos procaces. Silencio que no se interrumpió con su presencia, y que era sostenido a la vez por varios corros de paisanos que se agazapaban en torno a unas mesas, sentados en barricas o en pie, cimbreado sobre el calor de los otros. Descubrió su rostro, dio la paz sin sonrisa y se aproximó hasta el primer grupo para inquirir por el dueño. Un hombre se aprestó a buscarlo; alguno ofreció vino para consolar la espera, que él no quiso. Sobre sus cabezas la viga y por encima sólo el enramado era todo el cielo, hasta él ascendían el humo del fogón, el aliento de los presentes y los desechos, como tenues vaharadas, de sus plegarias no atendidas. Lo contagiaba la misma aflicción, el cansancio, el abandono, la ausencia de palabras, la insuficiencia admitida de los gestos.

Acaso existía un nombre para el rostro oval, las anchas caderas, los

cabellos de cobre y los brazos enredados en la mitad del delirio; pero había doblegado los recuerdos bajo la constancia de la oración, el saber de los manuscritos y la teología hasta confundirlo en el sueño. ¿Acaso no quiso verse para siempre libre de aquel nombre? ¿No se trataba de eso, en definitiva? ¿No era por eso por lo que se había esforzado hasta negarlo? ¿No merecía ser absuelto de él por las privaciones, la perseverancia en la fe y la pureza de su voluntad? ¿No era llegado ya el tiempo del perdón?

Lo atormentaba la silueta de los tejados, señalando el círculo en que debía proseguir su búsqueda, un castigo innecesariamente cruel. No había quien lo auxiliase, ni la voz clara de un ángel, ni sus hermanos ahora ausentes, ni los vecinos, tan ajenos a la sutilidad de su introspección. Aún no se abría paso en su recuerdo el gozo de la mujer, los actos sucios. Sentía el desamparo de una culpa aún mayor; tambaleándose entre las calles como oveja descarriada, dispuesta al holocausto. Recordó la soledad del icono de su celda, el negror infinito en sus ojos que había dejado para siempre la sabiduría de un pincel.

¿Quién puede exigir que encontrara el hogar que nunca vio? ¿Quién se apiadará del hombre que se despoja sin reservas y busca una culpa en su ignorancia? Sin nadie que ofreciera la clemencia de un gesto, una sola indicación para alcanzar una casa entre mil mundos, la que tiene la puerta estrecha, en la que no se inscribieron señales, o aquella otra, quizá, confundida entre tantas.

Recorrió los pasadizos vedados de su memoria, se adentró en los depósitos, se aproximó al peligro; la amargura de recobrar malos senderos recorridos. ¿Acaso no se había vaciado en la contemplación del Infierno?, ¿no negó su vanidad?, ¿no había calcinado ante la Luz del Todopoderoso la última yerbecita de su orgullo? Bajo la guía de aquel cuerpo se buscaba en el reconocimiento de lo muchas veces maldecido, sangrado y golpeado en la disciplina hasta borrarlo de la culpa por completo.

Pensó en mil remedios: reparar la fama, cuidar de un hijo, entregar su sayo como un último desapego antes de morir; cualquier cosa que reconciliase su alma con el dolor del Mesías.

A las afueras, se encontraba la choza donde vivía la mujer. Atrajo la divina imagen a su pecho y repitió sus jaculatorias, pidió la fortaleza del

Ungido, la misericordia del Cordero. Descubrió las trazas de la miseria, las construcciones del hambre; sintió el mismo aire que atería sus pies y penetraba en la casa; acudió hasta un ventanal desprotegido. En la oscuridad de dentro ni siquiera el vuelo de una respiración... Permaneció inmóvil largo rato esperando una orden inspirada, el veredicto de la ordalía, como cuando el dedo de Dios en el banquete de Darío reveló la sentencia. Escuchó los mil susurros de la noche abrazándose; sintió la intimidación de las sombras, la aproximación corpórea de los escalofríos. A lo lejos despuntaba un amanecer que traería el pánico, que sugería el terror de no encontrar su cabeza. Quiso gritar dentro de la choza y no pudo; deseó que, aun en sueños, la mujer se reencontrara con él, repitiera su nombre como en aquella única ocasión en que infringieron el miedo y atravesaron la muerte. Pero nada fue de esta forma.

Algunos relatores mencionan que ella se incorporó del lecho movida por un aliento angélico, llegó desnuda a la ventana y lo bendijo; después desapareció asumida por lo alto, perdonada también; y que él amaneció muerto con la sonrisa de la redención aún en el rostro. Se ha escrito que ella lo perdonó y que esa mañana lo hubo de justificar entre sus brazos. Pero no hemos de asentir a las falsedades que urde el Maligno para envilecer a los santos. Si es Jaime de Luján o de Solán de quien se cuenta esta historia, no hizo otra cosa que esperar.

Por una indicación, por necesidad, por su propia esperanza, por la impaciencia de Dios en el Este; entró sin hacer ruido. Mas, al rechinar de la puerta, ella abrió los ojos. «¿Quién va?», preguntó. «No temas», le repuso, «yo soy». Pero ella entonces se asustó hasta la raíz. Estaba sola, protegía su desnudez con un cobertor de arpillera y temblaba de fiebre. «¿Qué ventura te ha traído?». «No te haré daño, vengo en tu favor». Las buenas palabras tan torpes en la soledad de la habitación; tan efímeras, pensó de pronto. «Tú me conoces», respondió para abrirse a la confianza. Ella replicó: «Espera entonces a que encienda la luz». La yesca trajo una llama extenuada. Descubrió un rostro que milagrosamente sentía aún: algunas manchas sobre su palidez, la nariz y los pómulos tenían el filo que converge hacia el agujero negro. Él entonces recordó el nombre, todos los nombres que había inventado para no nombrarla. Estaban allí, ante la presencia del fantasma para

descubrirla, después de galerías y tormentos y pasillos y cerrarse de la puerta de su celda y hogueras de Pascua y jubilosos cantos por Adviento; estaban allí como estuvieron en sus promesas calladas, en la quemazón humillante de la carne, en la noche más santa de su vida, incluso, en la que se consagró a la voluntad del Altísimo.

Sin embargo resultaba todavía otra mujer, otra desconocida. Sintió erguirse contra su humildad el desconcierto. Ante sus ojos, alguien que ignoraba la respuesta que debería ofrecerle, que fallaba a una cita por la que él sudaba sangre. Supo que no podría identificarla nunca y que se perdería en las estancias del Paraíso sin reconocerla.

Habría huido inmediatamente; pero sentía tras de sí que la mirada inmóvil del icono podía ser contemplada igual en todas partes, y que desde todo lugar lo seguiría acuciando.

Volvió su intención sobre la mujer, y sus miradas se estrecharon hambrientas; pugnaban por conocerse, una enfrente de otra, y por determinar sus nombres.

No era el despojo de una agonizante lo que había ido a ver; no era la lección de la podredumbre del cuerpo; no se trataba de excitar la morbidez de un deseo ya imposible.

Se miraron largo tiempo.

La mujer le preguntó en qué podía servir a la Iglesia; o si venía con la intención de confesarla.

Había tales sombras. Hervía el mundo y se contenía en el estrecho margen de la lámpara, a punto de aplastarlo con su monstruosa ira.

El hermano Jaime de Solán o de Luján descendió la cuesta por donde sonaba el murmurar del río. Acrecentado de pronto, dio paso a un centelleo de láminas que revolvían la corriente. Un frescor hacía inviable la ribera, parecía una prueba más al desacomodo de su cuerpo. La jara y el tomillo, el olor a tierra húmeda, unas vocecitas estaban con él.

Quizás imaginó música que no había sido escrita aún. Tal vez escuchó una cantata de Bach interpretada y sentida tan débilmente que nadie le hubiera creído. Quizás pensó que sus libros no eran todos los libros; se dio cuenta de que, en Alejandría, hombres infieles habían dado muestra de piedad y misericordia. Acaso pensó que en la clara noche nunca se levantarían

hogueras ni gritos. De tan apacible como era el silencio.

Tomó el crucifijo del pecho y observó los rasgos humanos de su rostro: la línea de la boca, las muescas de las cejas, las heridas, el reborde de unos miembros: le pareció un cadáver, víctima de razones lejanas, atravesado por el juicio de los hombres. Le resultó un ser pobre, injustamente atormentado.

Ahora le dolía poseer aquel testimonio de barbarie, aquella figura que escupía desquicio. Le parecieron intolerables, en la soberbia de la noche, la violencia sobre aquellos brazos forzados a extenderse, la cabecita acostada, los ojos sin abrir. Le ardieron las manos de dolor, creyó quemarse.

Se agachó sobre la orilla. El sol ya se adelantaba, luz primera. Vio al frío y al agua correr juntos. Introdujo la mano en la corriente, y dejó la figura del Santísimo. Lo contempló, estático en su fondo, sepultado en aquella velocidad transparente. Lo vio más allá de donde estaba, lo vio perdido, lo vio nítido, distante bajo aquella cubierta tan clara, quizás temblar por la fuerza de un preciso embate. Lo vio, por fin, imposible para el alcance de la mano; por siempre, del otro lado de lo humano y sus cánones. Entonces lo dejó estar; presintió que en el mundo había otras distancias, y que son de agua.



Javier Sáez de Ibarra

Bulevar



Bulevar

Sáez de Ibarra, Javier

9788483935316

218 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En este bulevar por el que transitamos, todo cuanto existe está a la vista.

Sin embargo, para estos personajes se ha convertido en una imagen. Solo una imagen. Quien posee algo: una casa, un perro, un automóvil, no puede o no sabe emplearlos. Quien cree tener esposo, padre, hermano o hija no los encuentra. Un recuerdo de boda ya no recuerda nada y nuestra lista de deseos se vuelve una serpiente.

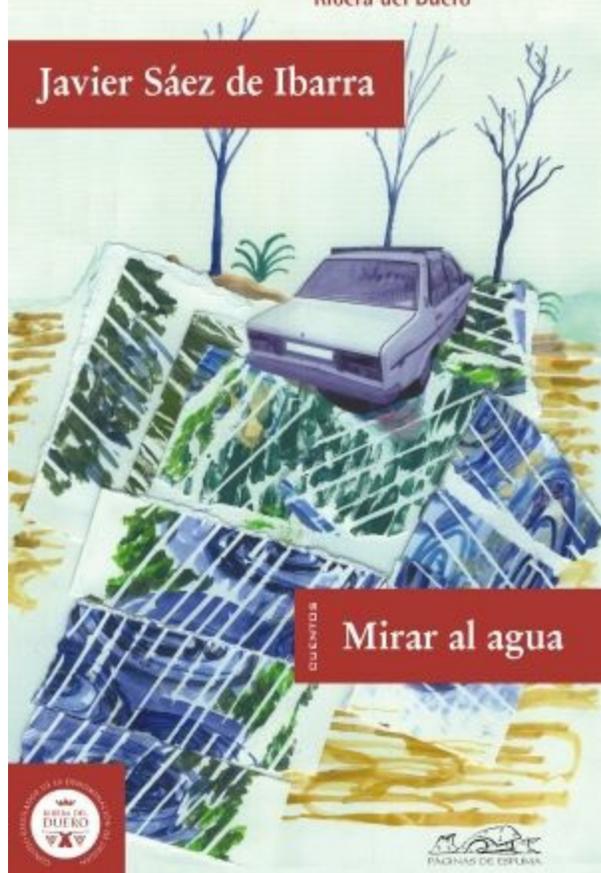
Cuando creíamos que acabando los misterios alcanzaríamos la liberación, nuestro triunfo de lo visible, no se nos queda en la superficie, sin dentro ni detrás, sin espesor, la repetición desencarnada de un acontecimiento que no llega.

Hubo un tiempo en que decíamos: el fin no justifica los medios; luego fuimos aceptando que vale todo para lograr nuestros fines. Hoy nos sobran medios, y hemos de preguntarnos para qué.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

I Premio Internacional de Narrativa Breve
Ribera del Duero

Javier Sáez de Ibarra



CUENTOS

Mirar al agua



Mirar al agua

Sáez de Ibarra, Javier

9788483935422

192 Páginas

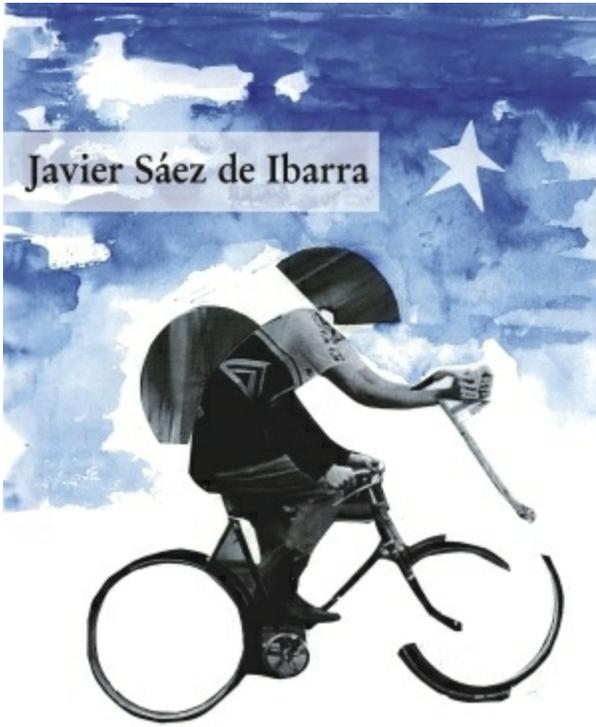
[Cómpralo y empieza a leer](#)

I PREMIO INTERNACIONAL DE NARRATIVA BREVE RIBERA DEL DUERO. Es una obra de gran interés y referencia en la trayectoria narrativa de Javier Sáez de Ibarra.

Javier Sáez de Ibarra (Vitoria, 1961) ha ganado la primera edición del Premio Internacional de Narrativa Breve "Ribera del Duero" 2009 con su obra *Mirar al agua*, que Páginas de Espuma publicará a primeros de mayo. Trabaja como profesor de Lengua y Literatura en un instituto. Ha publicado el libro de relatos *El lector de Spinoza* (Páginas de Espuma, 2004) y *Propuesta imposible* (Páginas de Espuma 2008). Ambos tuvieron una excelente acogida de la crítica; y el poemario *Motivos* (Icaria, 2006). Escribe ensayos y textos de creación que han aparecido en diferentes revistas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Javier Sáez de Ibarra



CUENTOS

Propuesta imposible



PÁGINAS DE ESPUMA

Propuesta imposible

Sáez de Ibarra, Javier

9788483935477

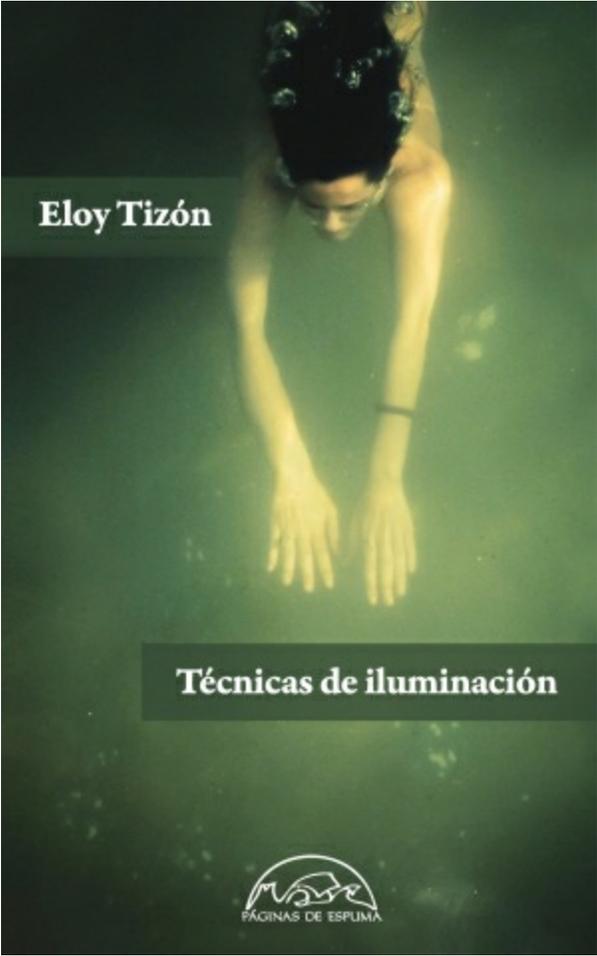
176 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Lea estos textos, preferentemente, durante la noche. Cuando la jornada para el trabajo, el engaño y los crímenes ha concluido.

Javier Sáez de Ibarra (Vitoria, 1961) reside en Madrid. Trabaja como profesor de Lengua y Literatura en un instituto. Ha publicado el libro de relatos El lector de Spinoza (Páginas de Espuma, 2004) que tuvo una excelente acogida de la crítica; y el poemario Motivos (Icaria, 2006). Escribe ensayos y textos de creación que han aparecido en diferentes revistas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Eloy Tizón

Técnicas de iluminación



Técnicas de iluminación

Tizón, Eloy

9788483935040

150 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta celebrada anoche? ¿Hubo alguna víctima? ¿Qué contiene la caja que nuestro jefe nos entrega en secreto, pidiéndonos que no la abramos, y dentro de la cual se detecta una agitación, un mínimo llanto? ¿Será un ser vivo o un mecanismo de relojería? ¿Quién es "esa otra persona que no nos interesa", que suele aparecer en las relaciones de pareja casi siempre adosada al ser amado y de la que es imposible librarse? ¿De qué clase de apocalipsis huye esa familia que abandona la ciudad con lo puesto y termina vagando perdida por el bosque?

En todos estos relatos hay un reverso de sombra, un vértice de silencio, algo que no se nombra directamente pero que es una invitación al lector para que se sumerja y participe en la construcción del sentido. Para que intervenga en la extraña normalidad de estos diez sueños, y pueda encontrar un poco de claridad o un lapicero contra la desdicha. Páginas que resplandecen con luz propia. Técnicas de iluminación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Samanta Schweblin

Siete casas vacías



PREMIO
NARRATIVA
RIBERA
DEL DUERO
2019

RIBERA
DEL DUERO



Siete casas vacías

Schweblin, Samanta

9788483935170

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las casas son siete, y están vacías. La narradora, según Rodrigo Fresán, es «una científica cuerda contemplando locos, o gente que está pensando seriamente en volverse loca». Y la cordura, como siempre, es superficial.

Samanta Schweblin nos arrastra hacia Siete casas vacías y, en torno a ellas, empuja a sus personajes a explorar terrores cotidianos, a diseccionar los miedos propios y ajenos, y a poner sobre la mesa los prejuicios de quienes, entre el extrañamiento y una «normalidad» enrarecida, contemplan a los demás y se contemplan. La prosa afilada y precisa de Schweblin, su capacidad para crear atmósferas intensas y claustrofóbicas, y la inquietante gama de sensaciones que recorren sus siete cuentos han hecho a este libro merecedor del IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero. El jurado, del que formaron parte los escritores Pilar Adón, Jon Bilbao, Guadalupe Nettel, Andrés Neuman y que estuvo presidido por Rodrigo Fresán, valoró en Siete casas vacías la precisión de su estilo, la indagación en la rareza y el perverso costumbrismo que habita sus envolventes y deslumbrantes relatos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)